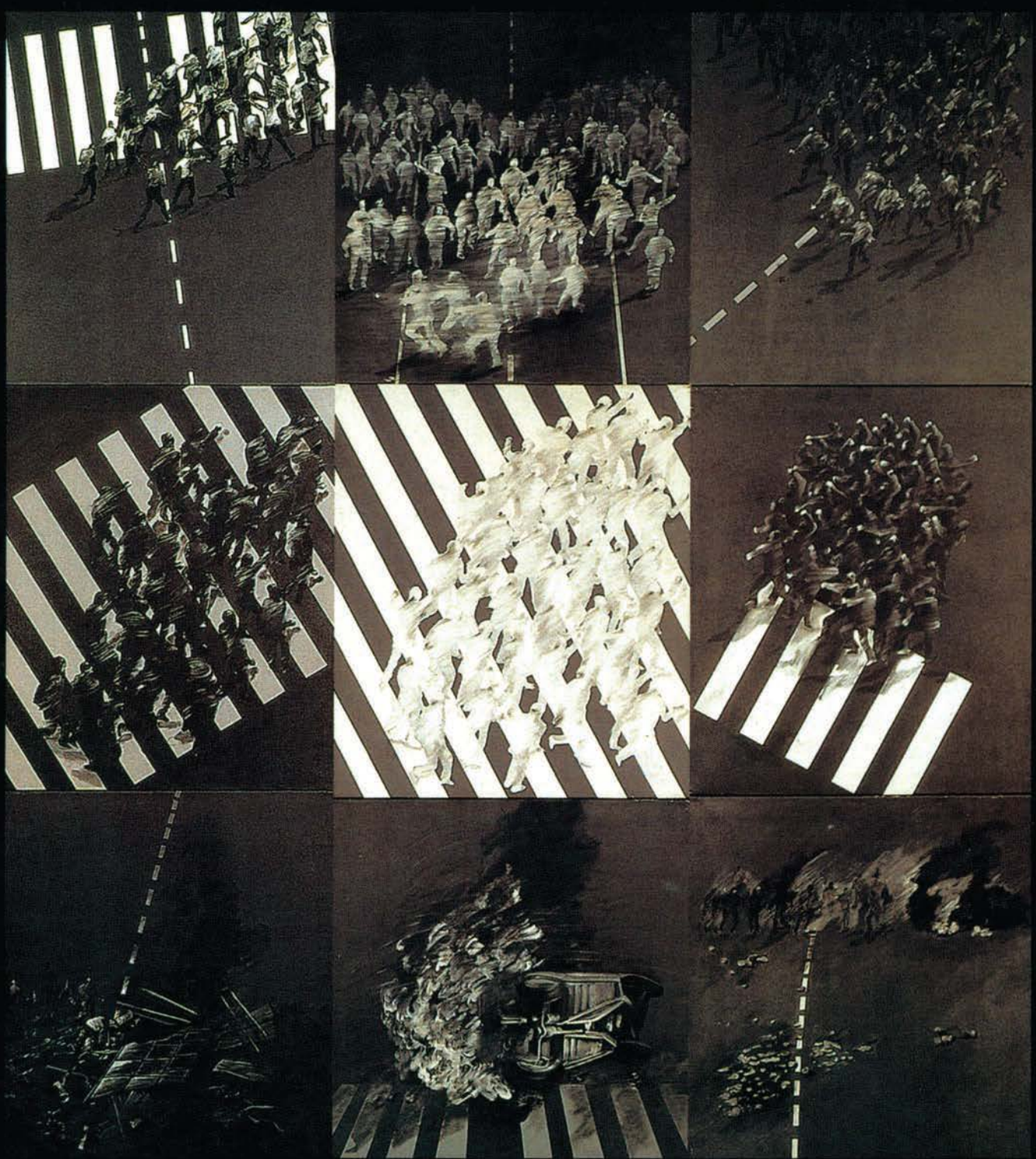
# puentes

- Argentina $ 9

año 2 - número 8 - noviembre 2002



El futuro de las democracias latinoamericanas, por José Nun y Alain Touraine. La memoria como campo de batalla, por Ricardo Forster. Escriben: Hugo Achugar, Bruno Groppo y Héctor Schmucler. Entrevista a Andreas Huyssen.

Dossier 25 años de resistencia. Historia de los Organismos de Derechos Humanos. Centro de Estudios Legales y Sociales

# los puentes de la memoria

El atentado contra la vida de Estela Carlotto, Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, contiene en sí mismo una multiplicidad de objetivos y consecuencias.

La trayectoria de Abuelas de Plaza de Mayo –próxima a cumplir 25 años– está signada por una profunda relación con su pueblo, de quien recibe elementos y aproximaciones que permitieron durante estos años la localización de 73 hijos de nuestros hijos. De igual manera, Abuelas mantuvo -tanto a nivel nacional como internacional- una importante comunicación con las organizaciones políticas, sociales y del Estado en la búsqueda de verdad y justicia para sus hijos, así como la recuperación de la identidad de sus nietos y el castigo para los responsables de la apropiación de los mismos.

Este largo camino de búsquedas nos ha traído una inmensa mayoría de amigos y de solidaridades y un minúsculo grupo de enemigos y opositores a nuestra tarea.

Desde la instauración de la democracia, hemos buscado junto a los organismos hermanos la obtención de una justicia plena que fue truncada por las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, que posibilitaron la libertad de miles de torturadores y asesinos, y posteriormente por los indultos presidenciales que liberaron a las máximas jerarquías del terrorismo de Estado.

Con el transcurso de los años fuimos advirtiendo que la impunidad otorgada a los responsables de la más feroz dictadura que asoló nuestro país iba a resultar como un boomerang, castigando y colocando bajo un mismo cielo a víctimas y victimarios.

Hemos visto en esta convivencia macabra cómo estos asesinos (en muchos casos confesos) continuaban cumpliendo funciones dentro de fuerzas de seguridad públicas o privadas, teniendo que acreditar año tras año la responsabilidad probada para que no fueran "premiados" con ascensos. Vimos cómo los asesinos fueron consiguiendo insertarse en la función pública en las provincias que habían asolado. Esta impunidad se consolidó institucionalmente con el correr de los años. Las fuerzas de seguridad no fueron saneadas de sus componentes más retrógrados y la impronta de impunidad se trasladó a las nuevas generaciones.

La crisis económica sin precedentes que vivimos, producto de las políticas de expoliación, no sólo para nuestro país sino también en toda Latinoamérica, sólo se puede sostener con un sistema represivo que la complemente. Los hechos ocurridos en diciembre último, la represión a las protestas sociales, la violencia policial como respuesta a la conflictividad social con la secuela de muerte de cientos de jóvenes, el encarcelamiento y las amenazas, se están convirtiendo en hechos cotidianos.

El atentado que sufriera la Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo va en la dirección de consolidar un estado de caos que posibilite avanzar en el quiebre institucional democrático.

Consideramos que los autores de este acto criminal planificado evaluaron que la figura de Estela Carlotto podía ser un acelerador de un nuevo estado de terror.

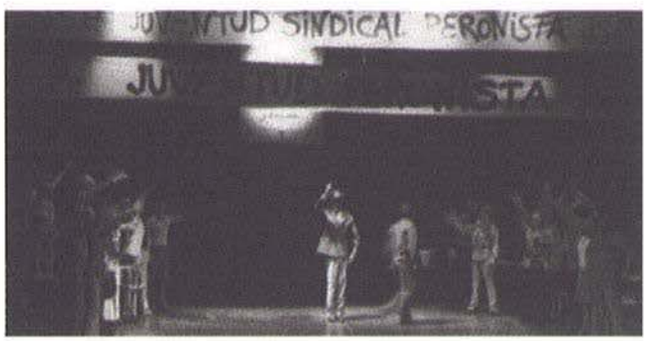
Ante este panorama, Abuelas de Plaza de Mayo ratifica su compromiso de cara a la sociedad, convocando a los distintos sectores democráticos (ONGs, partidos políticos, asociaciones, sindicatos, organizaciones de base, personalidades e instituciones públicas) que durante estos días han manifestado su solidaridad con nuestra Asociación, a manifestar públicamente la defensa incondicional del sistema democrático, la condena y esclarecimiento al atentado contra Estela y demás miembros de nuestra comunidad.

Convirtamos estos hechos trágicos en acciones que aglutinen y contrarresten el estado de indefensión al que nos quieren conducir.

**Documento leído en la Conferencia de Prensa de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo, 28 de setiembre de 2002.**

# sumario

**6.** Un escenario abierto al futuro. **8.** América Latina frente a la crisis. **12.** Derechos Humanos y violencia institucional. **14.** El pasado que no pasa, por Ricardo Forster. **18.** El emperador está desnudo, por Hugo Achugar. **22.** "Hay que apostar a vivir, a andar el camino", por Hugo Cañón. **26.** "El arte puede plantear nuevas preguntas", entrevista por Pablo Gianera. **30.** Escenas del pasado presente, por Ana Durán. **35.** Archivos de la represión. **36.** A las puertas de una nueva democracia, por Alain Touraine. **40.** "No hay derechos separables de su ejercicio", por José Nun. **44.** Defender la vida. **48.** En busca de marcas y certezas, por Bruno Groppo. **61.** Biblioteca. **62.** Dónde encontrar la verdad, por Héctor Schmucler. **65.** El mundo dijo no al atentado. **66.** Actividades de la Comisión Provincial por la Memoria. **69.** Dossier Historia de los Derechos Humanos: Centro de Estudios Legales y Sociales, por Luis Bruschtein.



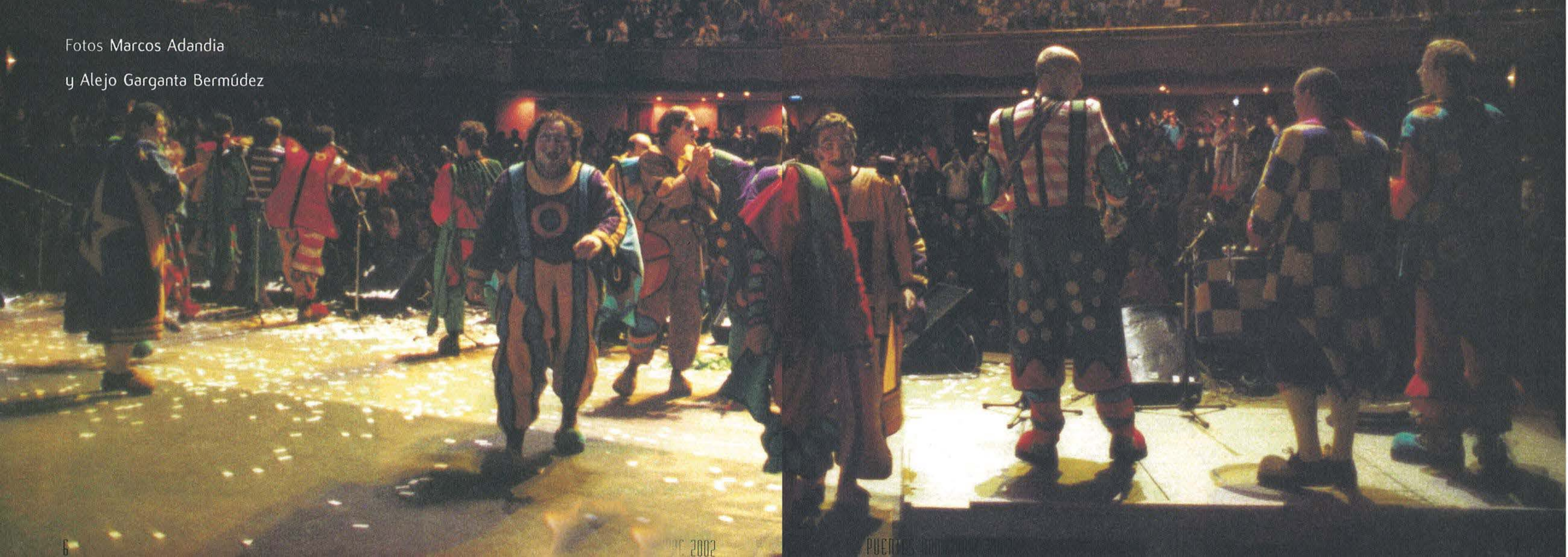
III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva

# Un escenario abierto al futuro

Por tercer año consecutivo, la Comisión Provincial por la Memoria realizó el Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva. Este año, el desafío fue pensar la Argentina desde el arte, las ciencias humanas y la política, ahondando en las encrucijadas y la crisis que vive hoy toda Latinoamérica.

Fotos Marcos Adandia

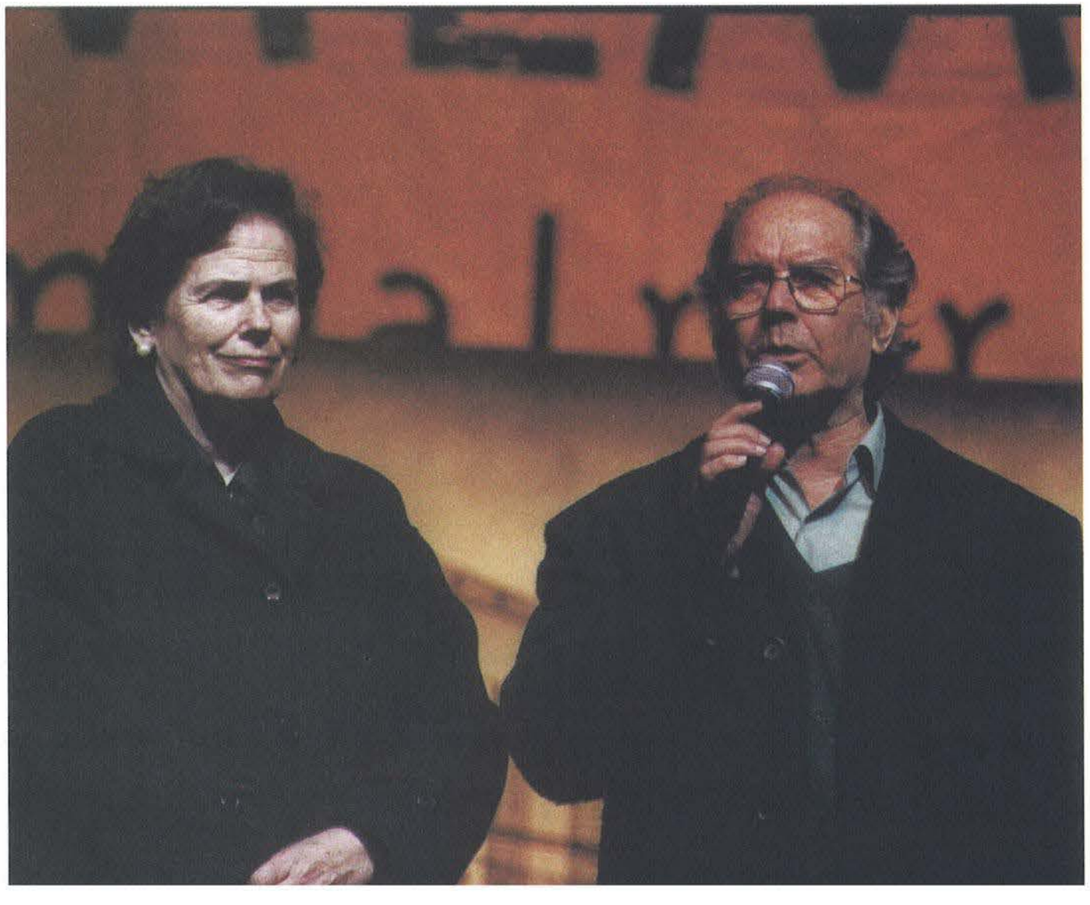
y Alejo Garganta Bermúdez



III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la memoria Colectiva

# América Latina
## frente a la crisis

**Pensar las democracias latinoamericanas desde diversos enfoques fue uno de los propósitos del III Encuentro que se llevó a cabo este año. El teatro y la música, las ciencias humanas y la política, desde su particulares perspectivas, tuvieron la posibilidad de plantear sus preguntas sobre el futuro de la crisis que vive hoy todo el continente.**



Por tercer año consecutivo, la ciudad de La Plata se convirtió en escenario para el debate y la reflexión, logrando reunir a intelectuales, estudiantes, investigadores, organismos de derechos humanos, militantes de movimientos sociales y público en general. Fueron más de 5000 personas que participaron del III Encuentro Internacional "Crisis y memoria: América Latina, pasado y presente", que se llevó a cabo en La Plata, los días 6, 7 y 8 de septiembre pasado, organizado por la Comisión por la Memoria.

En las sucesivas conferencias realizadas en la Sala Auditorio del Pasaje Dardo Rocha, se exploraron diversas temáticas vinculadas a la crisis y las perspectivas de la democracia en América Latina. Los ejes de los debates fueron, entre otros: Los dilemas de la democracia: Marginalidad, desocupación y represión; El futuro del proyecto latinoamericano: crisis y alternativas; El pasado que no pasa: Crisis y memoria; Cultura y crisis en América Latina; Intelectuales y pensamiento crítico; La reflexión sobre la memoria en la Argentina actual; y Democracia y movimientos sociales. Participaron de las conferencias numerosos invitados extranjeros, entre ellos, el historiador y politólogo Robert Frank (Francia); el sociólogo Ricardo Antunes; el economista Ladislau Dowbor; el miembro del Movimiento de los Sin Tierra (MST) Edgar Jorge Kolling, de Brasil; el abogado Alfonso Insunza Bascuñan (Chile); Javier Miranda (Uruguay) que se desempeña como Secretario General de la Asociación de Madres y Familiares de detenidos-desaparecidos de su país y el sociólogo Hugo Achugar, también uruguayo; René Mayorga, de Bolivia; y Nelly Richard (Chile), directora de la prestigiosa revista *Crítica Cultural*. Por la Argentina, entre otros, participaron Atilio Borón, Ricardo Forster, Norma Morandini, Luisa Valenzuela, Eduardo Mignona, Hu- ↳

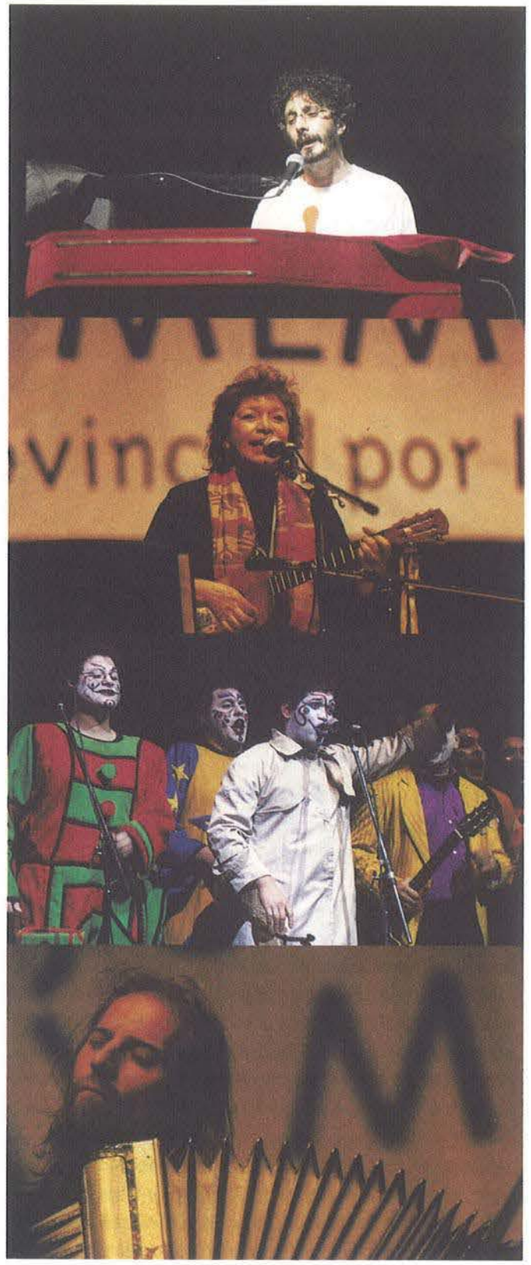
LOS DIVERSOS MOMENTOS
Adolfo Pérez Esquivel y Laura Conte (pág. 22). Edgar Kolling del MST de Brasil le entrega una bandera a Estela Carlotto (izq.). El historiador francés Robert Frank, los talleres con docentes y el brasileño Ricardo Antunes.

go Vezzetti y Nicolás Casullo.
Además, en la ocasión se realizaron una serie de actividades paralelas. El viernes al mediodía funcionó la mesa de trabajo sobre "Derechos Humanos y Violencia Institucional", que finalizó con la producción de un documento final que hace una fuerte advertencia pública ante la crítica situación existente en cárceles y comisarías de la provincia (ver recuadro aparte).
El sábado, coordinado por Adolfo Pérez Esquivel, se realizó el "Encuentro de nuevos actores políticos y sociales", donde participaron representantes de asambleas barriales, organizaciones agropecuarias, piqueteros, movimientos de trabajadores desocupados, grupos culturales y prensa independiente.
Durante las tres jornadas también estuvieron presentes más de 200 alumnos y docentes de escuelas polimodales de distintos lugares de la provincia de Buenos Aires, en el marco del Programa Autoritarismo y Democracia, lanzado por la Comisión en el mes de junio pasado. Los 25 proyectos seleccionados se han propuesto investigar la historia reciente de sus comunidades, y en esta oportunidad pudieron participar de instancias de capacitación, reflexión e intercambio de experiencias.
En el marco del Encuentro, también se reunió la Red de Investigadores por la Memoria, ocasión en la que se presentaron trabajos de distintas universidades nacionales que abordan distintas temáticas del pasado reciente. También funcionaron los talleres de la Red Provincial por la Memoria, que agrupa a distintos organismos e instituciones del interior de la provincia de Buenos Aires vinculados a trabajos de memoria y derechos humanos.

### Música y teatro

Las conferencias, las mesas de trabajo y los talleres estuvieron acompañados por programación cultural. El viernes por la noche, el grupo de teatro Catalinas Sur, del Barrio de la Boca, presentó en el hall central del Pasaje Dardo Rocha dos funciones de su obra "El Fulgor Argentino". El elenco que dirige el uruguayo Adhemar Bianchi obtuvo el unánime aplauso de crítica y público. La obra propone un recorrido por la historia argentina reciente que comienza con el golpe del 30 y culmina con una particular pintura de la Argentina del 2030. Los cien actores que van poblando la escena combinan la murga, el sainete y el grotesco para andar por los caminos de la memoria, pasando por el peronismo, la dictadura militar, el menemismo y la debacle delarruista.
El sábado, en el Teatro Argentino, se realizó un Concierto Latinoamericano por la Memoria y 2500 personas colmaron la sala para escuchar a la murga uruguaya Contrafarsa, la chilena Isabel Parra y los argentinos Chango Spasiuk y Fito Páez. Corridos chilenos y rock nacional, murga y melodías del litoral argentino reunidos en un singular e inolvidable concierto, en un ámbito acostumbrado a las galas líricas que abrió generosamente sus puertas a la música popular. ■

TEATRO Y MÚSICA
El Grupo Catalinas (izq.), Fito Páez, la chilena Isabel Parra, la murga uruguaya "Contrafarsa" y el Chango Spasiuk, se dieron cita en dos noches inolvidables.



## "La lucha continúa"

"Vamos a hacer el cierre del III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva porque muchos chicos tienen que regresar a sus lugares, algunos a bastantes kilómetros de distancia. Deben estar realmente muy cansados después de tres jornadas muy fuertes, de mucho trabajo intelectual.
Desde la Comisión por la Memoria, de la que soy presidenta, estamos trabajando todos en la misma lucha. Somos un grupo que nos juntamos hace unos años con el propósito de ocuparnos de la memoria, y lo estamos haciendo. Quiero decirles que ha sido hermosísimo verlos aquí y compartir con ustedes todos estos momentos, conocerlos, mirarles la cara, saber que muchos no pudieron venir lamentablemente, pero que ustedes van a ser los transmisores de lo que hemos hablado estos días.
Y yo creo que la intención de este III Encuentro, es justamente que en el tema de la memoria colectiva tiene la expresión clara de lo que va a pasar mañana. Mañana van a ser los responsables por el lugar que ocupan, por la historia que están viviendo y por el futuro, de la continuidad, de que justamente no muera la memoria en nuestro país.
Va haber seguramente muchos intentos más para que no hablemos, para que olvidemos porque muchos se preguntan para qué. ¿Para qué? Ustedes saben para qué. Saben para qué es necesario seguir con esta historia. Y ustedes, los jóvenes que han participado de estas jornadas, se llevan la sabiduría de aquellos que han llegado de distintos lugares a hablar, se llevan los nombres de los libros que pueden consultar, y se llevan –sobre todo– la seguridad de que nosotros los mayores, los que estamos hace 25 años en esta lucha, vamos a seguir pensando en ustedes para que tengan la vida que se merecen, la felicidad que se merecen, el confort que se merecen. Para que no sufran nunca lo que sufrieron muchísimos jóvenes en la Argentina, sólo por pensar.
Y se me ocurre que estamos muy próximos a una fecha que para la ciudad de La Plata tiene un significado muy especial, justamente porque el 16 de septiembre del 76 fueron secuestrados un grupo de estudiantes como una forma de callar sus voces.
Hoy acá y en estos días se ha demostrado que las voces de los jóvenes nunca se van a callar.
Gracias chicos, gracias profesores, gracias amigos y como digo siempre: la lucha continúa."

Estela Carlotto

# Derechos humanos y violencia institucional

**Una de las tantas actividades paralelas desarrolladas durante el III Encuentro, fue una reunión de la que participaron miembros de la Comisión por la Memoria y otras importantes figuras de la lucha por los Derechos Humanos del país. Todos firmaron el documento que reproducimos a continuación, donde se habla de las claves de la actual situación de la violencia institucional en el país.**

"Atrapados con salida", 1979 / 1977, pintura acrílica.

"Reunidos en la mesa de trabajo de Derechos Humanos y Violencia Institucional, en el marco del III Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva, queremos hacer un llamado contra la violencia que significan los gravísimos desbordes en el ejercicio de la coacción estatal que se producen en la Provincia de Buenos Aires. Ciertamente, la represión de los hechos delictivos es en sí legítima, cuando se la efectúa por medios legítimos, mientras que el 'gatillo fácil', las 'ejecuciones' con sello policial, la proliferación de la tortura y del hacinamiento carcelario, constituyen prácticas de terror llevadas a cabo por agentes del Estado que recuerdan métodos que caracterizaron la dictadura de 1976/1983.

Las denuncias registradas por hechos ocurridos en el ámbito de la Provincia de Buenos Aires configuran un escenario de gravedad institucional manifiesta en cuanto a violaciones a los derechos fundamentales de las personas; acentuado significativamente por la participación directa y/o indirecta de personal policial y del Servicio Penitenciario con relación a las mencionadas circunstancias. Esta situación da cuenta de la conformación de un contexto de impunidad institucional que cercena la seguridad de los ciudadanos y contribuye considerablemente a desprestigiar las fuerzas de seguridad. Los discursos y postulaciones a favor de la 'mano dura' y del uso extralegal de la fuerza como recurso predominante del accionar policial y penitenciario y la aplicación parcial y discrecional de los mecanismos de control institucional de los abusos y delitos cometidos en esos ámbitos; a lo que se agrega la ausencia de un sistema integral de selección, formación inicial y capacitación permanente de ese personal, así como la falta de políticas de seguridad y penitenciaras planificadas y equilibradas de acuerdo con los desafíos presentes, han contribuido a la conformación de una situación de violencia institucional autoritaria y violatoria de los derechos humanos.

Cabe destacar, además, que la violencia institucional cae mayoritariamente en los sectores más débiles y desposeídos de la población, mientras todavía quedan impunes el genocidio de la dictadura y los terribles delitos contra el patrimonio del Estado y el bienestar común, cometidos en los últimos 25 años.

Para combatir el hacinamiento en cárceles y comisarías en la provincia de Buenos Aires es preciso cambiar la normativa sobre excarcelación, aprobada por la Legislatura a principios del año 2000, contra la opinión de la mayoría de los expertos. En este sentido, la Secretaría de Derechos Humanos de la Provincia ha emitido un documento que demuestra las nefastas consecuencias de esa ley, y la Subsecretaría de Justicia, junto con una comisión de legisladores y especialistas, ha preparado un proyecto sobre la materia que mejora notablemente las normas existentes. Exigimos su pronto tratamiento.

Con relación al combate contra la tortura, existe ya un programa aprobado por el Poder Ejecutivo provincial, y cuya ejecución está a cargo de la Secretaría de Derechos Humanos. El importante apoyo de dicho programa se encuentra en el 'Banco de Datos sobre la Tortura, y otros tratos crueles, inhumanos o degradantes', creado por la Defensoría de Casación, que en más de 2 años de funcionamiento ha reunido datos de más de 1400 casos de tortura y otros tratos o penas crueles, inhumanas o degradantes, tanto de hechos denunciados ante los órganos de persecución penal como aquellos que han sido obtenidos bajo el amparo del secreto profesional. Lamentablemente, el Procurador General de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires ha adoptado medidas que afectan severamente el buen funcionamiento y continuidad del Banco, las cuales deben ser enmendadas por dicho magistrado en bien de la conservación del prestigio y legitimidad republicana del cargo. Asimismo, el sistema de información creado por la Defensoría debe concretarse en una ley. En el mismo orden de ideas, resulta indispensable el seguimiento de las denuncias hechas ante los fiscales por casos de tortura, para lo cual propiciamos se forme un Comité contra la Tortura con participación de organizaciones sociales y del Estado.

La debida tutela de los derechos de los detenidos exige un Ministerio de la Defensa realmente autónomo y unificado en cabeza de la Defensoría de Casación, como surge de la legislación vigente, que no se aplica. Auspiciamos, por ello, la sanción del proyecto sobre Defensa Pública presentado por la Secretaría de Derechos Humanos.

Nuestra propuesta se enmarca en la defensa de una sociedad con justicia y libertad. Y se enfrenta a aquellas concepciones y prácticas autoritarias que buscan disciplinar a las mayorías excluidas debilitando el estado de derecho para mantener sus privilegios.

**La Plata, 6 de setiembre de 2002**

Firman el documento:

Marcelo Saín, viceministro, Ministerio de Seguridad de la Provincia de Buenos Aires.

Elena Mariani, jefe de gabinete.

Jorge Taiana, Secretario de Derechos Humanos de la Provincia de Buenos Aires.

Estela Carlotto, Adolfo Pérez Esquivel, Laura Conte, Carlos Sánchez Viamonte, Mauricio Tenembaum, miembros de la Comisión por la Memoria. Alejandro Mosquera, Presidente Comisión de Derechos Humanos, Cámara de Diputados.

Eduardo Sigal, Comisión de Derechos Humanos, Cámara de Senadores. Leopoldo Schiffrin, Juez de la Cámara Federal de La Plata.

Victor Abramovich, Centro de Estudios Legales y Sociales.

Hugo Cañón, Fiscal de la Cámara Federal de Bahía Blanca.

Benjamín Sal Llargés, Juez del Tribunal de Casación Penal de la Provincia de Buenos Aires.

Isabel Ricciardi, Instituto de Derechos Humanos de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata.

Margarita Jarque, diputada nacional.

Carlos Rozanski, Juez de Cámara Tribunal Oral en lo Criminal Federal.

# La memoria
## como campo de batalla

por Ricardo Forster

Ilustraciones Carlos Gorriarena

Los peligros de la musealización y la utilización comercial de la memoria, son algunos de los tópicos en los que se detuvo el autor de esta ponencia presentada en el III Encuentro Internacional. En este paneo por los diversos "usos" de la memoria, Forster logra elaborar una suerte de manifiesto sobre aquello en lo que deberíamos pensar cuando hablamos de memoria.

La memoria es una política. La memoria es un territorio de conflictos. La memoria nunca es ingenua, nunca es neutral, nunca es objetiva. La memoria no es un retorno a lo ya acontecido. No es un dispositivo objetivo. No es una mera acumulación de información. No es un problema cuantitativo. No es ir acumulando en nuestras reservas informáticas todos los datos y todos los hechos del pasado como para que, a partir de esa mitificación fáctica, cuantitativa, soñemos con ser portadores de la verdadera memoria. La memoria siempre es una elección, o la memoria no se elige, o la memoria nos toma desocupados, confundidos, olvidados. La memoria, cuando es elección, también miente. La memoria, cuando es política de Estado, también es precisamente una manera de construir y de reconstruir el pasado generando surcos donde las voces que regresan, que retornan sobre nosotros, no siempre son las voces de aquellos que fueron derrotados por la historia. La memoria entonces es un campo de batalla, es un lugar de conflicto, es un lugar bélico, y es un lugar también donde se dicen muchas verdades contaminadas por demasiadas mentiras.

La memoria también sirve para aliviar las conciencias. La memoria puede ser una píldora consoladora de sociedades que han cerrado el expediente del pasado porque se creen libres de la barbarie del ayer. La memoria nos puede permitir sentirnos mejores con nosotros mismos, sentirnos dueños de una conciencia maravillosa, democrática, progresista que, lejos de aquellas batallas donde los cuerpos fueron destrozados, sin embargo, se cree depositaria de una época del mundo infinitamente superior porque se declara a sí misma democrática y cierra los expedientes de aquellas otras épocas del mundo, declarándolas meras paridoras de barbarie, de violencia, de irracionalismo y de inmundicia. Digo esto porque ciertas sociedades, ciertas culturas que hoy se constituyen a sí mismas desde una gramática de lo democrático, que hacen pedagogía universal de democracia, que giran por el mundo con su cosmopolitismo democrático, con su última ola civilizatoria, ayer nomás, hace un instante, fueron productoras de las lógicas de la barbarie más abusivas y excesivas que ha conocido la historia humana. La cátedra democrática, la pedagogía de la memoria, cuando es simplemente un dispositivo para aliviar nuestras conciencias, cuando es una manera de "limpiar" el pasado, identificando demonios absolutos o lanzándolos a una suerte de museo que ha quedado absolutamente lejos de nuestra propia experiencia, lo que hace descontaminar la posibilidad misma de establecer una relación tensa, necesaria, dolorosa, con el pasado, con la memoria, con lo que habiendo acontecido y marcado nuestros cuerpos retorna aunque no lo queramos.

Los argentinos sabemos muchísimo de esto. Hemos ido construyendo historias de la memoria, biografías de la memoria. Hemos visto cómo los mismos que en un determinado período de nuestra historia ocultaron toda relación con la memoria se convirtieron después en portavoces de una memoria oficial democrática, capaz de hablar de los muertos, de los desaparecidos, impúdicamente, impunemente, en una suerte de espectáculo mediático que al mismo tiempo que, parecía mostrarnos todo, jugaba con un efecto de anestesiamiento, de banalidad también intolerable. La sociedad argentina sabe lo que significa la "buena conciencia"; escribió libros, hizo películas, donde sólo un grupo de inadaptados perversos, maléficos, irracionales, patológicamente enfermos, habían inundado con su inmundicia la historia sana, inocente, bondadosa, de un país amable, crisol de razas, democrático, con un preámbulo de la Constitución tan maravilloso que había hecho de estas tierras un lugar único, casi paradisíaco, para que los hombres de buena voluntad habitaran el fértil suelo argentino. Ese discurso de la historia y de la memoria se tragó de un solo bocado los dolores, las violencias, los prejuicios, las persecuciones, las discriminaciones, las exclusiones que a lo largo de la historia argentina han sido también, sin ninguna duda, una de las formas esenciales de la construcción de nuestra propia historia.

**"Frente a estas interpretaciones contrapuestas, el movimiento de derechos humanos se dedica a activar la memoria, a promover el recuerdo, a señalar qué acontecimientos (afrentas y violaciones) es preciso retener y transmitir. Una parte (relativamente menor) de la empresa activa de la memoria está centrada en elaborar archivos históricos, datos, documentos."**

Pero tampoco se trata de hacer una historia lacrimógena; tampoco se trata de recuperar la voz del vencido como si fuera la voz de ese pobre más allá de toda pobreza que hoy muestran todas las cámaras de televisión porque ya no tienen nada que decirle a la sociedad, porque ya ni siquiera produce miedo. Cuando uno se enfrenta a los noticieros, a las siete de la tarde, y ve a los pobres comiendo ratas, lo que ve no es un humano que carga todavía un ideal emancipatorio, que puede producir efectos sobre la sociedad, sino que ve un despojado de toda humanidad, ve el relato del vencedor que se ceba en el cuerpo del vencido de una forma impúdica. Eso no es memoria, eso no es verdad, eso es simplemente abyección. Y la Argentina está llena de abyección. Llena de una lógica mediática que cree decirnos todo cuando no nos dice absolutamente nada. Recibir archivos, no los archivos de la memoria, los archivos de las biografías, de los nombres propios, sino esos supuestos archivos del poder donde definitivamente conoceremos nuestra propia historia, es otra de las lógicas de la mentira. No hace falta llenar esta sala de información para ser capaces de establecer un diálogo crítico, esencial e indispensable con la memoria. La memoria nunca es un asalto cuantitativo. Nunca es una suerte de anecdotario infinito de informaciones.

La memoria es aquello que muchas veces nos toma desprevenidos. Es la memoria a veces involuntaria, como diría un viejo escritor francés. O, como diría un pensador judío alemán, es aquella memoria que desgarra nuestra alma porque de repente descubrimos el vacío de nuestra propia conciencia. Es una memoria que nos reclama que no recordemos simplemente en el sentido de una "bella historia", sino que recordemos allí donde la historia ha fallado, donde la historia ha fracasado, allí donde la promesa civilizatoria de un mundo mejor ha quedado puesta dramáticamente en cuestión por los vencedores y por el efecto de olvido sobre los vencidos. Walter Benjamin decía que el vencido es doblemente derrotado en la historia: su primer derrota, la derrota de los cuerpos, la derrota fáctica, la derrota del campo de batalla, quizás sea una derrota menor, porque hay derrotas que son triunfos históricos; pero hay otra derrota, decía Benjamin, que es mucho más pavorosa, mucho más dura, mucho más oscura y mucho más dramática, que es la derrota del olvido. Que la escritura de la derrota, como escritura, quede en manos definitivamente de los vencedores. Pasarle el cepillo a la historia a contrapelo es la obligación del historiador, del crítico, del intelectual, de las sociedades, para rescatar no el futuro de las generaciones venideras, que podrán hacer su propia historia, sino el pasado olvidado de las generaciones pisoteadas por los vencedores en la historia, que están amenazadas de muerte. Hoy lo que está doblemente amenazado de muerte es el futuro, porque se ha tragado de un solo bocado el pasado como una memoria que no es simplemente una mera reconstrucción sino que es una apuesta por salvar lo que tenemos de nombre propio, de biografía, en tanto individuos y en tanto sociedad.

Primo Levi, quizás aquél que con palabras más ejemplares, y paradójicamente bellas, pudo relatar la memoria concentracionaria, su propia experiencia en un campo de concentración, decía que la tarea del escritor, la tarea de quien estaba obligado a dar testimonio, no era la tarea de una reconstrucción universal, de una suerte de trabajo judicial, o inclusive de historiador, sino que la tarea del escritor que daba testimonio es hacer algo imposible: que un resto de las palabras de los que ya no pueden hablar encuentre un espacio, un ámbito de audición, una representación en el propio presente. Que no hay memoria, que no hay presente, que no hay futuro, en la medida en que esas voces olvidadas no logren atravesar el silencio de esa doble derrota y reencontrarse con las biografías actuales. Y agregaba: lo primero que se le quitaba a los prisioneros era su nombre. Metáfora gigantesca del olvido, que no tiene nombre propio, no tiene absolutamente nada. Por eso decía Primo Levi que el trabajo de la memoria en los campos de concentración era guardar un poema, era recordar viejas anécdotas, era descubrir que todavía la belleza podía tener un lugar en medio del horror, era seguir hablando humanamente en medio de la más atroz inhumanidad.

Si la memoria sólo se convierte en un espectáculo mediático, en un viaje melancólico producido por la industria hollywoodense con una mera visita de fin de semana al museo, literalmente la memoria queda arrojada al devastación y al olvido, porque es una mercancía cultural más, producto de una industria del espectáculo, que hoy ha descubierto que la memoria es un negocio fabuloso, que ofrece una enorme cantidad de posibilidades comerciales. No somos mejores porque recordamos una vez que entramos a una sala cinematográfica o porque recorremos un museo y sentimos que al ver esas imágenes que están en las paredes algo del pasado regresa sobre nosotros. De alguna manera, y quizás con un gesto que hoy sería inusual, habría que clausurar esos museos donde los individuos del presente se disfrazan por un instante de presos, de víctimas, arrojadas como si estuvieran en una ficción concentracionaria, hacen todo un viaje catártico, salen del museo y van a comer una hamburguesa a Mc Donald's. Me parece que esa lógica de la reproducción malsana, de la patología de la memoria, del show de la memoria, que los poderes del mundo se junten en Estocolmo para decir el "el Holocausto fue terrible", es una manera de asesinar al cuerpo nuevamente de las víctimas del poder y del sistema.

Si la memoria es una licuadora donde todo se mezcla, donde la Argentina fue, un dechado de virtudes sólo habitada por unos pocos malditos, la responsabilidad, el compromiso con lo que nos aconteció y nos sigue aconteciendo, la deuda con nuestra propia acción en el pasado y en el presente, queda absolutamente salvada. La Argentina no es una tierra de virtuosos. Francia tampoco es una tierra de virtuosos. Ningún país es tierra de virtuosos. Y menos virtuoso es un país cuando hacia el pasado genera un viaje cuya estructura es la consolación, la buena conciencia y el olvido fraudulento.

Walter Benjamin, citando a Kafka, decía que sólo conservamos la esperanza por amor a los desesperados. Sólo existe memoria donde está la derrota; y no la derrota política, porque también la memoria exige terminar con las efemérides, terminar con los falsos heroísmos, terminar con aquel discurso que supone que antes fuimos infinitamente mejores o que ahora somos infinitamente mejores. No lo fuimos antes, no lo somos ahora. Pero somos infinitamente peores si simplemente optamos por hacer una escritura de la historia que se convierta en excusa académica, en excusa museística, en negocio mediático, o si hacemos historia mintiendo en relación a nuestro propio pasado, construyendo héroes que pierden de vista que los seres humanos de carne y hueso son esos desesperados por los que aún conservamos la esperanza. ■

**Ricardo Forster** es doctor en filosofía y profesor de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Es autor de *Benjamin y Adorno: El ensayo como filosofía* (1991) y *El exilio de la palabra* (En torno a lo judío) (1999). Su libro más reciente es *Walter Benjamin y el problema del mal*. Integra el comité de dirección de la revista *Confines*.

# El emperador está desnudo

por Hugo Achugar

**¿Profeta del desastre o anunciador del reino por venir? ¿Guardián del santo grial en medio de la tormenta o intelectual orgánico? ¿Solitario artífice apostando a los happy end de tiempos por venir? ¿Cronista de los tiempos? ¿Conservador o crítico de la memoria? ¿Cuál es la tarea, cuál es la función de los intelectuales en tiempos de crisis?**

**Estas fueron algunas de las preguntas que se hizo el uruguayo Hugo Achugar en su ponencia presentada en el III Encuentro Internacional.**

¿Cuál es el lugar desde donde hablan los intelectuales en estos tiempos de crisis? y, sobre todo: ¿cuál es su función?, ¿cuál su discurso?

Para reflexionar sobre estas preguntas quiero recordar el final de un viejo y conocido cuento, un cuento supuestamente infantil, "El traje nuevo del emperador", de Hans Christian Andersen. El emperador del cuento se propone desfilar por las calles de su ciudad luciendo supuestamente el magnífico nuevo traje que ha sido confeccionado con una mágica tela sólo visible para los inteligentes. El engaño del que ha sido víctima el emperador y toda su corte es que tal tela no existe, pero nadie se ha atrevido a afirmarlo, pues decir tal cosa sería pecar de tonto. Nadie se ha atrevido hasta que el emperador decide lucir su nuevo traje en público, y en ese momento se produce el desenlace, les leo el final del cuento:

"—¡Pero está desnudo!, dijo finalmente un niño.

—¡Dios mío!, escuchen la voz de un inocente, dijo el padre y uno susurró al otro lo que el niño había dicho.

—¡Pero está desnudo!, gritó por fin todo el mundo.

Esto causó una profunda impresión en el emperador, pues le pareció que tenían razón; pero pensó: 'Ahora debo continuar hasta el final'. Y los chambelanes caminaron con mayor dignidad aún, como si sostuvieran la cola que no existía".

La lectura, la interpretación más extendida, aunque quizás no la única posible de lo planteado en el cuento de Andersen, sostiene que sólo la inocencia infantil es capaz de desenmascarar el engaño y el fraude de los poderosos.

Es posible proponer, y más aun se ha propuesto, una identificación entre la función del niño y la del intelectual. Sin embargo, cabe preguntarse si la identificación entre este niño caracterizado como inocente y el intelectual es válida, es decir si es válido caracterizar al intelectual como un inocente. Algunos piensan que sí. Thomas Merton en su carta a un espectador inocente, por ejemplo, comenta este mismo cuento de Andersen y concluye afirmando lo siguiente: el niño del cuento era el único inocente y, por su inocencia, la culpa de los otros no llegó a ser delito sin pasar de tontería. Si el niño no hubiera estado ahí, todos habrían sido locos o criminales; el grito del niño fue lo único que los salvó.

La lectura cristiana de Merton lo lleva a privilegiar una noción particular de la inocencia que no significa distanciamiento ni falta de compromiso; es decir, establece un lugar de la inocencia como el lugar desde donde habla el intelectual.

Sin embargo, sería posible preguntarse si ese lugar de la inocencia es único, homogéneo y no tiene contradicciones. Es decir, si la inocencia, de no estar involucrado con el poder -como propone Merton-, es la única manera de pensar la inocencia. O mejor aún, si es posible no estando involucrado con el poder, hablar desde la inocencia.

Pienso que no es posible para el intelectual ese lugar, porque el intelectual siempre está ligado voluntaria o involuntariamente a un grupo. En este sentido, la imagen del intelectual situada en la intemperie -es decir en un lugar no protegido o no amparado por institución o por grupo alguno- es más una ficción tributaria del imaginario decimonónico del romanticismo que una realidad histórica.

Otra cosa es pensar el lugar de la inocencia como el lugar, de la resistencia frente al poder y a los poderosos. Este lugar que tiene coincidencias parciales con lo planteado por Merton, supone que la tarea del intelectual consiste no sólo en desenmascarar los engaños del discurso hegemónico, sino también realizar una actividad positiva.

Pero volvamos al cuento. En la historia narrada hay distintos actores. En primer lugar, está el círculo del poder ocupado por el emperador y su corte. En segundo lugar, están los estafadores que engañan al emperador. En tercero, el pueblo que, por distintos motivos, no se atreve a enfrentar el engaño. Y, por último, el niño depositario de la palabra liberadora. En esa trama, o en ese escenario, el niño ocupa un lugar de intermediación entre el poder y el pueblo; aunque también se podría decir que ocupa el lugar de la verdad entre el poder que ha sido víctima del engaño y el pueblo. En todo caso, los malos del cuento son los estafadores que han logrado engañar a todo el mundo, menos al niño.

Se podría sostener que, en estos tiempos que estamos viviendo, la diferencia entre el emperador y los estafadores es mínima y que, en más de un caso, el poder está constituido por los estafadores. Pero hay algo más que me interesa considerar en esta oportunidad y es el modo en como es presentado el niño; es decir, me interesa llamar la atención sobre el hecho de que este niño que habrá de desenmascarar el engaño y el fraude del poder está presentado como un espectador del desfile, un espectador crítico. Y el detalle es relevante, pues eso es lo que lo distingue de los otros espectadores; es decir, su capacidad para observar y expresar libremente, inocentemente, lo que ve. Esta expresión, este decir o describir lo que considera la verdad de lo que está ocurriendo, es lo que aparece valorado en el cuento de Andersen. El intelectual, como el niño, tendría -de acuerdo con el cuento- la función de describir con total libertad la realidad tal cual -honesta e inocentemente- la ve.

Ahora quisiera pasar a una segunda instancia de la presente reflexión. Quisiera considerarla implicada en la pregunta: ¿cuál es el discurso de los intelectuales en tiempos de crisis?, o más exactamente: ¿cuáles son las posibilidades del discurso de los intelectuales en los tiempos de crisis?

En principio, y muy rápidamente, se podría sostener que en tiempos de crisis coexisten y se intensifican los discursos catastróficos y los utópicos. Pero el discurso del niño, ese "¡pero está desnudo!" con que desviste o desenmascara al emperador frente a los ojos del pueblo, no es en sí mismo ni catastrófico ni utópico, simplemente consiste en la identificación y descripción de un hecho, algo que en cierta línea de argumentación se podría caracterizar como un producto de un estricto positivismo, algo que opera en una lógica según la cual existen hechos reales e indiscutibles que están esperando que alguien los identifique y los describa.

En esa lógica, la descripción de la realidad o de la verdad no sería ni catastrófica ni utópica, o el ser catastrófico o utópico dependería en parte de quién lo escucha. O mejor aún, en esa lógica, la labor del intelectual consistiría en describir o decir la verdad sin tener en cuenta las consecuencias de su discurso. Esta concepción de la labor del intelectual tiene mucho de cruzada ética y supone un extremado narcisismo, el intelectual es el depositario de toda la ↳

**Hugo Achugar** es uruguayo, graduado en la Universidad de Pittsburg, Estados Unidos. Es profesor de Literatura Latinoamericana de la Facultad de Humanidades de la Universidad de la República del Uruguay y dirige el Programa sobre Políticas Culturales de la Fundación Rockefeller, en su país. Escribió *La balsa de la medusa* (1992), *La biblioteca en ruinas* (1994) y la novela *Falsa Memoria* (2001).

verdad, de toda la independencia, y está libre de toda sospecha.

Escribo lo anterior y pienso que quizás esa visión del intelectual que acabo de describir sea anacrónica. Que después de todo, el cuento de Andersen es de 1837 y que hoy estamos en otro escenario. Algo me dice que el discurso del niño intelectual que desviste al emperador hace tiempo que no alcanza y que, en estos tiempos de crisis, puede tanto fundamentar un discurso catastrofista como un discurso utópico. Algo me dice que incluso ese discurso puede fundamentar el discurso que muchos intelectuales, en un sentido lato e intelectual, están realizando hoy cuando sostienen que el emperador está desnudo; pero que más que denunciar el hecho lo que hay que hacer es evitar daños mayores. Esos intelectuales, estos controladores del daño, no están al servicio del poder e incluso pueden pertenecer al espacio de la resistencia; pero lo que sucede con estos intelectuales es que han sido afectados como todos, aunque quizás en mayor medida, por la ausencia de propuestas alternativas en la que estamos desde hace unas décadas.

Entonces, ¿el pensamiento crítico del intelectual es siempre ineluctablemente catastrófico o utópico? Pienso que en estos tiempos de crisis coexisten estos dos tipos discurso. Por un lado, hay quienes sostienen que el emperador está desnudo y eso significa, además de la descripción de un hecho, la expresión del horror ante lo impensable. Es decir, el descubrimiento de lo inconcebible, la angustia frente a la catástrofe que significa que la sacralidad del emperador aparezca en su monda y bironda humanidad. Dicho de otra manera, "el emperador está desnudo" expresa la caída de todos los valores, el grito terrible ante la pérdida y, por lo mismo, no significa necesariamente la expresión libre y liberadora del poder generada por una resistencia ante la opresión. Es el discurso que prologa la catástrofe, o mejor dicho, en esta lógica argumentativa o interpretativa, el intelectual inicia o se inscribe en el género del lamento ante la pérdida del sentido. Y, por lo mismo, es un discurso que se queda en la angustia, en la constatación del horror sin posibilitar otra acción más que la de la comprobación de la catástrofe.

Por otro lado, están aquellos para quienes "el emperador está desnudo" no es el final sino el comienzo, o incluso parte de un proceso de futuro. En este discurso que mira hacia delante, la comprobación de que el emperador está desnudo es un momento fundamental, pues supone la necesaria crítica del presente que posibilita la construcción de un futuro mejor. No se trata de la expresión de una angustia, sino que opera como el imprescindible desengaño que clausura los viejos tiempos y abre el camino del reconocimiento de la verdad. En este sentido, la palabra del niño intelectual opera como alumbradora o partera de los tiempos por venir.

Este rasgo del discurso utópico permite inscribirlo, no en el género de las Jeremías, del discurso catastrófico, sino del discurso mesiánico que augura la buena nueva. Sin embargo, qué tan impoluto es ese lugar del niño intelectual en estos tiempos de crisis en que muchos seguimos debatiendo cuál es o cuál debería ser el programa redentor. ¿No será que los propios niños intelectuales de hoy también estamos desnudos? ¿No será que no hay ningún otro niño que nos desvista y descubra el engaño en que estamos?

**"Quizás estemos tan desnudos los intelectuales como el poder, aun cuando las razones o las causas de nuestra desnudez sean diferentes. Pero afirmar esto me pondría en la posición del niño intelectual que a su vez exigiría otro niño intelectual que mostrara mi propia desnudez. Esto abriría una cadena ilimitada o un círculo vicioso".**

Quizás estemos tan desnudos los intelectuales como el poder, aun cuando las razones o las causas de nuestra desnudez sean diferentes. Pero afirmar esto me pondría en la posición del niño intelectual que a su vez exigiría otro niño intelectual que mostrara mi propia desnudez. Esto abriría una cadena ilimitada o produciría un circulo vicioso y no el necesario círculo virtuoso que estos tiempos de crisis parecen estar necesitando.

Entonces, ¿cómo concluir?, ¿qué proponer? Lo que escribo está realizado desde un Uruguay particular. El lugar político-geográfico importa y se articula con ese lugar teórico o ficcional de ese niño intelectual. Ese lugar que se llama Uruguay en tiempos de crisis es el Uruguay que vive la mayor crisis financiera de su historia y una increciente inquietud social, que no sólo afecta a los desposeídos tradicionales, sino también a amplísimos sectores de la clase media. Un Uruguay donde una encuesta reciente sostiene que el 67% de los jóvenes estarían dispuestos —si tuvieran los medios económicos para hacerlo— a emigrar hacia otros países. Un Uruguay diferente, un nuevo Uruguay, como han dicho analistas y actores políticos, económicos y culturales. Un Uruguay donde la memoria de la post-dictadura ha sido desbordada por la urgencia de la crisis social y económica.

Otro hecho, sin embargo, otra discusión interfiere mi reflexión. La situación de emergencia social, la desocupación, el hambre, el desamparo en el que se encuentran los marginales tradicionales y el torrencial incremento de los nuevos pobres ha llevado a la sociedad uruguaya, al Estado, a las ONGS, a otros sectores de la sociedad a instrumentar comedores o merenderos populares. En ese esfuerzo participa la amplia mayoría de los uruguayos; esto no es novedad en la Argentina. Hay algunos, muy pocos, que —en virtud de ciertos principios sesentistas— rechazan estas acciones por considerarlas asistencialistas o remedos de la antigua caridad cristiana medieval. Por otra parte, y en estos

mismos días, se han sumado a esos esfuerzos solidarios, grupos teatrales y escritores en campañas llamadas "letras por kilo", o "teatro por alimentos".

¿Por qué digo esto? Por la sencilla razón de que la emergencia social, económica, política y cultural en la que se encuentra Uruguay, menos terrible quizás o no, que la argentina o la venezolana -para sólo poner dos ejemplos-, pero para los uruguayos inédita y gravísima, vuelve a darle vigencia a la conocida pregunta de un poeta alemán Holderlin: "¿Y para qué poetas en tiempos aciagos?". Podríamos decir: ¿Para qué los intelectuales en tiempos aciagos? ¿Qué sentido tiene reflexionar sobre opacidades o transparencias de los lenguajes artísticos en tiempos aciagos? ¿Qué sentido tiene que el Estado invierta en recursos humanos y bibliográficos o de otro tipo, para formar humanistas o intelectuales? ¿No sería mejor que todos nos dedicáramos a lograr excelentes cosechas de transgénicos? ¿O que invirtiéramos nuestros escasísimos recursos en dar pan y trabajo a los necesitados? "Pan y trabajo" rezan los carteles de los estudiantes universitarios movilizados en el actual conflicto de Uruguay.

¿Para qué los ensayistas, los intelectuales, los poetas, los artistas en tiempos aciagos? ¿Por qué no dejar que esa producción la realicen los ciudadanos del primer mundo? ¿Por qué no limitarnos a importar lo que producen las sociedades saciadas del primer mundo y volcar todos nuestros esfuerzos a lo inmediato, a la urgencia terrible de lo inmediato?

Las preguntas, todas las preguntas recogidas hasta ahora en esta reflexión me parecen mal encaminadas o, dicho de otro modo, me parecen tramposas. Es cierto, sin embargo, que no puedo evitar un cierto profundo malestar, quizás mala conciencia de universitario clase media, cuando me pregunto el sentido de mi trabajo en la actual circunstancia. ¿Discurso de la catástrofe o anunciador del reino por venir? ¿Profeta del desastre? ¿Guardián del santo grial en medio de la tormenta? ¿Intelectual orgánico?¿De quién? ¿De cuál grupo? ¿Solitario artífice apostando a los happy end de tiempos por venir? ¿Cronista de los tiempos? ¿Desvirgador de ingenuos e inocentes? ¿Conservador o crítico de la memoria? ¿Cuál es la tarea? ¿Cuál la función?

El desafío, los desafíos son mayores. Quizás no haya una única respuesta, quizás no todos tengamos que hacer lo mismo, quizás todo sirva, quizás lo que no sirva sea el aislamiento, la depresión y la inacción. Quizás el papel de los intelectuales consista hoy en perseverar. Quizás, como dijo hace muchos años una líder feminista uruguaya: lo único que hay que hacer es insistir, insistir, una y otra vez. "El emperador está desnudo" debe insistir en recordar el intelectual; pero esta afirmación ¿es parte del discurso catastrófico o del utópico? En cierto sentido, y como ya fue dicho, lo es de ambos.

Denunciar que el emperador está desnudo es develar la falsa creencia y es también sostener que la gente vive engañada, algo así como le intentan demostrar al héroe de "Matrix". Pero también es parte de la utopía, ya que apostar a que la denuncia de la desnudez del emperador pueda desmontar la ilusión o -para decirlo con un concepto casi en desuso-, la alienación es creer que es posible lograr algo con la palabra.

¿Qué hacer, entonces? ¿Qué hacer, ya que las respuestas que otros plantearon a comienzos del siglo XX en otras latitudes no parecen ser aplicables al siglo XXI y a estas orillas del Río de la Plata? ¿Qué hacer frente a aquellos que desde otros escenarios -pienso en algunos jardineros de los jardines académicos del norte-, nos explican qué tenemos que hacer?

Quizás lo que tengamos que hacer es insistir en hacer lo que nosotros entendemos que tenemos que hacer. Quizás esté bien que hoy algunos combinen humanidades o intelecto o pensamiento crítico con kilos de alimentos y también que otros realicen otras combinaciones. Quizás todo sirve. Quizás no haya una única respuesta universalmente válida. Quizás haya que aventar semillas hacia todos los lugares sin preocuparnos de que algunas caigan en tierras yermas y sólo algunas pocas puedan fructificar. Quizás haya que abandonar el paradigma evangelista de los intelectuales y reconocer que el mesianismo ya fue. Que la labor mesiánica de los humanistas es otra cosa más de lo que el viento de la globalización se llevó. Quizás el intelectual sea un dinosaurio que ya no tiene sentido. Que ha sido sustituido por la televisión. Quizás ya no tenga que hablar y su lugar haya sido ocupado por otros que no necesariamente sean letrados. Quizás los intelectuales sólo podamos dar testimonio de los tiempos aciagos y esperar que termine el diluvio. O quizás no.

Quizás en el Uruguay de hoy -no me animo a proponer nada más allá del territorio de mi país- la función de los intelectuales, la función de las humanidades, la tarea de los humanistas, la labor de los analistas de la cultura y del consumo cultural, en fin, la función de todos aquellos que estamos peleando por la dignidad de los seres humanos sea ayudar a refundar el país. A refundarlo y a refundar un contrato social donde los excluidos no existan. ¿Refundar un país cuando todos han decretado que en estos tiempos aciagos, globalizados, las naciones han perdido sentido? Sí, precisamente por eso. Porque lo que ha perdido sentido son las antiguas naciones, los antiguos países, las antiguas sociedades.

Porque las humanidades o las artes, o la simple reflexión cultural e intelectual siguen teniendo sentido en tanto forjadora de sueños. Sueños que algunos considerarán pesadilla. Sueños que desgarrarán certidumbres. Sueños que sólo aspiren a darle sentido -incluso, aun cuando ese sentido sea transitorio- al esfuerzo cotidiano de volver a empezar. Al trabajoso esfuerzo de seguir caminando en medio de la tormenta. ■

# "Hay que apostar a vivir, a andar el camino"

**En la apertura del III Encuentro, el Dr. Hugo Omar Cañón, Fiscal de Bahía Blanca y miembro de la Comisión por la Memoria, realizó un racconto de los Encuentros anteriores. Se detuvo, además, en las consecuencias políticas y sociales que tienen los procesos autoritarios en Latinoamérica, tanto en el presente de las democracias como en la proyección para el futuro.**

por Hugo Omar Cañón

foto Alejo Garganta Bermúdez

El fiscal Hugo Cañón en la apertura del III Encuentro.

En esta apertura de este Tercer Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva, debo destacar en primer lugar que esta Comisión [Provincial por la Memoria] es un organismo público ajeno a los poderes del Estado Provincial, con funcionamiento autónomo y autárquico. Nació el 10 de julio de 1999 por una Resolución de la Cámara de Diputados con el objeto de: 'Reconstruir, documentar e investigar los horrores del terrorismo de Estado que asoló a la República Argentina durante la dictadura militar instaurada entre 1976 y 1983. Asimismo, para contribuir a la difusión y educación en este tema y a la construcción de la memoria colectiva para que nunca más se repitan hechos de tal naturaleza'. Mediante ley del 13 de agosto de 2000 se instrumentó su legal funcionamiento.

Sus miembros son figuras relevantes del quehacer argentino en materia de derechos humanos, quienes permanentemente dan testimonio de su profundo compromiso y a la vez se han convertido en referentes éticos de una sociedad que parece no tener rumbo o -mejor dicho- que sabe qué quiere, pero carece de una dirigencia (en general) idónea que maneje la cosa pública.

Este es el Tercer Encuentro, que se suma a los realizados en los años 2000 y 2001. El primero de esos encuentros estuvo orientado a reflexionar sobre la historia del autoritarismo en nuestro país y el accionar del terrorismo de Estado. Reunió a especialistas argentinos y extranjeros, jóvenes investigadores, artistas, docentes, universitarios, miembros de organismos de derechos humanos y de otras asociaciones civiles. Entre el 24 y 26 de agosto de 2000, en este mismo sitio, más de 900 personas acreditadas participaron de paneles y debates. Fue la primera experiencia que nos alimentó tanto en el plano del conocimiento, como en cuanto a las modalidades de abordar nuestra actividad y, a su vez, generó vínculos para articular una red cada vez más sólida y edificante en este terreno.

El año pasado siguió nuestro crecimiento y profundización del debate en el Segundo Encuentro Internacional. Nada más y nada menos, se abordaron las 'Opciones morales en situaciones límites', donde se cruzaron coordenadas artísticas e intelectuales, nacionales y extranjeras, teatros para la exposición y la escena, música que vinculó los tiempos del ayer con los del hoy en un darse la mano las sucesivas generaciones. Abuelas, Madres e Hijos aportaron su presencia y visiones diferentes, para confluir en la misma actividad buscando Verdad, Justicia y Memoria.

En este momento, abrimos este Tercer Encuentro Internacional sobre la Construcción de la Memoria Colectiva. Y no es casual –sino meditado y muy bien sopesado por nuestra Comisión- que el presente abordaje sea sobre 'Crisis y Memoria. América Latina: Pasado y Presente'.

Tenemos un pasado que no pasa. Ese pasado es presente y presente en crisis y la memoria se convierte en algo más imprescindible cada vez. Vivimos en democracia -¿democracia?- y son dilemas esenciales de este sistema la marginalidad, la desocupación y la represión. Hoy se presentan nuevos actores políticos y sociales: asambleas barriales, organizaciones agropecuarias, piqueteros, movimientos culturales y prensa independiente. ¿Cómo se encauza toda esta fuente de energía que busca abrir nuevos rumbos?

De allí la importancia de hablar de la democracia y los movimientos sociales y plantearnos cuál es el futuro del proyecto latinoamericano. Frente a la crisis en Latinoamérica, ¿cuál es el rol de la cultura, de los intelectuales y el pensamiento crítico? Reflexionar sobre la memoria en la Argentina actual y acerca de cómo actuar para rescatar la Verdad, la Justicia y la Memoria, son todos temas de análisis y debate en este encuentro que ahora comenzamos.

Sin embargo, debemos ser conscientes de que esta tarea de creación y encuentro colectivos no es simple, fácil, ni permite actitudes pasivas. Un encuentro como éste seguramente generará dolor, recreará situaciones de sufrimiento, pondrá en evidencia el agobio de la crisis, y puede tentarnos a pensar que la omnipotencia de los poderosos –de afuera y de adentro– tornarán estéril nuestra actividad. No obstante, debemos saber que esto no es así. La historia no es lineal. Los cambios son posibles. E incluso suponiendo que los propósitos buscados no puedan lograrse ni aun medianamente, no nos deben quedar dudas de que bien vale la pena transitar el camino –por el solo hecho de recorrerlo- porque importa apostar a la esperanza, a la creatividad, a la utopía; en fin, apostar por la vida y no por la muerte. Andar el camino.

> "Es cierto que venimos de un siglo XX que se ha caracterizado por la enormidad del drama de la destrucción del hombre. Se ha cometido el mayor número de masacres de la historia de la humanidad en nombre de las más variadas causas. Pero ello no obsta a poner nuestro esfuerzo en el intento de cambio."

Decía Erich Fromm: 'El hombre es mucho más destructivo y cruel que el animal. El animal no es sádico, no es hostil a la vida; pero la historia humana es un documento de la inimaginable y la extraordinaria crueldad del hombre'. Sin embargo, la uniformidad en los comportamientos no tiene por qué ser aceptada, y bien podemos obrar de manera diferente. No destruir sino construir. No ser crueles sino amorosos y solidarios con el semejante.

Es cierto que venimos de un siglo XX que se ha caracterizado por la enormidad del drama de la destrucción del hombre. Se ha cometido el mayor número de masacres de la historia de la humanidad en nombre de las más variadas causas. Los genocidios, los crímenes de lesa humanidad, con la particularidad de la desaparición sistemática de personas, la tortura, los crímenes de guerra y el terrorismo, han bañado de sangre los calendarios de las distintas geografías de nuestro planeta. Pero ello no obsta a poner nuestro esfuerzo en el intento de cambio.

Ya a principios del siglo XX, el presidente de los Estados Unidos, Theodore Roosvelt, afirmaba que: 'Todo lo que esta nación desea es ver el establecimiento de las naciones hermanas, reglamentadas y prósperas. Todo pueblo que es bien conducido puede contar con nuestra amistad desinteresada... si conserva el orden y paga sus obligaciones no deberá temer de los EEUU. Una actuación crónica errada o una impotencia que resulte en un aflojamiento general de las leyes de la sociedad civilizada puede, en América o en cualquier otro lugar, requerir una posterior intervención de cualquier nación civilizada y en el Hemisferio Occidental; la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe puede forzar a éstos al ejercicio de un poder de policía internacional'.

Estos párrafos se remontan al 6 de diciembre de 1904, pero no ha sido -desgraciadamente- una mera advertencia de acatamiento sin consecuencias, sino que inauguró la llamada 'política del garrote'. Decía Roosvelt: 'Speak softly but carry ↳

a big stick', esto es: 'Habla suavemente, pero lleva contigo un garrote'.

A fines del siglo XIX, EEUU gana rápidamente la guerra a España 'liberando' a Cuba, a la que luego ocupa militarmente por cuatro años, garantizándose en 1902 –con la enmienda Platt– un país aparentemente independiente pero con la facultad de ocupación militar en caso de transgresiones.

En la misma época, EEUU impuso la anexión lisa y llana de Puerto Rico y Filipinas. En 1903, se crea la república de Panamá para garantizarse el control del canal que uniría los océanos Atlántico y Pacífico. Los marines de Nashville supieron "disuadir" a las tropas colombianas de marchar a Panamá.

En 1905, se produce una intervención fiscal en República Dominicana; en 1906, la segunda ocupación de Cuba; en 1909 tropas mercenarias financiadas por EEUU apoyan un golpe de Estado en Nicaragua y en 1910 desembarcaron los marines. En 1912, se ocupa militarmente Nicaragua y se produce la tercera ocupación de Cuba.

La política de ocupación o intervenciones -directa o indirecta- es permanente y son innumerables los casos que podrían citarse, bastando mencionar el derrocamiento de Jacobo Arbenz Guzmán producido en Guatemala en 1954, para terminar con la 'Revolución en el Imperio del Banano'.

Antes de llegar a épocas más cercanas y que tienen que ver con la implantación del terrorismo de Estado y la desaparición en masa de personas en Latinoamérica, quiero hacer mención a algunos tratados que condicionan a nuestros países.

En Río de Janeiro se celebra, en 1947, la Conferencia en la que se firma el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. Por éste, cualquier ataque de una potencia extracontinental a un país americano debía ser considerado como una agresión a toda América y ésta debía responder en consecuencia. Así, América Latina quedaba atada a los planes militares de Estados Unidos. A partir de aquí la mayoría de los ejércitos latinoamericanos planea su estrategia en función de la represión de conflictos internos. Las 'fronteras geográficas' dan paso las 'fronteras ideológicas'.

Una cuestión a destacar, que se complementa con la anterior, es la asistencia económica. Mientras, por el Plan Marshall, fluye a Europa una inmensa masa de capital público otorgado por el gobierno de Estados Unidos; para Latinoamérica sólo se estimulan las inversiones privadas (punto IV del discurso de Truman al Congreso en enero de 1949). En el primer caso, el país receptor tiene una participación, aunque limitada, en su utilización y destino. Por el contrario, la inversión privada establece una dependencia mucho mayor, dado que el país receptor no la controla en lo más mínimo. Asimismo, mientras el crédito público (plan Marshall) llega en grandes cantidades y estimula el desarrollo del aparato productivo, el privado sólo llega en cantidades menores y para rubros de su exclusivo interés, deformando el aparato productivo.

Con estas pocas consideraciones se puede advertir con facilidad que, ya en la primera mitad del siglo XX, los estados latinoamericanos éramos el patio trasero de los Estados Unidos. Y es en la segunda mitad de ese siglo cuando este alineamiento impuesto se hace más completo y efectivo, sobre todo teniendo en cuenta que, a partir de la Primera Guerra Mundial, los Estados Unidos desplazan a Gran Bretaña como potencia hegemónica y esta posición se consolida –definitivamente– después de la Segunda Guerra Mundial, para finalmente –con la caída del muro de Berlín– pasar a ser el único administrador, y sin ningún síndico.

El TIAR (Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca) fue el instrumento militar formal, pero la formación de los cuadros militares latinoamericanos se verifica tanto en Estados Unidos como en la escuela de entrenamiento del canal de Panamá, recibiendo preparación en contrainsurgencia, métodos clandestinos de actuación, enmascaramiento, inteligencia y contrainteligencia, métodos compulsivos de interrogación, etc.

Por supuesto que la actitud de los pueblos latinoamericanos no fue pasiva, servil y siempre claudicante. Medió resistencia, defensa de la dignidad nacional y se buscó preservar la soberanía e independencia.

A pesar de la desigualdad de fuerzas y medios, se articularon políticas soberanas que defendían no sólo el territorio, sino la lengua, las costumbres, las propias raíces y tradiciones.

Si bien las luchas, las resistencias, siempre son de los pueblos, las mismas se canalizan a través de determinada dirigencia política. En ese sentido (y sin pretender agotar la nómina de líderes y luchadores), a título de ejemplo menciono a: Emiliano Zapata, el general Augusto Sandino, Jacobo Arbenz, Lázaro Cárdenas y Jorge Eliécer Gaitán. Asimismo, con sus más y sus menos, sus antes y después, se puede citar a Hipólito Irigoyen, Víctor Raúl Haya de la Torre, o -incluso- Getulio Vargas y Juan Domingo Perón.

También pueden evocarse los intentos de Jeao Joulart en Brasil, Juan José Torres en Bolivia, Velasco Alvarado en Perú; nombres sueltos para señalar algún otro rumbo, como -por supuesto- no puede dejar de mencionarse al Che Guevara y a Fidel Castro.

Pero toda esta larga introducción tiene una finalidad y también un principio, pues nuestro tema tiene que ver con lo ocurrido en los últimos treinta años del siglo XX y las formas de abordar sus consecuencias.

La finalidad es tratar de explicar, para poder entender, que las dictaduras son de larga data y responden a intereses y direcciones que superan los propios espacios geográficos de cada país o aun de una región, como puede ser la abarcada por el Plan Cóndor. Si no entendemos que las dictaduras y sus diversos métodos, responden -más allá de los matices y particularidades- a un mismo patrón (usada esta palabra en su doble acepción: como forma de medición y como sinónimo de "dueño"), nos quedaremos sólo en el "cómo" y no veremos el "por qué".

Por supuesto que cuando sostenemos esto no nos embarcamos en una postura dogmática, como si la historia fuera li-

neal y no admitiéramos que median otras contradicciones. Decir que las dictaduras latinoamericanas del siglo XX respondían a la geopolítica de Estados Unidos y defendían sus intereses, no importa desconocer que Jimmy Carter hizo una benigna política respecto a los Derechos Humanos, mientras Videla y sus generales deliraban en la Argentina con que estaban librando una Tercera Guerra Mundial contra el comunismo ateo y materialista (por eso Kissinger -antes de Carter- les decía: "Si tienen que matar, háganlo; pero rápido"). El período negro que sufrimos en las últimas décadas se caracterizó por este crimen de lesa humanidad que es la desaparición forzada de personas, instrumentado a través del terrorismo de Estado. El comienzo del período lo fijo en 1970. El 24 de octubre de 1970, el Congreso Nacional de Chile consagra como presidente a Salvador Allende (135 votos a favor y 35 en contra), pero dos días antes el comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, fue baleado, falleciendo al día siguiente de la consagración de Allende; esto es, el 25 de octubre de 1970.

Hace muy poco tiempo, al desclasificarse y darse a conocer documentos secretos de Estados Unidos, se acreditó lo que todos sospechaban: la CIA intervino directamente en el atentado para impedir el acceso al poder de un presidente que pretendía el socialismo por la vía democrática.

Es interesante revisar esta documentación por la prueba que importa corroborante de la ingerencia directa por medios ilícitos y clandestinos- y porque reclama a nuestras conciencias que la justicia se imponga ante este crimen aún impune, respecto a sus máximos responsables.

Tres años después, la espada de Damocles -con el navajazo de Pinochet- se desprendió de la crin que la sostenía y partió la cabeza de Allende y su proyecto. La preparada muerte del general Schneider anunciaba -como siniestra contracara de un Juan el Bautista- la muerte del presidente Allende, y la de éste inauguraba -como símbolo- el embolsamiento invisible de más de cien mil vidas de nuestros dolientes pueblos latinoamericanos.

Pero la mano digital de los Estados Unidos en esos tiempos quedó estampada en otros documentos desclasificados. Estos revelan los amplios esfuerzos de la Administración Nixon para prevenir la victoria del Frente Amplio en las elecciones presidenciales de 1971 (en Uruguay). Un documento recientemente desclasificado de la colección Nixon en el Archivo Nacional de EEUU, reveló que durante una reunión con el entonces Primer Ministro británico Edward Heath, el presidente Nixon admitió que Brasil ayudó a manipular las elecciones uruguayas.

Los documentos muestran que los EEUU estaban profundamente preocupados por que el ejemplo de Allende en Chile se repitiera en Uruguay. Las preocupaciones eran compartidas tanto por Brasil como por Argentina, cuyas agencias de inteligencia militar llevaban a cabo consultas regularmente y habían anteriormente tenido un acuerdo para intervenir en los eventos políticos en Uruguay. La Embajada de EEUU recomendó actividades abiertas y encubiertas para contrarrestar las revistas del Frente y cooperación entre Brasil y Argentina para apoyar operaciones de seguridad de Uruguay.

**"Si no entendemos que las dictaduras y sus diversos métodos responden —más allá de los matices y particularidades— a un mismo patrón, nos quedaremos sólo en el 'cómo' y no veremos el 'por qué'".**

El presidente brasileño, Emilio Garrastazu Médici, visitó Washington entre el 7 y el 9 de diciembre de 1971, cuando aún no se había definido el resultado de las elecciones uruguayas. Garrastazu Médici sostuvo varias reuniones con el Presidente Nixon, el Asesor de Seguridad Nacional, Henry Kissinger, el Secretario de Estado, William Rogers, y el que en breve sería Subjefe de la CIA, Vernon Walters. En varios de los memorandos sobre las conversaciones con el presidente brasileño, Richard Nixon menciona la ayuda de Brasil en influenciar las elecciones uruguayas. Henry Kissinger remarca el apoyo de Garrastazu Médici a la Doctrina Nixon en América Latina. Según esta doctrina, una nación como Brasil jugaría el papel de potencia regional subsidiaria actuando por los intereses de los EEUU.

Las elecciones fueron llevadas a cabo el 28 de noviembre de 1971. Líderes del Frente Amplio hicieron denuncias en el sentido de que los EEUU y Brasil estarían apoyando una ola de intimidación en contra de su campaña y sus candidatos. Luego de un controversial atraso de más de dos meses, el 15 de febrero de 1972, el tribunal electoral anunció la victoria de Juan Maria Bordaberry.

Los párrafos precedentes apuntaron a dar un panorama general del contexto sobre el cual se generan los regímenes que instauraron el terrorismo de Estado. Esta es una forma más de las dictaduras, un instrumento útil para evitar evoluciones políticas "inconvenientes" a los intereses imperiales en juego. Esto debe quedar muy en claro, comprender de qué estamos hablando.

En las frágiles, vulnerables, inestables e influenciables democracias sobrevinientes, ha sido y es limitado el espacio para articular políticas independientes y que garanticen cierto grado de libertad y crecimiento económico. Estamos muy tentados a sostener con Saramago que este mundo -y en especial nuestros países latinoamericanos- no tienen salida. Pero, como él, porque hay que apostar a vivir y a dar testimonio, buscamos los intersticios que nos permitan construir. Algo, poco, pero construir.

Contra las pretensiones del olvido o de un recuerdo resignado, debemos contribuir a buscar la Verdad, con Justicia y Memoria, defendiendo los intereses de nuestros pueblos latinoamericanos. ■

# "El arte puede plantear nuevas preguntas"

**En su último paso por Buenos Aires, el investigador alemán Andreas Huyssen dialogó con Puentes. Afirmó que "la esfera del arte juega un papel importante en la emergencia de un discurso más amplio de la memoria colectiva". También se refirió al Holocausto como paradigma del siglo XX y a sus representaciones, a los procesos memoriales en América Latina y a la importancia de discutir los hechos históricos locales en sus propios términos.**

por Pablo Gianera

ilustraciones Diana Dowek

Es posible que la pericia crítica de Andreas Huyssen (1942) –esa imparcial autonomía intelectual que le permite por ejemplo apelar a la Escuela de Frankfurt y tomar luego distancia de la Teoría Crítica cuando le resulta necesario— provenga de su doble pertenencia a la tradición europea y a la academia norteamericana. Nació y estudió en Alemania, donde se especializó en literatura alemana, filosofía e historia del arte; fue cofundador de la influyente revista *New German Critique* y es actualmente docente de la Universidad de Columbia, en Nueva York. Este año se publicaron en castellano dos de sus libros. Por un lado, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización* (Fondo de Cultura Económica-Goethe Institut), que recopila diez ensayos sobre temas que van desde la obra del pintor Anselm Kiefer, a las resonancias ideológicas de la historieta Maus de Art Spiegelman, pasando por la obra de Richard Wagner, el auge de los museos, las conmemoraciones y la cultura de la memoria como base de operaciones para interrogar el futuro. Por otro, *Después de la gran división* (Adriana Hidalgo Editora), título que alude a la separación absoluta entre arte elevado y cultura de masas, pero acaso admite ser leído también a la luz del trabajo intelectual del propio Huyssen. En el caso puntual de los discursos memorialísticos, Huyssen se sitúa a una equidistancia tanto de la espectacularidad mediática como de la aprobación incondicional de toda práctica de la memoria. Ese delgado filo, conciliador y a la vez polémico, puede condensarse en una definición: "Cuando se es un optimista dialéctico, a veces se debe ser también un pesimista dialéctico".

**—En *Through the Looking Glass*, de Lewis Carroll, la Reina Blanca dice que es pobre la memoria que sólo trabaja hacia atrás. ¿Cómo sería una memoria trabajando hacia delante?**

Ha habido desde los años setenta una desilusión con las falsas promesas de la modernidad. Es un fenómeno que se produjo tanto en Latinoamérica como en los países del norte. Se quebró la confianza en el progreso continuo y la gente empezó entonces a mirar hacia el pasado. Después vinieron vastos cambios en un nivel macro, cambios culturales, que se unieron a las políticas de la memoria sobre el trauma histórico. En Alemania, el Holocausto. En Latinoamérica, las dictaduras militares. Pero allí emerge también otro tipo de política de la memoria en países que, como Alemania, Argentina, ahora Chile, y Sudáfrica después del 94, se enfrentan con la memoria de un trauma histórico. Intentan construir una nueva autocomprensión de la historia que resulta absolutamente crucial para los procesos democráticos. Esa clase de memoria posee y "trabaja", para usar esa palabra, con una dimensión de futuro. Lo describiría como una tentativa de asumir las responsabilidades del pasado, lo que constituye una acción dirigida al futuro.

**—¿Habría que buscar entonces la manera de trabajar una memoria no congelada? ¿Usted habla de recordar el futuro en lugar de preocuparnos por el futuro de la memoria?**

Sí, exactamente. Esa es la idea, y es el tema que abordé en unos de los ensayos incluidos en *Después de la gran división*. Si bien se concebía como una ruptura, como algo radicalmente nuevo, el posmodernismo, en los 70 y los 80, ha ido siempre en busca de la tradición, en busca de "pasados utilizables". ↳

**—Ahora bien, ¿la tradición se busca o se construye?**
Las dos cosas. Se busca y, entonces, se construye. Pero hay que hacer una distinción entre la construcción de la tradición y la invención de la tradición. En otras palabras, la construcción de la tradición es históricamente más activa, más "auténtica". En cambio, la invención de la tradición es un modo de usar ciertos hechos del pasado para fines ideológicos. Cuando Milosevich habla de lo que pasó en Kosovo en el siglo XIV, esa invención de la tradición está orientada a un beneficio político. La invención se transforma en un mito. El límite entre construcción e invención es una zona gris de fluidez entre ambas.

**—¿Cuál es el rol de los artistas en esta construcción?**
Soy enemigo de juzgar a los artistas responsables de cualquier cosa. Si exigimos que los artistas asuman más responsabilidades, nos internamos en aguas turbias, en una situación muy enredada. Creo que no se pueden prescribir recetas acerca de una "correcta" representación, una representación "responsable" de, digamos, el terrorismo de Estado en Argentina o del Holocausto. Me parece que incurrimos en un error al hacer eso.

**—¿Pero existe un representación "correcta"?**
No. Hay representaciones mejores y peores; pero no hay una representación correcta. Yo soy bastante ecuménico. Pero hago distinciones. Podría decir, por poner un ejemplo muy sencillo, que "Shoa" de Lanzmann es un film mucho mejor, en cuanto film, que "La lista de Schindler" de Spielberg. Pero es difícil compararlas. Entonces, uno debe hacer juicios de calidad. Eso no quiere decir que uno acepte cualquier cosa. El año pasado la exposición en el Museo Judío de Nueva York, "Mirror and Evil", es otro caso: la representación artística de los temas vinculados al Holocausto era horrible. Alguien había expuesto también un campo de concentración fabricado con juguetes Lego. Auschwitz como un juguete de construcción para chicos. Lo absurdo era que en la misma caja aparecía un cartel donde se señalaba que la compañía Lego no tenía nada que ver con el proyecto. Aparecía nuevamente el control inmediato.

**—¿El tema de la representación es político, estético o ético?**
En la producción artística y en la lectura de las obras de arte hay, sin duda, una dimensión política, estética y ética. Sin embargo, en Estados Unidos estamos en un momento en que resulta importante enfatizar la dimensión estética de la producción artística. A través de los estudios culturales de cuño específicamente norteamericano, la dimensión estética fue dejada de lado. Creo que es necesario reformular las preguntas acerca de los aspectos estéticos. Cuestiones de forma, de complejidad narrativa en el caso de la literatura, antes que el supuesto contexto ético y político de la obra.

**—Usted establece una distinción entre *art of memory* y *memory art*. ¿Por dónde pasa ese matiz?**
En la antigua tradición de la retórica, el *art of memory* fue creado para conferirle al discurso oral algún tipo de estructura. El arte de la memoria, era una especie de fenómeno lingüístico y artístico, que podía derivar también en discursos políticos, producciones no artísticas, y otras manifestaciones. El *memory art*, en cambio, está hoy estrechamente ligado a la producción de obras de arte que se concentran en algún pasado.

**—¿Es posible representar el trauma?**
Es una buena pregunta. Me parece que la poesía de Paul Celan consigue algo parecido. No es una representación poética en el sentido realista, pero sí una articulación del trauma. En otro sentido, también los libros de Primo Levi y *Shoah*, de Claude Lanzmann, son una articulación del trauma. No me animaría a decir que no es posible. Pero tengo problemas con la gente que usa el discurso del trauma para insistir con lo sublime estético, lo "sublime de lo irrepresentable" de Lyotard.

**—¿Hay forma de escapar del Holocausto como paradigma?**
Es lo que intenté hacer en mi nuevo libro, *Presents Pasts*. Allí sostengo que no debemos concebir el Holocausto como un paradigma comparativo, histórico y empírico, porque no guarda relación alguna con la dictadura tal como se produjo en Argentina. Para escapar de esa presión —que está de todos modos, puesto que se trata del hecho paradigmático del siglo XX— mi propuesta sería hablar del Holocausto en cuanto *tropo*, como un tipo de *tropo* significativo que por su poder mismo sobre la imaginación puede aplicarse a distintas situaciones históricas. Sin embargo, no debe perderse de vista que se trata de un bagaje discursivo orientado a atraer la atención pública sobre ciertos acontecimientos. Una vez que esa atención pública ha sido atraída, lo importante es abordar y discutir los hechos históricos locales en sus propios términos.

**—Puede suponerse que esos tropos se inscriben en una cierta retórica del Holocausto.**
Y creo que se ha vuelto muy ritualista. Ése es el peligro. Hay que observar cuidadosamente qué tipo de obra, qué tipo de producción se realiza, o si se trata solamente de un mantra ritualista. Considero también que debemos ser conscientes del hecho de que el Holocausto puede convertirse en una ideología de Estado, como en Israel. Basta con ver lo que pasa hoy con la política de Sharon contra los palestinos. En este sentido, hay razones políticas para no usar el Holocausto como paradigma para todo tipo de crímenes masivos o genocidios.

**—¿El Holocausto fue usado como paradigma en Argentina?**
Me parece que sí. Está el documento de la CONADEP, *Nunca Más*. El título no es arbitrario. Fue elegido a propósito para estimular el debate público. Por supuesto, después vinieron los atentados a la Embajada de Israel y la AMIA. Pero creo que lo más importante fueron las manifestaciones de las Madres de Plaza de Mayo. Fue a través del caso argentino, a mediados de los noventa, que empecé a interesarme en el fenómeno de la memoria global del Holocausto, aunque tal vez sería mejor llamarla transnacional. En Argentina es más fuerte que, por ejemplo, en India o Paquistán. El tema de la memoria global del Holocausto se ha convertido en un fenómeno históricamente interesante, sobre todo desde los ochenta y noventa.

**—¿Cómo juzga las tentativas de empezar a proyectar un memorial por el atentado del 11 de septiembre?**
Es una locura. Es como tener listo un monumento para algo que va a ocurrir mañana. En el caso de Alemania, se construyeron monumentos cincuenta años después. Por eso me parecen muy interesantes los proyectos de educación de la Comisión por la Memoria. Adorno escribió a fines de los años cincuenta un importante ensayo, "La educación después de Auschwitz". En ese momento, todo el mundo hablaba de la educación de la juventud alemana acerca del Tercer Reich y más adelante, en los sesenta, sobre el Holocausto. Antes, en los cincuenta, cuando yo iba a la escuela, el Holocausto no figuraba en los libros de texto. Pero nadie habría construido un monumento en ese momento. Evidentemente, ahora tenemos la distancia temporal necesaria para abordar el trauma. En el caso del 11 de septiembre, hubo muchas víctimas, y las personas que perdieron a sus seres queridos en el derrumbe del World Trade Center ven el sitio mismo como un cementerio. No es monumento a la destrucción del edificio, es un monumento a las víctimas. Es legítimo, no digo que sea absurdo. Pero resulta perturbador que decidan hacer inmediatamente un monumento.

**—¿Cómo visualiza la posibilidad de un museo de arte y memoria en Argentina?**
Si no hay demasiada documentación sobre los campos de concentración, ni fotografías de la gente en el campo, se necesita entonces otro tipo de representaciones. Es algo a favor del museo de arte. Pero está también el peligro de que los artistas hagan sus obras para ser expuestas. Creo que Argentina necesita todavía un debate público sobre ese período, y sobre cómo la dictadura se relacionó con la ideología del mercado libre, el neoliberalismo, y cómo el colapso actual debe ser leído a la luz de ese período precedente. Las obras de arte pueden poner en cuestión esto y plantear nuevas preguntas, en lugar de centrarse solo en la tortura y el terrorismo de Estado.

**—¿Cómo se transmite la memoria de algo de lo cual no se tuvo experiencia?**
La memoria colectiva opera siempre en ese nivel. Las experiencias vividas, las vivencias, no son siempre registros confiables. Recuerdo los debates en Alemania, cuando la segunda generación interrogó y cuestionó a los padres por lo que había sucedido. Nuestros padres decían que no podíamos emitir juicios porque no teníamos la vivencia. Un argumento fuerte en contra de esto fue el hecho de que más documentación se hiciera pública. Para tener una comprensión histórica más amplia, es necesario este tipo de reconstrucciones. También los testimonios, las voces de los testigos. Recién después de los hechos es posible llegar a una comprensión cabal de lo que realmente ocurrió. Y esa comprensión puede estar teñida por las experiencias del presente. Es justamente lo que decía de la relación entre la memoria del terrorismo de Estado y el neoliberalismo. No creo que este debate existiera hace cinco años. La mayor parte de la memoria colectiva sucede, y está bien que así sea, a través de las memorias personales. ¿Cómo se transmite? Hay que enseñarla, encontrar un equilibrio. Ustedes pueden evitar esto si no se concentran meramente en el período 1976-1983, ensanchan el horizonte hasta los 60 —para mí los 60 fueron la primera tentativa de globalización— y la extienden también hacia el período posterior.

**—¿Cuál es la misión del arte en la transmisión?**
No estoy de acuerdo con que el arte esté limitado por una misión ideológica. El artista debe elegir el tema y cómo tratarlo, estética y políticamente. No veo por qué el arte y la educación tendrían que ir por caminos separados. Cuando era adolescente leía el "Diario", de Ana Frank. Después en los 60, "La Indagación", de Peter Weiss, la obra sobre los juicios de Auschwitz. Así concibo el arte y la literatura. La esfera del arte juega un papel importante en la emergencia de un más amplio discurso de la memoria colectiva. Cuando yo iba a la escuela, la historia se detenía siempre en un determinado punto: no se hablaba de la República de Weimar, ni del nazismo. Me acuerdo de que en el último año de la escuela secundaria teníamos historia contemporánea, y en el libro había un pequeño párrafo de cinco líneas sobre el Holocausto. El Holocausto figuraba, sí, pero en letra chica. Se les decía a los chicos que no era importante que leyeran esa parte. ■

## Pintar las heridas

En el taller de Diana Dowek, en pleno barrio porteño de Congreso, diversas heridas muestran su contenido. Desde una sucesión de telas, los alambrados destejidos, las costuras sobre el lienzo, los labios unidos de un tajo, señalan el espacio de la grieta. Y también más allá, en un lugar de intimidad sobre una mesa de trabajo, donde el rostro de la pintora mexicana Frida Kalho parece indicarle a Dowek un camino de indagación sobre el dolor. Precisamente, "Las heridas del proceso", es el título que lleva una de sus obras, pintada en 1983, en la que el cuerpo desnudo de una mujer, con el rostro envuelto por un lienzo, sugiere un sufrimiento que va más allá del dolor físico.

"No es el arte que denuncia, sino el arte que interpreta; no es el arte que declama, sino el que testimonia. Eso es lo que define la postura estética de Diana Dowek", señaló alguien desde un catálogo. Y ese arte que testimonia es el que efectivamente transcurre en toda su obra. El cuadro que ilustra la tapa de este número de *Puentes*, por ejemplo, se titula "Lo que vendrá" y fue pintado en 1972. Dowek nació en Buenos Aires, en 1942. Hasta la fecha ha realizado infinidad de muestras, cosechando premios de diverso origen. En la exposición *Arte y política en los 60*, recientemente expuesta en el Palais de Glace, el público volvió a encontrarse con su obra.

Allí también estaban los cuadros de Carlos Gorriarena y Antonio Seguí que ilustran este número de *Puentes*.

Primer Festival de Teatro y Memoria

# Escenas del pasado presente

**Durante nueve días, más de 6000 espectadores pasaron por el festival organizado por la Comisión por la Memoria, que reunió 28 espectáculos de diversas vertientes, talleres, entrevistas abiertas y charlas.**

fotos Alejo Graganta Bermúdez

**La Plata fue una fiesta.** Durante nueve días, la afluencia contínua de público fue la constante del Primer Festival de Teatro y Memoria, así como la entusiasta participación de la gente de teatro y los estudiantes en los talleres dictados por reconocidas figuras. Cerca de 6.000 espectadores se dieron cita a lo largo de las jornadas que combinó dos aspectos esenciales para que el ansiado cartel "localidades agotadas" fuera moneda corriente: entradas a precios accesibles y una oferta artística de elevada calidad.
En el encuentro, organizado por la Comisión por la Memoria, subieron a escena 25 obras, al tiempo que se desarrollaron entrevistas públicas, talleres, homenajes y retrospectivas. La calidad de los invitados, sin dudas es la principal clave para comprender el fenómeno. Para citar sólo algunos nombres, pasaron durante esta semana por el festival Roberto Tito Cossa, Carlos Pais, Laura Yusem, Adhemar Bianchi, Alejandro Tantanian, Alejandra Boero, Carlos Belloso, Paco Giménez, Pompeyo Audivert,
Daniel Veronese y Eduardo Pavlovsky. También Los Macocos, Teatro x la Identidad y las murgas "Tocando Fondo" y "Los descontrolados de Barracas".
Estuvieron presentes además, Roxana Grinstein con su espectáculo de danza "El escote", el Taller de Teatro de la Universidad de La Plata, el grupo "Las crines del chancho" con "Alfredito" y Vicente Zito Lema y Ricardo Gil Soria con "Gurka". Del exterior participaron el Gran Circo Teatro de Chile con la obra "La Huida" y de Uruguay, Mariana Percovich y elenco con "Extraviada".

Los escenarios en los que se presentaron los espectáculos fueron el Galpón de la Comedia, la Sala Discépolo, el Pasaje Dardo Rocha, el Coliseo Podestá, el Taller de la Universidad de La Plata, Sala La Fabriquera y la Plaza Islas Malvinas, además del Teatro Argentino.

**El cierre.** "La muerte de Marguerite Duras", interpretada por Eduardo "Tato" Pavlovsky -también autor de la obra-, fue la puesta que cerró el festival en la sala Astor Piazzolla, del Teatro Argentino. El monólogo del actor se mueve en la ambigüedad entre las anécdotas de ficción y la vida real. Este hilo delgado todo el tiempo le impide al espectador instalarse en la tranquilidad de la ficción o la realidad referencial. Con esta obra, la primera edición del Festival llegó a su fin. ■

# Lo que el teatro no pone en escena

**En la actualidad, el teatro tiene la posibilidad de tejer una íntima trama entre la representación del pasado, la memoria y las formas en que esta memoria se manifiesta en el espectador.**

por Ana Durán

Para responder a la pregunta sobre cuáles son los vínculos entre memoria y teatro en las nuevas generaciones de artistas argentinos, es necesario establecer algunas premisas. En este sentido, el teatro no es el texto, ni la historia que se cuenta, ni las ideas. Es acción, presencia, instante. Es la puesta en marcha de una multiplicidad de procedimientos en conflicto: los vínculos texto-puesta, autor-director, puesta-espectador, puesta-actores, director-actores y así hasta agotar las múltiples variables, si es que decidimos dejar afuera las cuestiones de inserción del teatro en tanto espectáculo en el marco de la industria cultural. En este sentido, el teatro (de arte) no puede no ser "uno" con la memoria porque no puede dejar de ser el producto de su tiempo. Y en primer lugar, el teatro no es el texto porque el texto forma parte de la literatura y las marcas de dirección aseguran, por sujeción o desobediencia, la libertad del director y su "lectura" personal. Además, en el teatro, a diferencia de la literatura, no es posible encontrar la mínima unidad que se constituye como signo.

Anne Ubersfeld[1] habla de "espesura del signo"[2] tratando de definir algo que se le escapa de las manos. Años después, decide girar desde la semiótica a los cuestionamientos acerca del teatro desde la recepción. Dice: "La imagen en el teatro es una construcción. Y el trabajo sobre la imagen es un trabajo sobre la interpretación, o más exactamente sobre la recepción de la representación. (...) Todo en el teatro está hecho para la mirada del espectador; si el director y el comediante construyen un espectáculo, no es según su óptica, sino para la del espectador; contrariamente al pintor que ve lo que hace en el mismo sentido en el cual todo el mundo lo verá."

De esta manera, por un lado Ubersfeld asegura que no existe la posibilidad de que dos espectadores "vean" lo mismo, y por otro lado, deja abierta la posibilidad de la existencia de un "espectador modelo", hermano intelectual del "lector in fabula" de Umberto Eco. Y tal como Eco, hablará de los "espacios en blanco" que el lector/ espectador debe completar en su trabajo activo de recepción. Así, el teatro lleva implícito el mecanismo de evocación de la memoria histórica o social del espectador en la estructura misma de cada obra.

Fue precisamente la recepción, y no otra cosa, la que permitió que los programadores de los festivales internacionales europeos eligieran a "Mil quinientos metros sobre el nivel de Jack", obra del argentino Federico León, como una metáfora de la realidad nacional por entender que se trataba de una saga sobre familiares de desaparecidos durante la última dictadura militar, muy a pesar de su autor y director.[3]

El teatro tampoco es la historia que se cuenta en el nivel narratológico porque contar historias dejó de ser su función, sino que constituye sólo una de las capas del signo espeso que es la puesta en escena. Desde los 80 en adelante, el teatro de la imagen y la danza teatro en Argentina (en este sentido, Tadeusz Kantor[4] y Pina Bausch[5] son dos de los padres reconocidos de los teatristas porteños) vinieron a cuestionar y a echar por tierra las tradicionales formas de producción de los espectáculos. Estas consistían en la existencia de un texto previo y un director que convocaba a los actores para hacer una lectura tridimensional de esa obra literaria. Pero, ¿cuál es el texto previo de La clase muerta, de Kantor o de "Café Müller", de Pina Bausch? Y una pregunta anterior, ¿de qué se tratan "La clase muerta"? ¿Qué ocurre exactamente en La consagración de la primavera o en "Café Müller"? ¿Estas preguntas nos llevarían ↳

> "Lo que sí puede el teatro, es ser el disparador de una emoción que conduzca a una inquietud intelectual. A eso apostaba Brecht con su técnica del distanciamiento que tenía por objeto hacer que el espectador no se perdiera en los intersticios de la sensiblería."

a decir que los espectáculos mencionados no convocan la "memoria" del espectador?

En el primero de los casos, un grupo de ancianos patéticos se sientan en los pupitres de un aula al son de una marcha militar entre estruendos de bombas, arrastrando muñecos antropomórficos. Imagen poderosa de los despojos de la guerra. En "La clase muerta", Kantor no cuenta la guerra, no la representa: la presenta.

Lo que sí puede el teatro, es ser el disparador de una emoción que conduzca a una inquietud intelectual. A eso apostaba Brecht con su técnica del distanciamiento que tenía por objeto hacer que el espectador no se perdiera en los intersticios de la sensiblería.

El teatro no son las ideas, aunque sí puede pensar. "¿Qué piensa el teatro?", se preguntaba Alain Badiou en un coloquio organizado en 1994 por el Festival de Avignon[6]. Para el filósofo, el teatro es la "disposición de componentes materiales y de ideas extremadamente disímiles, cuya única existencia es la representación. Estos componentes (un texto, un lugar, cuerpos, voces, vestuario, luces, un público...) se encuentran reunidos en un acontecimiento: la representación, cuya repetición noche tras noche no impide que cada vez se trate de un acontecimiento, es decir, de algo particular.

Se plantea, por lo tanto, que este acontecimiento es un 'acontecimiento del pensamiento'. Esto quiere decir que la disposición de los componentes produce ideas. Estas ideas —y éste es el punto capital— son ideas-teatro. Por lo tanto, no pueden ser producidas en ningún otro lugar, ni de ningún otro modo. Tampoco, ninguno de estos componentes tomado en forma aislada es apto para producir ideas-teatro, ni siquiera el texto. La idea adviene en y por la representación. Es irreductiblemente teatro y no preexiste a su llegada en escena."

A esto podrían agregarse dos conceptos interesantes: la idea-teatro está incompleta y encuentra su completud en la recepción (lo que nos lleva otra vez a Ubersfeld) y, además, la idea-teatro vive sólo durante el momento de la representación.

"Mein Kampf" (farsa) representada durante el 2000 en el Teatro San Martín, con dirección de Jorge Lavelli, por ejemplo, no cuenta la historia de Adolf Hitler. Ese no es el objetivo de su autor, George Tabori. Este "Hitler" de Tabori puede ser un sinnúmero de oscuros personajes de la actualidad. Todos los personajes resuenan en el público, inclusive luego de terminada la función. Así sucede con la memoria en el teatro de arte: es convocada y evocada siempre.

Es decir, que a medida que el teatro se aleja del naturalismo[7], sus códigos dejan de ser decodificables sencillamente tanto en el nivel de la puesta como en el nivel de la narración, y sus signos adquieren una condición polisémica (poética) que compromete al espectador a la tarea activa de procesar sensitiva, intelectual y emotivamente esos signos.

Visto desde el lugar del creador, en las últimas décadas se habla no ya de la "representación" sino de la "presentación", en el sentido de que no se recrea el mundo en el escenario, sino que se crea un nuevo mundo con reglas propias.

Es el teatro que crea su propio cosmos aquel que más necesita de la reconstrucción que opera en la memoria del espectador, en sus propias percepciones sobre el pasado, tanto histórico como individual, donde una guerra es todas las guerras, un abandono es todos los abandonos, una víctima es todas las víctimas.

A esa memoria es interpela el teatro de arte de hoy en la Argentina. Una memoria creativa, que busque completar aquello que la escena sólo se propone delinear. ■

1. Investigadora francesa. Autora Semiótica teatral, Anne Ubersfeld, Cátedra, 1993.

2. "La noción de signo pierde su precisión y no se puede destacar un signo mínimo; no es posible, como lo pretende Kowzan, establecer una unidad mínima de la representación, que sea como un corte en el tiempo, escalonando verticalmente todos los códigos; hay signos puntuales, efímeros (un gesto, una mirada, una palabra), hay otros que pueden prolongarse a lo largo de la representación (un elemento del decorado, un vestido)." Semiótica teatral, Anne Ubersfeld, Cátedra, 1993.

3. "Mil quinientos metros sobre el nivel de Jack", con texto y dirección de Federico León fue estrenado en el Teatro del Pueblo durante el año 2000. A nivel narratológico, cuenta la historia de una mujer mayor que se sumerge en una bañera con la expectativa de aprender a nadar durante horas aguantando la respiración. Su objetivo es volverse a reunir con su marido que, según supone, está en algún lado en esas aguas profundas. Su hijo, mientras tanto, intenta seguir construyendo su vida y para eso acerca a una joven mujer sola con su hijito de tal manera de volver a completar una familia.

4. Artista plástico y director de teatro polaco. Sus espectáculos cuestionaron espacio escénico, la presencia del actor, la anécdota y la noción de tiempo. Algunos son Wielepole Wielepole, Que se mueran los artistas y "La clase muerta".

5. Coreógrafa alemana que reformuló la danza-teatro. Algunos de sus espectáculos fueron "Café Müller", "Bandoneón", "La consagración de la primavera" y "Claveles".

6. AA.VV. *Revista Acontecimiento*, Nº 13, Buenos Aires, 1997.

7. "La representación naturalista se ofrece al espectador como la realidad misma, y no como una transposición artística en el escenario. Bernard Dort la devine como el 'intento de convertir el escenario en un medio coherente y concreto que, en su materialidad y cerrada sobre sí misma, integra al actor (actor-instrumento o actor-creador) y se presenta al espectador como si fuera la realidad misma". Patrice Pavis, *Diccionario de teatro*. Nueva edición ampliada. Paidós, 1998.

El Encuentro del que participaron especialistas latinoamericanos

# Los archivos de la represión

fotos Ana D´Angelo

Organizado por la Comisión por la Memoria y la Asociación de Investigación y Estudios sobre los Archivos de América Latina –presidida por Alain Touraine–, el 23 y 24 de octubre pasado se realizó el Primer Encuentro Latinoamericano sobre Archivos de la Represión y de la búsqueda de la Verdad y la Justicia. En el documento final, con las conclusiones, se propusieron líneas comunes de trabajo hacia el futuro (ver pág. 43).

Posteriormente, se realizó una Conferencia en el Teatro Nacional Cervantes, bajo el título "Las democracias latinoamericanas, los Derechos Humanos y el futuro", en la que participaron el sociólogo francés Alain Touraine y el argentino José Nun, reproducidas en las siguientes páginas.

El futuro de los Derechos Humanos

# A las puertas de una nueva democracia

por **Alain Touraine**

fotos **María Eugenia Solís**

Alain Touraine

**En su paso por Buenos Aires, el sociólogo francés dio una Conferencia en el Teatro Nacional Cervantes en la que señaló que, en estos momentos, las democracias latinoamericanas están gestando nuevos actores sociales basados en una visión diferente de la propia identidad. Este cambio, tanto como el respeto a la individualidad y a los Derechos Humanos serán, según Touraine, las bases fundantes de un nuevo modelo democrático.**

Desde el primer momento, he pensado que el trabajo de defensa de la memoria tenía mucho que ver con una función social menos visible, con un tipo de sueño, con un tipo de invención del futuro. En un mundo en el cual tan poca gente habla, tan poca gente toma la palabra, tal vez la voz de los desaparecidos indica claramente los caminos de un presente y un porvenir más democráticos. Hablando en términos históricos, concretos, quisiera interrogar a esta memoria protegida o descubierta para ver si en este momento en el cual no sabemos muy bien por dónde va la democracia o a qué nivel de la experiencia colectiva y personal se encuentra, se puede extraer algún elemento para intentar construir la transformación.

Yo sé que estamos saliendo de un cierto modelo, el modelo al cual se refería José Nun citando a Marshall, un teórico de lo que los ingleses llamaban -en su época- "la democracia industrial" y otros "social-democracia", un modelo de democracia basado en tres ideas básicas. La primera, la idea de que el actor central es de una categoría, de una clase social. La segunda, que el lugar principal de los conflictos es la vida económica: las condiciones de trabajo, las relaciones del trabajo, etc. Y el tercer elemento, tal vez el más importante de todos, es que un movimiento democrático social está basado en un concepto filosófico moral: el tema de la justicia social.

Clase obrera, conflictos económicos, justicia social, tal es la definición de la democracia que hemos conocido, que hemos construido a partir de los últimos años del siglo XIX. Y todos sabemos que, en una parte u otra del mundo, esta democracia social está, desde hace muchos años, en decadencia. Se habla poco de los problemas del trabajo, esto es ya característico. En muchos países, alguna gente dice que ya no hay más obreros o que los problemas del trabajo se terminaron, lo que es esencialmente ridículo. Pero, a nivel más concreto, es cierto que muchas leyes sociales han sido abandonadas. Se dice que los instrumentos de defensa de los derechos de los trabajadores, sindicatos u otros, están en decadencia, han desaparecido o han perdido su fuerza, y hay dudas sobre la eficiencia de esas medidas que son costosas y que tal vez no han creado igualdad como se esperaba. Me refiero aquí especialmente al terrible problema de la educación, porque nosotros los sociólogos pensamos que en la mayor parte de los casos la escuela pública, no sólo no crea más igualdad, sino que es un factor de una creciente desigualdad.

Entonces, hay un tipo de duda profunda sobre este modelo de la democracia social y en todas partes del mundo estamos defendiendo lo que se puede defender. No estoy de acuerdo con esa idea de que hay que eliminar todo: hablemos seriamente. Lo que sí sucede es que ya no tenemos fe en este tipo de democracia y eso es producto de que los problemas más dramáticos del siglo XX han sido

**"Durante los últimos 20 años, hemos observado un tipo de eliminación de este modelo de democracia social y hemos vivido lo que podríamos llamar una 'ilusión liberal' donde lo importante era que cayeran las barreras y que se estableciera un mundo global, más racional de lo que pudiera ser cualquier tipo de intervención a nivel local, nacional o profesional."**

problemas vinculados con regímenes totalitarios y esta democracia social no siempre supo oponerse a regímenes totalitarios, porque le faltó un principio movilizador capaz de oponerse a un poder injusto.

Durante los últimos 20 años, hemos observado un tipo de eliminación de este modelo de democracia social y hemos vivido lo que podríamos llamar una "ilusión liberal", donde lo importante era que cayeran las barreras y que se estableciera un mundo global, más racional de lo que pudiera ser cualquier tipo de intervención a nivel local, nacional o profesional.

Entonces, el problema que me preocupa es éste: veinte o treinta años después del final del período de oro de la democracia social, quince o veinte años después de un triunfo casi completo de esta visión liberal basada en la idea que de, cuanto menos intervención y regulación social hay, mejor es, nos encontramos realmente en un tipo de vacío intelectual y político que todos tratamos de redefinir. Y lo que sentimos necesidad de redefinir son las motivaciones, la base de los procesos, de una manera diferente y original, pensando en una democracia que corresponda mejor a la experiencia real que cada uno de nosotros -a través de los continentes- ha vivido hasta el momento. Y quisiera destacar el hecho de que estamos en uno de los continentes donde existen elementos de análisis que probablemente constituirán este nuevo modelo de democracia y que es un continente donde se oyen más que en otros, como en Europa, que por el momento es un continente silencioso en términos de producción de ideas.

Y el primer elemento corresponde a lo que era la clase obrera, es decir, el actor social. Hay un consenso bastante claro de que ahora queremos defender los derechos humanos o a un ser humano con derechos cívicos, sociales y culturales, de tal manera que este actor sea un actor definido de manera global. No me gusta demasiado la palabra identidad porque la veo bastante ambigua. Diría que se trata de un actor definido por su propia conciencia de sí mismo, su propio interés para definirse de manera creativa. Y eso supone, a la vez, una capacidad de reconocer al otro y de manejar aseveraciones entre actores, ↳

**Participantes.** Eduardo Sigal, Laura Conte, Adolfo Pérez Esquivel y Estela Carlotto con Sophie Thonon y Alain Touraine.

entre elementos diferentes dentro de un mundo de igualdad. En este punto vamos a encontrar una creación sociocultural del mundo latinoamericano, que suele olvidarse porque está en la sombra de la historia; pero que para mí tiene una enorme importancia: el Movimiento Zapatista. Este movimiento dijo por primera vez que los miembros de una comunidad tenían el derecho de defender su propia visión de sí mismos a través de un proceso de ampliación de la democracia en México. En lugar de una visión revolucionaria y de movilización indirecta, se crea así un movimiento de movilización directa vinculado a la defensa de un proceso de democratización. Es decir, un proceso a través del cual los demás mexicanos estaban llamados a reconocer la especificidad de costumbres, de elementos de cultura, de tal o cual población indígena o de los indios en general; y, aunque esta población sea muy reducida (los cuatro grupos étnicos de la selva la Candona no alcanzan a muchos miles de personas), es algo tan novedoso porque se trata de una autodefinición por un movimiento de apoyo de un actor, que no es un actor social sino que está definido por su voluntad de ser un actor social, lo que no es lo mismo.

Entonces éste es el primer aspecto: los actores de la democracia de hoy y de mañana serán de ese tipo. No puedo aquí —por cuestiones de tiempo- desarrollar el tema más importante de todos: el actor fundamental de nuestro mundo, de nuestra democracia es y serán las mujeres, porque ya se han inventado y se siguen inventando como actores y no solamente como categoría.

El segundo punto es muy visible, por ejemplo, en este país. En la democracia social, el movimiento obrero enfrentó de manera muy clara a la gente "de arriba" y la gente "de abajo" y definió el conflicto como un conflicto interno de la sociedad. Pero hoy no es así, porque los grandes conflictos -o las grandes rupturas- no son entre gente de arriba y abajo, sino entre gente de adentro y de afuera. Porque hoy el tema de la exclusión no es un tema moral: es la descripción más adecuada del funcionamiento de nuestra sociedad. Nuestras sociedades se construyen -mucho más que las sociedades anteriores- por su capacidad de excluir, de des-socializar a una parte notable de la población. Hoy no se conocen, prácticamente, países donde la proporción de los excluidos sea inferior al 12 ó 15 por ciento y en los grandes países latinoamericanos, como Brasil o México, los sociólogos dicen que es alrededor del 50 por ciento. En Argentina, que era un país donde muy probablemente este porcentaje era de tipo europeo -entre 10 ó 15 por ciento- hoy está probablemente en el 40 por ciento. Esto me parece importante porque en la actualidad hay un proceso de des-socialización, de ex

-socialización mucho más profundo.
Finalmente, quiero tratar de descubrir lo que puede tener un papel central y es el concepto o la meta que la justicia social tuvo -durante un siglo o siglo y medio- en muchas partes del mundo. Y ahí, yo creo que no es en México, sino en Brasil donde sucede por primera vez que dentro de un cuadro democrático, dentro de un sistema institucional, se intenta atacar esta dualización que hace que la mitad de la población del país, y del continente, esté en la sombra.
El tercer punto es de índole más filosófica y se trata del reconocimiento del individuo, del reconocimiento de lo individual como base de la democracia. La democracia no existe en el mundo actual si no tiene un respeto fundamental por el individuo como individuo. En este sentido, las investigaciones sobre la memoria llegan siempre a una historia de vida que también es una historia de muerte. Es decir, la vida o la muerte de tal o cual individuo. Y es este derecho a ser un individuo lo que deriva en las medidas colectivas, en las medidas institucionales, porque obviamente no se trata de una cuestión romántica o literaria.
En Argentina, escuchando y mirando a la gente -a los miembros de esta Comisión, por ejemplo, o de otras organizaciones con las que me encontré-, veo una imagen muy conmovedora —pero básicamente muy aguda—, de lo que significan los derechos humanos (derecho de ser humano, derecho de cualquier individuo de ser tratado como ser humano). Porque en esta nueva búsqueda por redefinir la democracia, existe un aspecto de totalidad en la definición de los derechos y totalidad no de un grupo humano abstracto, sino de cada individuo.
Quisiera mencionar, por último, lo que en mi opinión continúa en la agenda del pensamiento social después de este tipo de análisis brutal, elemental, que acabo hacer, y es la forma en que estos actores pueden transformar una realidad política e histórica. Se trata de algo mucho más complejo que los problemas que acabo de mencionar, porque resulta muy difícil entender a través de qué mecanismos se forman los actores de la democracia, cómo se realiza el proceso democrático, cómo toman vida concreta estos principios generales que acabo de mencionar.
Y, en este sentido, les pido que la atención de todos se concentre en el período actual o en el período de los años próximos con relación a estos problemas, porque esto es lo único que quisiera decirles. Estamos saliendo de este período un poco loco que nos dejó la ilusión liberal y estamos atravesando la idea de que ya no hay política. Ésta es una idea que me resulta increíble porque la definición y la construcción de una nueva generación de democracia es la tarea de hoy y mañana, no del tercer milenio. Y si tomamos a América Latina, es en Argentina, en Brasil, en México -podría tomar otros ejemplos pero son estos los tres principales- donde me da la impresión que este proceso ya está en marcha.

**"En Argentina, escuchando y mirando a la gente, a las organizaciones con las que me encontré, veo una imagen muy conmovedora y aguda, de lo que significan los derechos humanos (derecho de ser humano, derecho de cualquier individuo de ser tratado como ser humano). Porque en esta nueva búsqueda por redefinir la democracia, existe un aspecto de totalidad en la definición de los derechos y totalidad no de un grupo humano abstracto, sino de cada individuo."**

Por supuesto que no se trata de un proceso dominante y, obviamente, hay procesos negativos que pueden ser mucho más importantes —y en Argentina procesos negativos hay, no hace falta que yo se los diga-; pero el hecho de que existan no impide que ya tengamos la posibilidad de tocar con el dedo, de ver con nuestros propios ojos la formación de un movimiento de actores democráticos.
Esto me parece suficiente para valorar la importancia intelectual y moral del trabajo que se realiza en Argentina, incluso más que en otros países, donde puedo ver una ejemplaridad que va más allá del trabajo concreto y de las fronteras de un país concreto. Por eso tengo un profundo reconocimiento al movimiento de defensa de los Derechos Humanos y de defensa de la memoria y lucha contra la impunidad.
Todo esto va de la mano porque este trabajo, según mi manera de ver, es uno de los elementos más claros que nos permiten empezar a construir lo puede ser, lo que debe ser, lo que será sin dudas la democracia de mañana. Y la democracia de mañana no existiría si ya no fuese presente. ■

**Alain Touraine** es sociólogo y politólogo francés. Director de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. La síntesis de su estudio sobre América Latina se publicó en 1988 bajo el título de La palabra y la sangre. Durante los años noventa ha contribuido al debate sobre la modernidad y la crítica del neoliberalismo. Uno de sus últimos libros (En búsqueda de sí mismo. Diálogo sobre el sujeto) recoge sus conversaciones con el sociólogo iraní Farhad Khosrokhavar, con el que pasa revista a las etapas de su autobiografía y a los temas principales de su abundante producción sociológica. Su libro más reciente es ¿Cómo salir del liberalismo?, editado por Paidós en 1999.

# "No hay derechos separables de su ejercicio"

por José Nun

**Los diversos ámbitos de la memoria, los Derechos Humanos en el presente y la imposibilidad que plantea la sociedad actual para que esos derechos sean ejercidos por los ciudadanos, son algunos de los temas que escogió José Nun para pensar el futuro de la democracia en la Argentina.**

Primero, una banalidad: un archivo no es la memoria. De la misma manera que por un deslizamiento del lenguaje, hablamos de "la memoria de las computadoras" -las computadoras no tienen memoria-, los archivos no son la memoria. Así como la computadora tiene capacidad de almacenamiento de datos, un archivo también. Para convertirse en memoria, para convertirse en recuerdo, necesita un agente, necesita un medio que organice y seleccione esos datos. Y esto me parece importante subrayarlo pese a su banalidad, porque hay muchos usos de la memoria, hay muchas formas de aproximarse a los datos. Por ejemplo, estos datos pueden usarse de modo estrictamente histórico. Hay un tipo de recuerdo que es el recuerdo literal, en el cual el hecho pasado resulta insuperable, se sacraliza ese pasado y de esta manera el pasado pasa a dominar el presente.

Nos convoca, sin embargo, otra forma de memoria, lo que Todorov ha llamado correctamente el "recuerdo ejemplar", es decir, el uso de la memoria como principio de acción sobre el presente. Ahora, ¿de qué manera se puede actuar sobre el presente a partir de la memoria?

La primera es la memoria como constitutiva de la identidad. Y en este sentido, voy a mencionar una ley aprobada por el Senado francés en el año 2000. Esta ley tiene un solo artículo y dice: "Francia reconoce públicamente el genocidio armenio de 1915". Fíjense ustedes, un genocidio que no ocurrió en territorio francés. Francia lo reconoce y en los fundamentos de esta ley hay un párrafo que dice: "Nuestro país y las democracias tienen un deber imperioso de memoria. Esta memoria no debe limitarse a la historia de cada nación, debe extenderse a la historia de la humanidad drásticamente afectada en el curso de este siglo por varios genocidios". Fíjense ustedes, se habla del deber de la memoria, de una pedagogía de la memoria a cargo del legislador y de una memoria de hechos que trascienden el espacio nacional.

Desde luego, hay muchos franceses de origen armenio para los cuales una ley como ésta es tan necesaria como para el resto; pero en el caso de ellos en términos de reconstitución de una identidad.

Otro uso de la memoria que me parece fundamental es el hecho de que, mediante la memoria, podemos restablecer el derecho de las víctimas. Este es un punto que me interesaría desarrollar brevemente; pero no porque lo considere menos importante. Al contrario, es un punto de una enorme significación. Todo crimen, ya lo decía Hegel, es la negación de uno o más derechos de la víctima: mientras ese crimen quede impune, se confirma que la víctima no tenía esos derechos, que quien se los arrebató tenía razón, que la víctima no disponía de ellos. Por tanto, Hegel definía al castigo como "la negación de esa negación". La única manera de restablecer el derecho de la víctima es negar la negación de la que ese derecho ha sido objeto. Pero esta negación, agregaría, tiene que ser una negación activa y no pasiva. Una negación pasiva de una cosa que está en movimiento sería el reposo. La negación activa sería un movimiento contrario, un movimiento en otra dirección.

Por lo tanto, la negación de la negación en Argentina es ciertamente insuficiente, macabra, por las leyes de Obediencia Debida, de Punto Final y por el Indulto. No basta con ese reconocimiento; es una negación pasiva y es imprescindible restituir los derechos de las víctimas. Tanto más, cuando muchas de estas víctimas -y ésta es la labor meritoria de Abuelas de Plaza de Mayo- están todavía vivas y deben ser localizadas.

Otro uso de la memoria como el principio de acción sobre el presente es prevenir su repetición. A mí me molestaba –confieso- cuando en el colegio me enseñaban la frase de Santollana: "Todo aquel que no recuerda el pasado está condenado a repetirlo". Me parecía de un mecanicismo absurdo. En cambio, encontré en *Prisioneros sin nombre*, el libro de Jacobo Timmerman, una frase que me parece de una actualidad tremenda, particularmente para la Argentina. Dice ahí Timmerman: "Está suficientemente probado que lo que ocurre una vez puede volver a pasar". Creo que la memoria, el uso activo de la memoria, debe prevenirnos de acontecimientos que están en el horizonte dramático de nuestra democracia tan gangrenada.

Al introducir la palabra "democracia" estoy empezando ya a conectar, como pedía el título de esta conferencia, el tema de la memoria con el futuro de la democracia. La conexión viene por los lados que mencioné recién; pero viene sobre todo por el modo de aproximarse a la memoria, que es definitorio de la forma de acercarnos a nuestros semejantes.

Cabe señalar que el tema de los derechos humanos es un tema muy reciente, es un tema del último cuarto de siglo y hay buenas razones de por qué ha sido así. Creo, y aquí tal vez entre en diálogo con Touraine, que hay que reabrir un debate sobre el humanismo y que es muy importante hacerlo hoy en día y sobre todo en América Latina. Paso a explicarlo muy brevemente.

En la declaración francesa de 1789 sobre los derechos del hombre y del ciudadano -en realidad primó el énfasis sobre los "derechos del ciudadano", el tema de la inclusión política, y no sobre los derechos del hombre-, una de las fuerzas que se opuso a privilegiar los "derechos del hombre" -lo que hoy llamamos derechos humanos- fue la Iglesia. Y lo hizo por razones que son argumentativamente entendibles desde el punto de vista de la Iglesia: privilegiar los derechos humanos es privilegiar la libertad, cuando la doctrina religiosa privilegia la verdad. Una verdad moral obligatoria.

Tanto es así que la apertura hacia el tema de los derechos humanos en la Iglesia católica recién va a ocurrir con el Concilio Vaticano II; es decir, en 1965, cuando se reconoce por primera vez la libertad religiosa como un derecho humano.

La importancia que esto tiene, por lo menos la que yo le quiero dar acá, es que en esta perspectiva la relación con la memoria y con el semejante están basadas en el amor al prójimo; pero el amor al prójimo es, en realidad, amor a Dios: en el prójimo veo una criatura hecha a semejanza de Dios. Siendo esto así, lo característico que se desprende del amor al prójimo es la caridad. Esto, según las épocas, ha tenido un inconveniente importante, que es lo que ha criticado el Humanismo: si el amor al prójimo es amor a Dios, y hay un solo Dios verdadero y una sola iglesia verdadera, este amor al prójimo representa un universalismo imperfecto. Le preguntaron una vez a un rabino cómo era posible que el judaísmo considerara a las cigüeñas aves impuras, cuando en realidad las cigüeñas cuidaban mucho a sus crías, y el rabino contestó: "Lo que pasa es que cuidan solamente a los suyos".

En el siglo XVIII, la prédica humanista frente a estas posiciones tomó dos caminos -y lo señalo no por razones académicas, sino porque quiero desembocar en una consideración sobre las democracias latinoamericanas actuales por este camino un poco complicado-. El Humanismo consideró -y considera- a todo hombre como su semejante, no porque sea criatura de Dios, sino simplemente por el hecho de ser un hombre o una mujer, de ser una persona. Y tomó dos vertientes fundamentales. Una primera forma de entender este acercamiento, este sentimiento por el semejante, es la que plantea Rousseau en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad*: "Me preocupo por el otro porque el otro sufre, y este sufrimiento es un sufrimiento visible y yo debo tratar de aliviarlo". Es decir, me preocupo por el otro por razones de compasión. Esta es la virtud que defiende como universal Rousseau, y como él no creía que el hombre fuera capaz de comportamientos desinteresados, encuentra aquí una solución: el altruismo fundado en dos actitudes egoístas. La primera, el miedo a que ese sufrimiento me ocurra a mí (yo puedo ser un objeto potencial de sufrimiento); y la segunda, el placer, por más reprimido que esté, de que no sea yo quien esté sufriendo. Por eso, la compasión transforma poco al sujeto y no tiene ↳

la trascendencia moral que va a tener la segunda actitud a la que me voy a referir.

Es verdad, por compasión se puede aliviar el dolor ajeno; pero por compasión, como dice el doctor francés, también se puede limitar uno a sufrir en la distancia. Suelo contarles a mis alumnos que, en Harvard, en las Escuelas de Derecho, se usa el estudio por casos y, generalmente, la primera materia les plantea un caso: el caso de un señor que está caminando por un parque y escucha un llanto. Marcha en dirección a ese llanto y ve que hay un chico que se está ahogando en el medio de un lago. El señor se sienta en un banco, saca un cigarrillo, lo enciende, fuma y ve cómo el chico se termina de ahogar. La pregunta que le hacen los profesores a los alumnos, horrorizados ante esta historia, es si este señor es punible y todos contestan que sí. Entonces los profesores les aclaran que no, que hay una diferencia entre el derecho y la ética: en EEUU no es punible lo que ha hecho este señor. En Argentina es punible, pero es tan escasa la multa que es casi como la entrada a un teatro para ver en vivo lo que está ocurriendo.

Este señor podría sentir compasión, podría lamentar lo que le estaba pasando a este chico. Entonces, les propongo a mis alumnos el siguiente ejercicio: levantar ese banco imaginariamente y trasladarlo al living de una casa. Y ese señor ahora está sentado fumando frente al televisor, y el televisor le muestra cómo los chicos se mueren de hambre en el mundo, cómo la gente tiene que sobrevivir revolviendo la basura. Y el señor se siente mal, pero sigue fumando y se va a dormir. Ése es la peor consecuencia de la compasión: deja afuera al sujeto, lo deja afuera y con buena conciencia.

La otra vertiente de por qué me debo sentir obligado hacia mi prójimo es distinta, porque la referencia no es a un sufrimiento visible; es sobre todo a un sufrimiento invisible: la referencia es a la dignidad del otro. Debo ayudar al otro porque debo defender su dignidad. ¿Y por qué debo defender su dignidad? Recordarán ustedes una frase de Kant muy famosa: "Nunca deja de asombrarme el cielo estrellado sobre mi cabeza y la ley moral dentro de mí, porque supongo que el otro también tiene dentro suyo la ley moral; así sea incluso un criminal". Y entonces debo respetar su dignidad, porque al respetar su dignidad me estoy respetando a mí mismo, lo que significa que si no respeto la dignidad del otro de manera activa en realidad me estoy faltando el respeto a mí mismo y el indigno soy yo. Esto me parece que es el principio más activo del uso de la memoria en relación democrática con el prójimo, con mis semejantes. Comprender que lo que está en juego es la dignidad, no solamente del otro, sino la mía. Recuerdo un ensayo de hace pocos años de Ralph Dahrendorf, el sociólogo alemán que vive en Gran Bretaña, quien decía: "si hay un 5 por ciento de excluidos en Gran Bretaña o en Francia, es un escándalo moral para los no excluidos". Qué decir, entonces, cuando la proporción de excluidos es del 50, 60, 70 u 80 por ciento de la población. Es un agravio moral, pero es un agravio moral para ese 20 por ciento que está incluido, que es indigno si no hace nada.

En la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948, aparece antes la palabra "dignidad" que la palabra "derechos". La Declaración Universal de los Derechos del Hombre rescata la dignidad de los miembros de la familia humana. Un año después, un sociólogo inglés, Tom Marshall, se iba a inspirar en esa declaración universal para hacer su Teoría de la Ciudadanía. La ciudadanía compuesta, no meramente del derecho a votar o a ser elegido, no meramente de la concurrencia periódica a las urnas, sino la ciudadanía compuesta por derechos civiles, por derechos políticos plenos, por derechos sociales, por derechos culturales, sin todos los cuales no hay ciudadanos; porque no hay individuos dotados de autonomía moral que le permita decidir libremente.

Esos excluidos de los que estoy hablando, literalmente no pueden ser considerados ciudadanos; pero tampoco ustedes o yo somos ciudadanos plenos en Argentina. No gozamos plenamente -por ejemplo- de nuestros derechos civiles: con una Corte Suprema corrupta, con jueces corruptos, no tenemos realmente derecho a la justicia. Me podrán decir que hay un 20 o 30 por ciento de jueces probos, pero no alcanza; porque si yo no sé a cuál de los jueces le va a llegar mi demanda y, por otra parte, no sé tampoco si en apelación le va a llegar a una Corte Suprema como la que tenemos, tampoco soy ciudadano pleno. Hablemos también de ciudadanos cuando pensamos que en la provincia de Buenos Aires la gente no se atreve a hacer una denuncia policial por temor a que el policía haya sido quien lo ha asaltado. Esto es una burla a la ciudadanía. Me referí a una democracia gangrenada, precisamente por esto que les estoy diciendo y porque la gangrena avanza.

Hay una distinción que hacer en materia de derechos, y es que existen autores -y autores importantes- que se confunden y creen que una cosa es tener un derecho y otra cosa ejercerlo. Desde este punto de vista, en Argentina, por ejemplo, hay un régimen constitucional en vigencia; por lo tanto, se dice que todos los argentinos gozan de derechos constitucionales. Lo que quiero decir es que no son separables el derecho y su ejercicio; no hay derecho al libre movimiento, si no tengo las monedas necesarias para comprar un boleto de tren; no hay derecho a la educación, si no tengo posibilidades materiales de ir a la escuela. Es decir, no hay derechos separables de su ejercicio.

Es en este sentido que, en una sociedad capitalista, la falta de dinero puede significar lisa y llanamente falta de libertad. Cito a un gran historiador francés que hace 20 años escribió lo siguiente: "Incumbe a los profesionales científicos de la memoria, antropólogos, historiadores, periodistas, sociólogos, convertir a la lucha por la democratización de la memoria social en uno de los imperativos prioritarios de su objetividad científica". Esto lo escribió Jacques Le Goff. Esto es lo que están haciendo los compañeros de mesa, las organizaciones que representan y creo que este evento es un paso importante es esta dirección. ■

# Primer Encuentro Latinoamericano sobre Archivos de la Represión y de la búsqueda de la Verdad y la Justicia

Las organizaciones reunidas en el Primer Encuentro Latinoamericano sobre Archivos de la Represión y de la Búsqueda de la Verdad y la Justicia, organizado por la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires y la Asociación de Investigación y Estudios sobre los Archivos de América Latina, los días 23 y 24 de octubre de 2002 en la ciudad de La Plata, Argentina, han compartido experiencias y se han propuesto trazar líneas comunes de trabajo hacia el futuro.

La convicción y las comprobaciones de que el plan sistemático de represión fue concebido a escala regional fundamentan esta necesidad de buscar fórmulas, herramientas y espacios para coordinar esfuerzos y experiencias entre instituciones de los países del Cono Sur.

Las organizaciones y organismos reunidos resolvieron:

1. Exigir a los estados nacionales, provinciales, estaduales y municipales la búsqueda y apertura de nuevas fuentes documentales y la formulación de políticas públicas de preservación de la memoria colectiva.
2. Promover en cada país la sanción de leyes nacionales de preservación tanto de restos óseos como de acervos y fondos documentales de los diferentes períodos autoritarios.
3. Convocar a los militantes y sobrevivientes y a los miembros de organizaciones políticas y de la sociedad civil a facilitar la consulta de sus documentos.
4. Trabajar por la recuperación de otros archivos y colecciones que permitan reconstruir el contexto histórico y la situación política en la que se desarrollaron los gobiernos represivos del Cono Sur y la identidad política y social de las víctimas.
5. Colaborar con las iniciativas locales y particulares de la preservación de la memoria.

Hubo unanimidad en valorar la utilidad de este Encuentro, reafirmando la necesidad de darle una continuidad a esta instancia de intercambio y en ese sentido se acordó:

Crear un espacio de colaboración entre Archivos de la represión y archivos de la búsqueda de la Verdad y la Justicia del Cono Sur para la identificación de acervos y fondos documentales y testimoniales, su organización, preservación y uso.

Este espacio

a. Promoverá la puesta en común de los instrumentos de acceso, el intercambio de información y la búsqueda de consensos técnicos para su mejor tratamiento.
b. Orientará sobre cuestiones de acceso y uso de los mismos teniendo en cuenta las particularidades y especificidades de cada uno.
c. Coordinará criterios técnicos para organizar la capacidad de acceso, consulta e investigación en los mismos.
d. Impulsará el estudio y la elaboración de códigos deontológicos, de confidencialidad y formas de accesibilidad.

Las organizaciones que participaron de este encuentro y que adhieren a esta declaración son: Paraguay, Centro de Documentación y Archivo para la Defensa de los Derechos Humanos; Uruguay, Madres y Familiares de Uruguayos detenidos y desaparecidos, Servicio de Paz y Justicia; Chile, Fundación de documentación y archivo de la Vicaría de la Solidaridad; Brasil, Universidad de San Pablo, Fundación Getulio Vargas; Argentina, Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires, Abuelas de Plaza de Mayo, Núcleo Memoria, Memoria Abierta, Archivo Biográfico Abuelas de Plaza de Mayo, Archivos de la CONADEP, Madres de Plaza de Mayo Línea Fundadora, Centro de Estudios Legales y Sociales, Liga Argentina por los Derechos del Hombre, Equipo Argentino de Antropología Forense, Servicio Paz y Justicia SERPAJ-); Estados Unidos, National Security Archives; Francia, Asociación de Investigación y Estudio sobre los Archivos de América Latina.

Condena al atentado contra Estela Carlotto

# Defender la vida

El criminal atentado contra la presidenta de la Comisión por la Memoria y la Asociación Abuelas de [illegible] Mayo tuvo una amplia repercusión nacional y internacional que culminó con una marcha en el centro de la ciudad de La Plata donde varios miles de personas repudiaron el hecho.

foto Alejo Garganta Bermúdez

En la madrugada del 20 de septiembre pasado, Estela Carlotto, presidenta de la Comisión por la Memoria y de la Asociación de Abuelas de Plaza de Mayo, fue víctima de un criminal atentado: el frente de su casa fue baleado con armas de guerra, cuyos perdigones impactaron en las paredes del living y el dormitorio. Milagrosamente, Estela Carlotto resultó ilesa.
La Comisión por la Memoria interpretó que este ataque estaba asociado al duro documento que había sido recientemente presentado ante la Suprema Corte de Justicia, donde se advertía sobre la grave situación de violencia institucional vinculada al accionar ilegítimo de personal de las fuerzas de seguridad de la provincia de Buenos Aires. Estela Carlotto calificó el ataque como un "mensaje espantoso de muerte" y aseguró que "si bien no hay un único motivo por el que hayan atentado contra mi casa, lo cierto es que el más reciente ha sido el documento que le presentamos a la Corte". Así aludió al texto elevado 48 horas antes a la Suprema Corte de Justicia provincial, en el que se denunciaron las actitudes de "terror, similares a las empleadas en la dictadura" exhibidas por algunos policías bonaerenses (ver página 26 de esta edición).
Por su parte, el Ministro de Seguridad bonaerense, Juan Pablo Cafiero, en declaraciones periodísticas realizadas poco antes de ingresar a la Comisión por la Memoria, en La Plata, señaló: "Ha sido un atentado político que puso en riesgo la vida de Carlotto y que ha tenido un mensaje vinculado a su lucha y lo que ella representa para la sociedad argentina. Y digo que fue un atentado político porque no fue un delito común, no hubo intención de robo. Yo he visto el frente de la casa y, por cómo se perpetró el atentado, por el tipo de armas que se utilizaron, por la hora en la que se produjo -cerca de las 4 de la mañana-, todo tiene las características de un grupo que actuó con intencionalidad política", declaró Cafiero.
El titular de la Jefatura Departamental de la Policía Bonaerense de La Plata, comisario Carlos Belén, informó que de acuerdo a las primeras pericias realizadas en la casa de la presidenta de Abuelas, el ataque habría sido efectuado con una escopeta Itaka calibre 12.70, del tipo que suelen "usar las fuerzas de seguridad" en determinados "procedimientos".
Horas después del atentado, en una rueda de prensa ofrecida en su domicilio de Ringuelet y en diálogo con radios locales y porteñas, Carlotto narró que poco antes del ataque se había levantado para ir al baño. "De pronto escucho tres explosiones que, originalmente, atribuí a alguna garrafa. Salí a la calle y me di cuenta de que los vidrios de la puerta de entrada (que tiene rejas) estaban rotos y todos los vecinos ya estaban afuera", puntualizó. Consternada, prosiguió: "Si hubiese tenido el impulso de salir de mi dormitorio cuando escuché los tiros, me hubieran dado en la cabeza, porque los perdigones quedaron incrustados en la pared a esa altura. Hace 25 años que lucho y nunca he tenido un acto tan brutal como éste", remarcó e insistió en señalar que aunque "hemos recibido agravios durante la dictadura, nunca hechos de esta magnitud, que ocurren en un período constitucional".

**"Este es un desafío para todos. Hay que sacar de lo siniestro lo bueno; hay que transformar la maldad en bondad para dar una durísima respuesta ciudadana a este atentado", señaló Carlotto.**

Esa misma tarde, se realizó un acto de repudio al atentado en la sede de la Comisión por la Memoria. Organismos de derechos humanos, dirigentes políticos nacionales, provinciales y locales de diversas fuerzas políticas, funcionarios del Ejecutivo bonaerense, referentes sindicales , sociales y religiosos se congregaron para acercar su solidaridad a Estela Carlotto.
Durante el acto, se escuchó la palabra de la Subsecretaria de Derechos Humanos de la provincia, Sara Derotier; del diputado Alejandro Mosquera; del camarista federal Leopoldo Shiffrin; de la vicepresidente del CELS, Laura Conte y de la vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, Rosa Roisinblit. El cierre estuvo a cargo de Estela Carlotto, quien dijo: "Este es un desafío para todos. Hay que sacar de lo siniestro lo bueno; hay que transformar la maldad en bondad para dar una durísima respuesta ciudadana a este atentado. Estoy muy conmocionada pero no tengo miedo. Voy a seguir viviendo en la misma casa; voy a seguir haciendo lo mismo que vengo haciendo desde hace 25 años. Lo peor ya me lo hicieron cuando mataron a Laura, mi hija", dijo Estela Carlotto en uno de los tramos más emotivos de su discurso. "Tenemos que derrotarlos. No tenemos que olvidar lo que pasó. Pero que sepan esos cobardes, esos asesinos, esos anónimos, esos indeseables, algo que siempre digo porque así lo siento: 'Si estamos todos aquí es porque no nos han vencido'", concluyó.

Una semana más tarde, una multitud marchó por el centro de La Plata "Por la vida y contra la impunidad", en repudio al atentado. A los organismos de derechos humanos, estudiantes y piqueteros se sumaron el gobernador Felipe Solá y el Ministro de Seguridad bonaerense Juan Pablo Cafiero.
En el palco levantado de espaldas a la Catedral, rodeada de integrantes de la Comisión por la Memoria, Estela de Carlotto propuso "poner freno a la violencia a través de la unidad ciudadana, la búsqueda del consenso y la movilización permanente". Recordó su vida en esta ciudad y no olvidó tampoco mencionar a los muertos del 19 y 20 de diciembre pasado, los asesinatos de los piqueteros Darío Santillán y Maximiliano Kosteki y del cartonero Ezequiel Demonty y condenó, en nombre de "Abuelas", el Punto Final, la Obediencia Debida y los indultos.
Quique Pesoa, a cargo de la conducción, leyó la infinidad de adhesiones que llegaron: organismos de derechos humanos de América Latina, Juan Gelman, Daniel Viglietti, Baltasar Garzón, León Gieco. Mientras atardecía sobre plaza Moreno, Teresa Parodi, Daniel Viglietti y Víctor Heredia cerraron el acto con sus canciones. ■

## La adhesión de las personalidades internacionales

# El mundo dijo 'no' al atentado

**Estas son sólo algunas de las firmas que se congregaron con el común objetivo de denunciar el atentado y repudiarlo.**

Madres De Plaza De Mayo Línea Fundadora-Asociación de Madres de Plaza de Mayo-Familiares De Desaparecidos y Detenidos Por Razones Políticas-Amnesty Internacional-SERPAJ-Equipo Argentino De Antropología Forense-Movimiento Ecuménico Por Los Derechos Humanos-APDH-Asociación De Ex Detenidos Desaparecidos-CELS-Madres De Plaza De Mayo La Plata-H.I.J.O.S. La Plata- Familiares Detenidos Desaparecidos La Plata-Asamblea Permanente Por Los Derechos Humanos La Plata-Liga Argentina por los Derechos del Hombre-Organización Mundial contra la Tortura-Federación Internacional de Derechos Humanos. Baltasar Garzón-Daniel Viglietti-Joan Manuel Serrat-Mercedes Sosa-Juan Gelman-Carlos Alonso-Víctor Heredia-Roberto Baschetti-Vicente Zito Lema-Eliseo Subiela-Magdalena Ruiz Guiñazú-Alfredo Leuco-Oscar Terán-Juan Carlos Distéfano-León Ferrari-Griselda Gambaro-Luis Felipe Noe-Fernando Birri-Justo Laguna-Roberto Agustín Radrizzani-Carlos Slepoy-Jorge Casaretto-Elisa Carrió-Alfredo Bravo-Luis Zamora-Aníbal Ibarra-Felipe Solá-Juan Pablo Cafiero-Víctor De Gennaro-Marta Maffei-Alicia Castro-María Seoane-Antonio Dal Masetto-Abelardo Castillo-Rosa Brú-Marian Farias Gómez-Luis D`Elía-Leda Berlusconi-Quique Pessoa-Jorge Telerman-Marcela Falbo-Julio Alak-Juan Carlos Hitters-Eugenio Zaffaroni-Carlos Cajade-Dolly Scaccheri-Dante Gullo-Emilce Moler-Cecilia Felgueras-Magdalena Jitrik-Jorge Taiana-Gabriela Alegre-Mariano Ciaffardini-Eduardo Luis Duhalde-Mario Coriolano-Roberto Falcone-Julio Reboredo-Oscar Fappiano-Marta Dillón-Marta Dujavne-Marta Pelloni-Noé Jitrik-Tununa Mercado-Marcelo Parrilli-Enrique Oteiza-Nicolás Becerra-Martín Balza-Juan Carr-Intendente Signorine de Arsignano-Fortunato Mallimacci-Gustavo Roldán y Laura Devetach-Teresa y Carlos Gorostiza. Rafael Michelini-Celia Abramavicius-Julio Barboza-Instituto de Estudios Legales y Sociales de Uruguay-Jorge E. Pan, Martín Prats(Uruguay)-Ismael Serrano-Argentinos en Madrid-ASOCIACIÓN ARGENTINA PRO DERECHOS HUMANOS-Unión Sindical Obrera de España-Casa Argentina de Madrid-Asociación Libre de Abogados-Roberto Bergalli-José Elías Esteve Molto-Manane Rodríguez-Juan Carlos Monedero Colectivo de Solidaridad por la Justicia y Dignidad de los Pueblos-PCPE (Partido Comunista de los Pueblos de Espanya)-Quim Boix-SERPAL, Servicio de Prensa Alternativa. Centro Latinoamericano de Reus-ASOCIACIÓN PRO DERECHOS HUMANOS DE ESPAÑA-Fernando Esteve (España)-Asociación Donde Están?-Dominique Blanch-Ruth LE GALL-FRANCE AMERIQUE LATINE (Francia)-Martin Almada, Dorita Cristaldo (Paraguay)-Enrico Calamai-Cristina Mihura (Italia)-Genocidio Nunca Más, Argentinos Residentes en México Janine Puget-Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (México)-Sociedad Brasileña de Bioética (Brasil)-Ninoska Quinchel-Ahumada-Coalición contra la Impunidad (Alemania)-José Miguel Ortega Silva (Chile)-Oscar Espinosa (Colombia)-Gerardo Aiquel (Canadá)-Alan Barstow-Rita Arditti-Claudia Bernardi-Víctor Penchaszadeh-Genetistas en apoyo a la identidad de los secuestrados en la dictadura militar y al trabajo de Abuelas de Plaza de Mayo (Estados Unidos)-Familia Cabezas Saavedra (Australia)-María Luz Casal-Elda Daltoe-María Isabel Filinich (México)-Pedro Alejandro Matta-Silvia Ontivero-Alfonso Insunza Bascuñan (Chile)-Juan Ruben Gianolio-Carlos Peirone (Suecia)-Centro de Derechos Económicos y Sociales, Patricio Pazmiño Freire, (Ecuador)- Nilson Mariano-Sylvie Barata-Mauro Nadvorny (Brasil).Argentina,Santa Fe-Vecinos de Hurlingham por los Derechos Humanos-INCIDE-Periodistas sin Máscaras-Anocheceres-BIO&SUR-Fundación CONTAMINAME-CEASOL-Asociación Defensa del Ciudadano, Santa Fe-Fundación ECOSUR-Petrolera Pérez Companc-Radio Provincia De Buenos Aires-Espacio Institución Psicoanalítica-Hoy por Cuba, Córdoba-FADO-Foro por los Derechos Reproductivos-Asociación Civil Grupo pro Derechos de los Niños-Asociación Civil Checkas Causacunap (Derechos Humanos en quichua)-FAVIN- Federación Argentina de Municipios-ANUA-Fundación "Música Esperanza"-Fundación Niños Unidos para el Mundo-ADECYS-Save the Children-Médicos del Mundo Argentina-Unión de Mujeres de la Argentina-CODESEH-Memoria Activa-Comité Argentino de Seguimiento y Aplicación de la Convención de los Derechos del Niño . ATE-CTA-FRENAPO-ATE Consejo Directivo Provincia De Buenos Aires-CTA Regional La Plata, Berisso y Ensenada-CTERA-SUTEBA-ADULP-UTPBA-SUTEBA Seccional La Plata- APYME Central-UTEDYC-Juventud CTA Regional La Plata, Berisso Y Ensenada-Asociación Argentina de Actores Delegación La Plata-Secretaría de Derechos Humanos de la CTA Nacional-Junta Interna de ATE del Ministerio de Desarrollo Social-Federación del Personal de Vialidad Nacional-Consejo Ejecutivo SUTEBA, La Matanza-S.U.T.E.CO (CTERA-CTA), filial Goya-Empleados de la Asociación Judicial Bonaerense-APDFA-AMRA-Sindicato Unico de la Publicidad-Asociación Argentina de Actores-ARGRA-FOETRA-Sindicato de Trabajadores Judiciales del Chubut-Mutual para los Trabajadores del INTI-Rodolfo Daer-Sociedad Argentina de Pediatría-Asociación de Psicólogos Municipales-ADEMYS-UEPC-Asociación Americana de Juristas-APSA-CIAP-Sindicato De Personal De Dragado y Balizamiento-ACE-Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos-Multisectorial de Almagro y Balvanera.UNLP, Alberto Dibbern-UBA,Guillermo Jain Etcheverry-Universidad Nacional de Lanús-Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo-Universidad Nacional de Jujuy- Facultad de Periodismo y Comunicación Social (UNLP)-Cátedra De Cultura Para La Paz Y Derechos Humanos-Facultad De Ciencias Sociales UBA-Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación(UNLP)-Centro de DDHH Emilio Mignogne UNQUI-Universidad de General Sarmiento-Comisión Pro Cátedra de Salud y DDHH-FUA-Ceba,Centro De Estudiantes De La Facultad De Bellas Artes (UNLP)-Universidad Nacional Del Comahue-Universidad Nacional de Salta-Universidad Nacional de Mar del Plata-Facultad de Ingeniería (UNLP)-Fernando Jaume y Yolanda Urquiza (UNAM)-Colegio Nacional Rafael Hernández (UNLP)-Liceo Víctor Mercante-Comisión Permanente de Derechos Humanos (UNGS)-Fac. de Trabajo Social, UNER-Carlos Jacinto González (UNC)-Instituto de Investigaciones Gino Germani-TEA Imagen-ADUBA-Asociación Docentes de la UBA-Instituto de Estudios Políticos y Sociales de Ituzaingó-Instituto Braun. DAIA-Obispo Federico Pagura y Sra-Obispo de Neuquén Marcelo Melani-Fray Antonio Luis Puigiané-Centro Franciscano de Argentina-Luis Coscia-Comunidad Religiosa y Laical Pasionistas-Parroquia Santa Cruz-Consejo Latinoamericano de Iglesias-Región Río de La Plata-Rev. Juan Gattinoni-Comunidad de Iglesia Evangélica Metodista Argentina de Neuquén. Pastor F. Schneider-Parroquia Metodista "La Fe".-Parroquia Espíritu Santo, Zapala, diócesis Neuquen, P. Fernando Montes-Católicas por el derecho a decidir-CARITAS ARGENTINA-Padre Eduardo de la Serna. Y siguen las firmas...

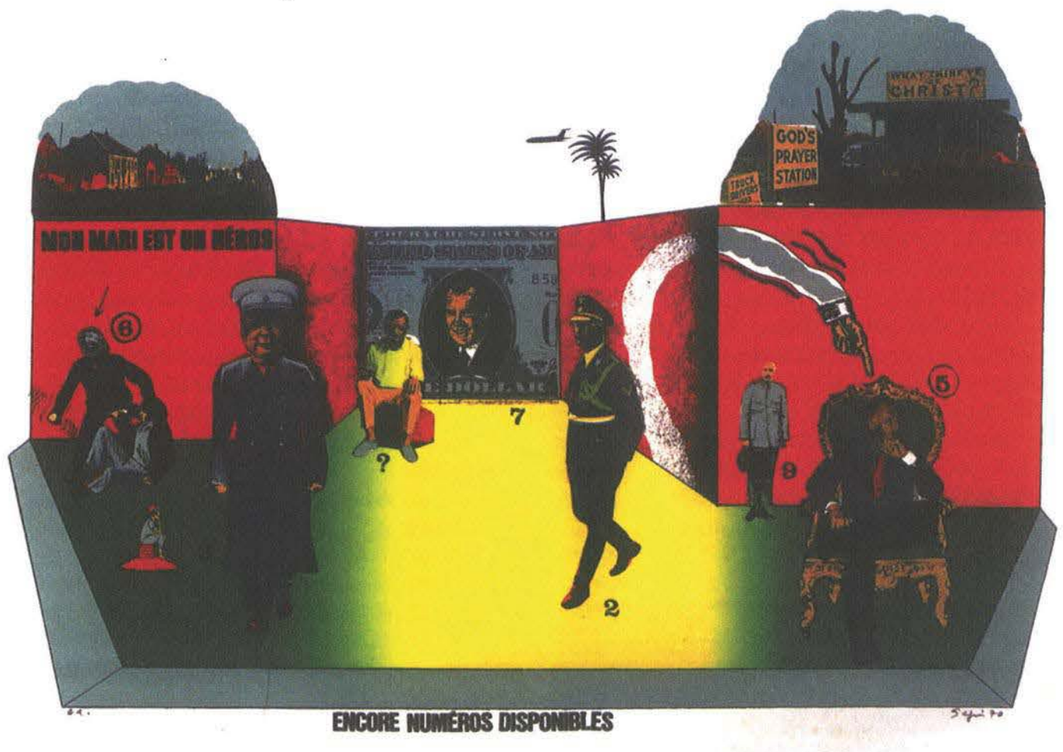
Usos de la memoria y el olvido en experiencias europeas

# En busca de marcas y certezas

**La problemática de la memoria adquirió desde hace dos décadas, y sobre todo durante los últimos diez años, una importancia creciente en las sociedades occidentales, como lo demuestra, por ejemplo, la multiplicación de las publicaciones, en distintas lenguas, dedicadas a ese tema, o la mayor atención de los medios de comunicación.**

por Bruno Groppo

ilustraciones Antonio Seguí




"Todavía números disponibles". 1970. Fotolitografía.

Dentro de la problemática general de la memoria, hay un aspecto particular que encuentra actualmente un eco considerable en la opinión pública: la memoria de los crímenes contra la humanidad, ya sean los del nazismo, el estalinismo, u otras dictaduras, entre las que se encuentran las de América Latina[1]. La atención que este tema ha merecido obedece a la importancia adquirida por la ideología de los derechos humanos a nivel internacional, a la expansión de la memoria de la Shoah, y a la universalización económica y cultural, que repercute también en el ámbito de la memoria. La idea de que los crímenes contra la humanidad, aun los perpetrados en países alejados, nos conciernen a todos porque constituyen un ataque intolerable a los fundamentos de toda sociedad humana, gana el terreno, y con ella la convicción de que es necesario preservar y transmitir la memoria para evitar que se repitan.

El interés por la memoria puede explicarse asimismo por el hecho de que una serie de identidades colectivas, empezando por las identidades nacionales, se han vuelto más inciertas, lo cual incita a volverse hacia el pasado —y, en consecuencia, hacia la memoria— en busca de certezas o de marcas.

Cuanto más vertiginoso y turbulento es el cambio social, mayor es la necesidad de encontrar un hilo conductor. La memoria se convierte entonces en la garantía de una identidad amenazada. Allí donde se producen crisis de identidad más profundas —en Rusia, por ejemplo—, es precisamente donde la memoria intenta aferrarse a un pasado mitificado e imaginario, buscando consuelo ante un presente intolerable y un futuro desolador. Nuestras sociedades viven una "crisis del porvenir", en el sentido que no consideran ya el futuro como garantía de una vida mejor. El historiador Krzysztof Pomian dejó constancia de este hecho hace ya veinte años, destacando que "las ideologías también parecen hoy día haber perdido la capacidad de imaginar un futuro verosímil y atractivo a la vez"[2]. El fin de siglo y el paso a un nuevo milenio no hicieron sino confirmar este diagnóstico. Por otra parte, la sensación de asistir al final de una época histórica abre interrogantes acerca del siglo que termina y sobre su significado. En pocos años pasamos en efecto de un mundo a otro. La Guerra fría y sus divisiones, que dominaron la historia europea y mundial durante más de un medio siglo, son cosa del pasado. El comunismo, uno de los fenómenos políticos centrales del siglo XX, parece haber concluido también su trayectoria, comenzada en 1917; en cualquier caso, perdió su fuerza de atracción y no constituye ya un modelo o una referencia. Así entonces, las marcas y las certezas que signaron durante décadas la vida de nuestras sociedades desaparecieron. Como el Muro de Berlín, que parecía destinado a separar indefinidamente dos mundos y del que no quedan sino pedazos. El siglo culminó aparentemente con el triunfo de la democracia; sin embargo, la realidad que se despliega ante nuestros ojos no es en absoluto la de una sociedad apaciguada: la victoria del capitalismo y el liberalismo no dio lugar al «fin de la historia», y asistimos al despertar de nacionalismos agresivos y a nuevas masacres, que en el algunos casos se perpetraron en el corazón mismo de Europa.

Todas estas convulsiones le devolvieron a la memoria colectiva, por lo menos en Europa, una posición central. "En los países de la Europa Central y Oriental —escribe Pomian— el derrumbe de los regímenes comunistas impuestos por la Unión Soviética después de la guerra y mantenidos por la presencia de su ejército o la amenaza de su intervención, fue entre otras cosas una liberación de la memoria. En efecto, en cada uno de ellos eran censuradas, o incluso borradas, zonas enteras de la memoria nacional, (...) en cada uno, la memoria oficial mostraba un conflicto más o menos violento con una memoria que, en el mejor de los casos, se transmitía solamente de boca en boca, en las familias, y públicamente en el exilio o en el *samizdat*. La abolición de la censura, el restablecimiento de los contactos con los exiliados, la vuelta de los hombres y de las obras prohibidos durante décadas: todos estos efectos directos de la caída de los regímenes comunistas ocasionaron un aumento de las memorias reprimidas y activaron, con virulencia inusitada, conflictos de memorias que para algunos parecían largamente apagados"[3]. También en Europa Occidental, "sectores enteros de la memoria que habían sido condenados al silencio en nombre de las exigencias de la guerra fría, de los vínculos entre ex-combatientes y de las adhesiones partidarias pudieron finalmente acceder a la palabra"[4].

Esta explosión de memoria en muchos países condujo a matizar la afirmación de Pierre Nora, respecto a Francia, de que la historia se habría "separado a la fuerza" de la memoria[5]. En una situación donde el futuro se muestra incierto y los contornos de las identidades colectivas están menos definidos que antes, la memoria se convierte en un anclaje, susceptible de conferir un sentido a la existencia individual y colectiva: se verifica así la necesidad de inscribirse en un pasado tranquilizador. Así, la coyuntura actual es propicia a la memoria. No obstante, el pasado hacia el cual se vuelve suele resultar más inquietante que tranquilizador. A la hora de los balances, el siglo XX parece distinguirse más por sus catástrofes humanas (Guerras Mundiales, genocidios, dictaduras totalitarias, masacres en gran escala) que por sus éxitos (crecimiento económico, revolución tecnológica, consolidación de la democracia, difusión del Estado benefactor). Hubo que renunciar a la fe en la ciencia y en el progreso lineal[6] que alimentó el siglo XIX y los comienzos del XX: Auschwitz puso de manifiesto que la ciencia y la técnica pueden ponerse al servicio de un proyecto de destrucción de la humanidad[7], y por otra parte la experiencia soviética probó que la ideología del progreso social basado en la ciencia podía engendrar también un sistema de terror y los millones de muertos del Gulag. Nos vemos obligados a reconocer que el universo de los campos de concentración nazis o estalinistas es una de las caras posibles de la modernidad, y que no estamos a salvo de sufrir nuevas recaídas en la barbarie. La imagen del siglo evoca un cuadro de Paul Klee en el que se ve un ángel con las alas des- ↳

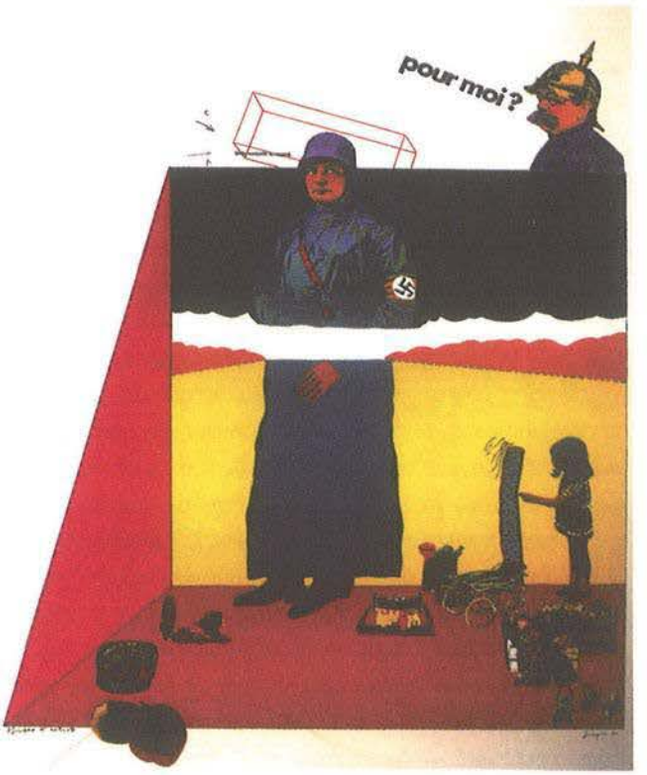
plegadas, empujado por un viento irresistible, pero cuya mirada se dirige hacia atrás, donde se amontonan las ruinas. Para Walter Benjamin, este viento irresistible es el progreso, que empuja a la humanidad hacia un futuro desconocido, dejando detrás de sí una montaña de ruinas. La dimensión criminal de la historia, a la cual nos hemos vuelto más sensibles, es confirmada por una serie de recientes masacres: en la ex Yugoslavia, en Ruanda, en el Timor Oriental, en Chechenia, en Argelia. Es posible que, como observa Tzvetan Todorov, el siglo XX pase a la historia como "el siglo de las Tinieblas"[8], mientras que había nacido como "el siglo de las Luces".

El aspecto positivo de esta evolución es que los crímenes de masa parecen menos justificables que antes. La impunidad concedida a sus autores resulta ahora inaceptable para una parte creciente de la opinión pública, y se advierte una evolución que apunta al establecimiento de formas de justicia penal supranacionales: la detención del ex-dictador chileno Augusto Pinochet en Londres, inimaginable hace algunos años, es un síntoma significativo, y contribuyó a reavivar la memoria de los crímenes cometidos por la dictadura. En este momento, cientos de militares argentinos, responsables de crímenes contra la humanidad pero que gozan en su país de impunidad, son buscados por la justicia de varios países europeos.

Si sentimos la necesidad de reflexionar más específicamente sobre estos crímenes —más que, por ejemplo, sobre los cometidos por las dictaduras militares anteriores— es porque consideramos que poseen un carácter particular y especialmente grave: son crímenes contra la humanidad.[9] Aun suponiendo que la sociedad argentina estuviera dispuesta algún día a olvidar los crímenes del terrorismo de Estado, eso no detendría la acción de la justicia de otros países contra los responsables de tales crímenes. Alguien como Alfredo Astiz, para no hablar sino de uno de los criminales buscados, seguiría siendo reclamado por varias justicias europeas: la justicia francesa (por el secuestro y asesinato de las dos monjas francesas[10]), la italiana (por la desaparición y el asesinato de italianos), la sueca (por el secuestro y asesinato de Dagmar Hagelin).

## El terrorismo de Estado

El caso argentino plantea, en toda su complejidad, el problema del terrorismo de Estado: durante la dictadura, el propio Estado se transformó en terrorista. En esta época, Argentina conoció una suerte de "doble Estado"[11] por un lado, un Estado, por decirlo de algún modo, "normal", que funcionaba según las normas del derecho, y por otro, un Estado terrorista, que no cumplía ya ninguna norma jurídica y donde dominaban, sin límites, la arbitrariedad y la violencia. El terror estaba dirigido principalmente contra algunos sectores de la sociedad, pero su objeto era al mismo tiempo imponer el silencio y "disciplinar" al conjunto del cuerpo social. Nadie podía considerarse a salvo: no se necesitaba demasiado para convertirse en víctima y desaparecer. Es entonces el conjunto de la población la que vivió la experiencia del terror: un terror organizado por




"Para mí", 1971, fotolitografía.

el Estado, el mismo que se suponía debía proteger a los ciudadanos. Las fuerzas armadas estuvieron completamente implicadas en la instauración de este régimen de terror, y no hubo voces discordantes en sus filas. Pues, la responsabilidad con los crímenes cometidos no se limita a algunos sectores militares; se extiende a la institución en su conjunto (aunque la responsabilidad penal se refiere sólo a individuos). Es impresionante constatar, a veinte años de distancia, que la casi totalidad de los militares respetó el pacto de sangre y silencio que los había unido durante la dictadura. Tomando en cuenta la implicación colectiva de las Fuerzas Armadas en los crímenes de la dictadura, ¿qué podía hacerse luego de la vuelta a la democracia? La única solución realmente satisfactoria habría sido la disolución de las Fuerzas Armadas existentes y el reclutamiento de un nuevo cuerpo, no comprometido con la dictadura. Obviamente, esto resultaba imposible. Se conservó a la institución militar tal como era, limitándose a eliminar a algunos elementos más directamente comprometidos[12]. La continuidad triunfó sobre la ruptura, y esta circunstancia contribuyó a debilitar la democracia argentina.

Desde el punto de vista de la democracia, el problema fundamental sobre el cual es necesario preguntarse consiste en comprender por qué un número tan elevado de oficiales y suboficiales no ha dudado en cometer crímenes terribles y lanzarse en una verdadera campaña de exterminio físico contra una parte de la población. ¿Cómo pudieron caer tan fácilmente en el horror? ¿Y puede repetirse esta experiencia? No es posible suponer que el conjunto de los cuadros militares se componía de sádicos y torturadores. Al contrario, es preciso par-

tir de la idea de que se trataba de personas ordinarias[13], preparadas por la educación recibida y por las doctrinas en las cuales se habían formado para actuar se esa manera. El interés debe concentrarse entonces en su universo mental e intelectual. Dos elementos desempeñaron un papel importante en la cultura de los militares argentinos. Uno, muy conocido, fue la Doctrina de la Seguridad Nacional, que les permitió legitimar una forma de guerra total, sin normas y sin límites, contra una parte de la población considerada como "el enemigo interior". Sobre este punto me limitaré a recordar la influencia considerable que ejercieron en la formación de los cuadros militares argentinos, desde mediados de los años 50, las doctrinas militares francesas de la contraguerrilla y la guerra psicológica, elaboradas por el ejército francés a partir de la experiencia de las guerras coloniales posteriores a 1945 (Vietnam y Argelia)[14]. El otro elemento importante fue la influencia del nacionalismo católico —y más concretamente el mito de la nación católica como fundamento de la identidad nacional— en la cultura de los militares argentinos. Los trabajos de Loris Zanatta[15] resaltaron esta característica.

En resumen, puede decirse que las prácticas de la dictadura argentina encontraron parcialmente su fundamento y su inspiración en una visión del mundo, el tradicionalismo católico, que era —y sigue siendo— profundamente hostil a la democracia. Eso explica, por ejemplo, el hecho de que los intelectuales, en un amplio sentido, se convirtieran en objetivo privilegiado de la represión. "En el espíritu de la mayoría de los que ordenaron la campaña antisubversiva estaba instalada la opinión de que la amenaza no se localizaba en la clase obrera sino más bien en las universidades, la cultura de alto nivel, los medios de comunicación y las profesiones liberales"[16].

La responsabilidad por los hechos de la última dictadura incumbe principalmente a los militares, pero no exclusivamente. Es necesario interrogar también el comportamiento de los distintos cuerpos sociales: los jueces, el empresariado, los profesionales, la Iglesia, los sindicatos, la clase política. Cada uno de estos grupos tuvo un comportamiento específico. Algunos aprobaron y apoyaron la dictadura más que otros, y tienen una responsabilidad mayor. Un análisis detallado revelaría que la voluntad de olvidar este pasado es fuerte allí donde las complicidades fueron más grandes. Así, en Alemania occidental la voluntad de ignorar o negar los crímenes nazis fue fuerte sobre todo, después de 1945, en los industriales y los magistrados, dos grupos que, más que otros, habían apoyado el régimen hitleriano[17].

Cada grupo social conserva una memoria particular de la dictadura, y es necesario tomar nota de la existencia de esta pluralidad de memorias, no pocas veces conflictivas entre sí. Antes que entre memoria y olvido, la lucha se libra entre memorias diferentes y opuestas. Naturalmente, los grupos y personas más implicados en los crímenes de la dictadura son quienes muestran más interés en hacerlos olvidar. Su estrategia pública se funda en el silencio y el rechazo. A través del olvido de los crímenes de la dictadura, presentados como simples excesos, estos grupos son vectores de una memoria diferente, que pretenden imponer como la memoria mayoritaria. Así, la memoria de los militares sigue cultivando la idea según la cual las fuerzas armadas libraron y ganaron una guerra justa y legítima contra la "subversión", y que en este sentido merecen el reconocimiento de la nación[18]. La memoria de las víctimas, por supuesto, es completamente diferente, y las dos son irreconciliables. Para las víctimas —particularmente para las familias de los desaparecidos, condenadas a un luto perpetuo— olvidar es imposible.

El pasado está cargado entonces de significados contradictorios: cada memoria es portadora de un fragmento de este pasado, que es para ella la verdad. Se alcanza aquí el límite intrínseco de toda memoria colectiva: el hecho de que refleje lo vivido por un grupo particular, inevitablemente diferente a lo vivido por otros grupos. ¿Cómo descubrir, más allá de las verdades particulares de unos y otros, la verdad de lo que sucedió? Para asumir su pasado, una sociedad debe primero conocerlo y luego reconocerlo como suyo. Las leyes de amnistía que quisieron imponer el silencio, han tornado parcialmente imposible el establecimiento de la verdad sobre los crímenes de la dictadura, pero contribuyeron, paradójicamente, a mantener esta memoria en el centro de la vida pública argentina. Lo inaceptable de estas leyes es que garantizaron la impunidad a los criminales sin ninguna contrapartida, sin que se obtuviera de ellos información sobre la suerte de las víctimas. El ejemplo de Sudáfrica, con su Comisión para la Verdad y la Reconciliación, muestra cómo se puede intentar salir positivamente de tal callejón sin salida: la amnistía se hizo depender del reconocimiento de los crímenes perpetrados, tanto por parte de los responsables del *apartheid*, como también del ANC[19]. Otro ejemplo, es el de la transición a la democracia después de la muerte de Franco en España. En este caso, la amnistía fue aceptada por las dos partes, preocupadas sobre todo por evitar la tragedia de una nueva guerra civil[20]. Lo importante, en este caso, es el amplio consenso sobre la necesidad de una amnistía; en Argentina, la amnistía se produjo bajo la amenaza militar a una sociedad que no la quería.

## Experiencias europeas

La comparación con otras sociedades que vivieron un pasado traumático permite hacer algunas observaciones que pueden alimentar la reflexión acerca del caso argentino. Tomaremos cuatro ejemplos, muy distantes entre ellos, pero que presentan también una serie de semejanzas: Alemania, Rusia, Francia y Austria. Los dos primeros países conocieron dos experiencias igualmente traumáticas, el nazismo por un lado y el estalinismo por otro, que representan en muchos aspectos dos paradigmas extremos. Según afirma Maria Ferretti, "hay un elemento común a la sociedad alemana y a la soviética: la dificultad, después que se acabó la pesadilla, de confrontarse con un pasado demasiado difícil de soportar (...) y la manera ↳

dramática en la cual se plantea y se vive el problema de la culpabilidad colectiva, con todas las consecuencias que eso implica respecto de la identidad nacional"[21].

En Alemania —y hablaré aquí solamente de la Republica Federal (RFA)— la mayoría de la población se esforzó durante mucho tiempo, con éxito, en olvidar los crímenes nazis y el apoyo, a veces entusiasta, que había concedido al régimen hitleriano: la amnesia, y en consecuencia la amnistía, fue el camino seguido por la RFA hasta los años 60. "No se puede negar que hubo continuidad en la negación de la memoria. Resistencia a recordar, negativa a aprender, e incluso negación de los hechos mismos, para poder alimentar mejor la memoria con datos, verdaderos o falsos, en sentido contrario"[22].

Tres circunstancias hacían especialmente difícil, en la Alemania posterior a 1945, la confrontación con el pasado nazi: en primer lugar, el carácter sin precedentes de los crímenes nazis y el hecho de que un gran número de personas hubiera participado de una u otra manera; a continuación, el apoyo que una gran parte de la población había concedido, hasta el final, al régimen y a su jefe; y el hecho de que la población no participara, de ningún modo, de su propia liberación[23].

El problema fundamental que planteaba un trabajo de memoria sobre el pasado nazi era el de la responsabilidad o incluso de la culpabilidad por los crímenes del pasado y la catástrofe de Alemania. En la parte occidental del país, que se convirtió en la República Federal Alemana (RFA), algunas personalidades notables plantearon este problema públicamente después de la guerra. El ejemplo más significativo es el del filósofo Karl Jaspers, que en 1946 publicó un libro extraordinario, *El problema de la culpa* (en alemán *Die deutsche Schuld*), pero no es el único; se pueden mencionar otros nombres, como los de Friedrich Meinecke, Romano Guardini, Alfred Weber, Ernst Wiechert, Günther Weisenborn, que publicaron inmediatamente después de la guerra reflexiones críticas sobre el tema de la culpabilidad y la responsabilidad[24]. Estas voces fueron una pequeña minoría, aislada en medio de un silencio casi general. La tendencia predominante después de la guerra fue olvidar el pasado refugiándose en la amnesia individual y colectiva[25]. Potentes reflejos de autodefensa funcionaron como un escudo o como una pared de separación respecto de un pasado que se negaba como si nunca hubiese existido. Según advertía Jaspers ya en 1946, ante el horror de los crímenes la propia población tendía a concentrarse en sus propios sufrimientos, a considerarse sobre todo una víctima, si no la víctima principal, y a olvidar el resto, eludiendo toda interrogación acerca del problema de la responsabilidad.[26] Ejercía un olvido selectivo, que no le impedía recordar aquellos aspectos del pasado que no implicaban una responsabilidad personal. Esta actitud, que podría definirse como esquizofrénica, de una parte de la población, fue descripta de la siguiente manera por Ralph Giordano: "Excelente memoria para todos los aspectos de la vida privada y la vida política entre 1933 y el final de la guerra que se supone no tengan nada perturbador. Negación de la memoria ante todos los acontecimientos que puedan implicar disgusto, vergüenza o sentimientos de culpabilidad. Se clasifica pues con precisión lo que debe ser olvidado y lo que no. Olvidados los campos de concentración y el Holocausto. No olvidados los actos de violencia contra alemanes y la guerra aérea. Y si no queda otra posibilidad, se recurre al principio de compensación: la expulsión [de la población alemana de Checoslovaquia, Polonia, etc. después de la guerra] en oposición a Auschwitz[27]."

Más allá de la minoría que había sido perseguida directamente por el régimen, los alemanes se mostraron siempre poco dispuestos a admitir que estaban al tanto de lo que ocurría en los campos de concentración, del exterminio de los judíos, de las masacres a gran escala perpetradas por las tropas alemanas —no solamente por las SS y otros comandos de asesinos sino también por la propia Wehrmacht— en Polonia y la URSS, del tratamiento inhumano infligido a los prisioneros de guerra soviéticos[28]. Una vez concluida la *desnazificación* llevada a cabo por las autoridades de ocupación, y que por otra parte resultó poco eficaz, el nazismo estuvo rodeado hasta el final de los años 60 por un silencio colectivo y una amnesia generalizada.[29] En su conocido libro, Alexander y Margarethe Mitscherlich insistían en la incapacidad que mostraba la sociedad de Alemania Occidental para hacer el duelo del nazismo y de la pérdida del Führer, "objeto de amor" con el que millones de alemanes se habían identificado[30]. Un reciente estudio de Pierre-Yves Gaudard destaca también esta incapacidad de asumir "la carga de la memoria", demasiado pesada en la Alemania Occidental de posguerra.[31] Esta tendencia se vio fortalecida por la guerra fría y el anticomunismo. El antitotalitarismo —es decir, la negación tanto del nazismo como del comunismo— constituyó el fundamento del consenso constitucional en la RFA. Sin embargo, con la guerra fría, el segundo componente —el anticomunismo— se impuso rápidamente sobre el primero. El nuevo clima político, dominado por la confrontación Este-Oeste, hacía posible, como observa Wolfgang Benz, recuperar una parte de la ideología nazi: la hostilidad hacia el comunismo y la Unión Soviética.[32] Así, se podía por ejemplo recordar la guerra contra la URSS no como una guerra de exterminio sino como una guerra "ordinaria" y legítima contra el comunismo y la amenaza que éste representaba para Europa. Los sucesivos gobiernos de la RFA alentaron la tendencia al olvido y a la amnesia. Durante mucho tiempo, el período 1933-1945 fue puesto entre paréntesis y se abandonó toda pretensión de echar luz sobre el papel y las responsabilidades de unos y otros en el Tercer Reich: muchos antiguos nazis pudieron proseguir sus carreras sin preocupación alguna. Evidentemente, esta amnesia colectiva era una forma de amnistía y, sobre todo, de autoamnistía. Desde la perspectiva de los gobiernos conservadores que se alternaron en el poder hasta los años 60, el olvido y el rechazo formaban parte de una estra-

tegia cuyo objetivo era integrar en el nuevo sistema político a los millones de antiguos nazis. Según Régine Robin, "el golpe de genio de Konrad Adenauer consistió en limitar al máximo la *desnazificación* mediante una serie de artículos constitucionales y leyes de amnistía, de tal modo que se reinstalara en la vida nacional a todos aquellos que habían estado comprometidos en el nacionalsocialismo en distintos grados, y devolverles a los alemanes un orgullo que la humanidad ponía en entredicho, afirmando que el pueblo alemán había sufrido mucho y era también una víctima"[33].

La política del olvido, por un lado, y el anticomunismo por el otro, permitieron que se aceptara a los antiguos nazis —un partido de más de ocho millones de miembros— en una democracia que, a sus ojos, tenía al menos la ventaja de ser hostil al comunismo. Como hace notar Régine Robin, "era necesario priorizar el acostumbramiento a la democracia sobre la justicia y la memoria colectiva". Los dos conceptos parecían por ahora incompatibles. Que los tribunales se ocupen de los verdaderos criminales en lugar de perseguir a otros, es decir, a la inmensa mayoría de la población. Era necesario "dejar en paz a los compañeros de ruta"[34]. Esta estrategia de integración resultó eficaz gracias también a una coyuntura económica de crecimiento sostenido, luego de los primeros y difíciles años de la reconstrucción. La voluntad de olvidar el pasado nazi alentó a la población de la RFA a concentrar sus energías en la reconstrucción de la economía y la conquista de un determinado bienestar. Acompañada y fomentada por los Gobiernos conservadores, la amnesia colectiva prevaleció hasta los años 60, cuando diversos acontecimientos contribuyeron a reactivar la memoria: el juicio contra Eichmann —uno de los organizadores de la "solución final"— en Jerusalén; otros juicios en la RFA contra encargados del campo de Auschwitz; la llegada a la edad adulta de una nueva generación nacida después de la guerra e interesada en conocer la verdad sobre el pasado[35]; el fermento cultural y político intenso de esta década; una mayor sensibilidad para el problema de la Shoah; la formación de una nueva generación de historiadores, más atenta a la historia social y mucho menos contaminada por el espíritu nacionalista. Se asistió así al progresivo retorno de un pasado reprimido. La elección Willy Brandt como jefe de gobierno era el síntoma de un cambio considerable, dado que por primera vez un antiguo exiliado accedía a este cargo. Su sola presencia recordaba los doce años del nazismo y el hecho de que existían también alemanes que habían sabido resistir a Hitler. Desde los años 60 la sociedad de Alemania Occidental se enfrentó con este pasado trágico que había querido olvidar, y puede afirmarse que el nazismo y sus crímenes están mucho más presentes en el debate público y en la memoria colectiva en la actualidad que después de la guerra. Las tentativas emprendidas en los años 80 por algunos historiadores conservadores, como Ernst Nolte, para dar vuelta la página del nazismo en nombre de una "normalización" de la historia alemana tuvieron entonces el efecto opuesto y suscitaron encendidas discusiones entre los historiadores y la opinión pública[36] Aún hoy el extraordinario éxito que tuvo en Alemania el libro de Daniel Goldhagen *Los verdugos voluntarios de Hitler* y los debates que suscitó, ponen de manifiesto que este pasado criminal y trágico persiste en las conciencias[37].

"Es impresionante constatar, a veinte años de distancia, que la casi totalidad de los militares respetó el pacto de sangre y silencio que los había unido durante la dictadura."

En la Rusia poscomunista, la explosión memorial que se produjo en los años de la *perestroika* no duró demasiado y abrió espacio a la represión y al silencio. Si bien la historiografía rusa sobre el período soviético produjo trabajos importantes que permiten comprender mejor el pasado estalinista, está aislada respecto de una sociedad que no parece predispuesta a saldar las cuentas con su pasado y que se muestra indiferente u hostil ante las tentativas por descubrir la verdad histórica. "Podría decirse que se manifestó una divergencia profunda entre historiografía y memoria histórica popular; que los procesos en estos dos sectores de la conciencia nacional van ahora en direcciones opuestas, y que esta divergencia no consigue aumentar el continuo crecimiento de la investigación histórica, mientras que en la conciencia popular se refuerza la tendencia a la mitologización del pasado, a la indiferencia, al olvido voluntario, que acompañan una reacción de hostilidad e indignación respecto a la investigación no ideológica"[38]. Una de las características fundamentales de la situación rusa pos-soviética es el no reconocimiento de las víctimas. En Francia, en Italia y en otros países europeos, los sobrevivientes de los campos de exterminio nazis tuvieron derecho a un reconocimiento público y a distintas formas de reparación simbólica o material. Nada de eso se produjo en Rusia, donde el estatuto de las víctimas de la represión y del terrorismo de Estado sigue siendo frágil. Esta ausencia o déficit de reconocimiento se vincula con la ambigüedad de un contexto en el que la mayoría de las víctimas se encontraron en el Gulag por casualidad y donde a menudo la frontera entre víctimas y verdugos era difícil de trazar, ya que los verdugos a menudo devenían a su vez víctimas. Observa Alain Brossat: "La constitución de una memoria de los crímenes de Estado, a fortiori de un genocidio, de una empresa de exterminio, es indisociable (...) de la legitimación del estatuto de las víctimas, del reconocimiento por la posteridad oficial y social de su condición de víctimas. En la URSS, en los países del Este, en los estados poscomunistas, el establecimiento de tal consenso en torno a la identificación de las víctimas tropieza con dificultades particulares: por un lado, la gran mayoría de quienes cayeron bajo los golpes del terror, conocieron los campos, las prisiones, en calidad (si se puede decir así) de perseguidos políticos, eran víctimas de acusaciones imaginarias. «Políticos», ↳

estos muertos, estos deportados, estos encarcelados lo eran por simple oposición a los «criminales» comunes, pero de ninguna manera a causa de opiniones críticas o subversivas que habrían expresado, y menos aún de acciones subversivas que habrían emprendido. En su inmensa mayoría, estos «culpables» eran tales por mera posición, porque eran campesinos, viejos bolcheviques, tártaros, escritores o, más sencillamente, porque eran «material humano» para cumplir con las cuotas de prestaciones prescritas en ciertas épocas (...) Millones de ciudadanos soviéticos han pasado así años o incluso décadas en los campos y las prisiones por «razones» que, a los ojos de la masa de los sobrevivientes, siguen siendo enigmáticas»[39]. Brossat hace notar que «en el universo soviético una víctima puede a veces ocultar a un culpable, o incluso a un verdugo: la espiral de la represión en la URSS de Stalin, y luego de las democracias populares, implicó a numerosos antiguos jerarcas comunistas, fundadores, ejecutores de las bajas obras (...) En consecuencia, la percepción y reconocimiento de las víctimas se encuentran todavía un tanto confusos"[40].

Otro elemento importante que pesa sobre la memoria en Rusia es el sentimiento de culpabilidad colectiva. "En el Este, la memoria del Gulag y los crímenes 'comunistas' resulta indisociable de un sentimiento más o menos vivo o endémico de culpabilidad colectiva. Todo transcurre como si entre las tonalidades de la ultravictimización ('¡miren lo que los comunistas hicieron con nosotros!') y los acentos de la autoflagelación y el arrepentimiento (¿tradición ortodoxa?), la memoria colectiva de los crímenes e infortunios no llegara a fijarse y a encontrar su régimen. Por otra parte, todo recordatorio o toda fijación memorial de la dimensión criminal de la historia soviética, de la página del 'sovietismo' escrita por todos estos países, aparece ante los ojos de los habitantes del pos-socialismo, que aspiran a la occidentalización, como un recordatorio de todo aquello que distingue su historia y su cultura de la 'norma' democrática occidental: un recordatorio de una diferencia 'oriental', eslava, balcánica, 'asiática', etc. que se lleva como un estigma que, con grandes esfuerzos, pretenden borrar».[41]

También Francia se enfrenta con páginas oscuras de su pasado que habría deseado olvidar. Entre estos pasados reprimidos que retornan al centro de la escena, hay dos de particular importancia: el período de la Ocupación y de la Colaboración durante la Segunda Guerra Mundial, por un lado, y la guerra de Argelia, por otro. Este último es en Francia el eje de un intenso debate que se concentra en el problema de la tortura, que el ejército y la policía franceses utilizaron en gran escala durante el conflicto. Este despertar de la memoria de la guerra de Argelia señala el principio de un ciclo memorial dentro del cual este tema ocupará un lugar cada vez más importante en la conciencia colectiva, como ocurrió con la memoria de Vichy desde finales de los años 60.

Tanto en un caso como en el otro, se verifica la imposibilidad de un olvido prolongado y la limitada eficacia de los mecanismos de represión referidos a un pasado que traumatiza. El trauma vinculado a Vichy y la Segunda Guerra Mundial ha sido objeto de numerosos trabajos, entre los cuales se destacan especialmente los de Henry Rousso[42]: trauma de la derrota de 1940, de la ocupación, la colaboración, la deportación. Después de 1945, la colaboración quedó relegada a los márgenes de la memoria nacional. Según la versión oficial de la historia que sirvió de sustento político y moral a la reconstrucción del país, sólo un escaso número de traidores se había puesto al servicio del enemigo, mientras que la gran mayoría de la población había apoyado activamente la Resistencia[43]. Poco ajustada a la realidad histórica, esta visión mitificaba a una Francia unánimemente plegada a la resistencia para olvidar el trauma de la derrota de 1940 y eludir toda interrogación sobre la responsabilidad, empezando por la del gobierno francés respecto de las deportaciones de judíos[44]. La memoria oficial, orientada a la Francia resistente, conduce en gran medida al ocultamiento de la memoria de la deportación[45]. Obra a la vez de los seguidores del general De Gaulle y de los comunistas[46], consagrada por el discurso oficial y las conmemoraciones, popularizada por el cine, esta visión prevaleció hasta el final de los años 60. Henry Rousso distingue varias fases de la memoria nacional francesa con respecto a Vichy y a la Colaboración: un primer período, hasta 1954, de "duelo inconcluso", un período de rechazo que llega hasta el principio de los años

**"Gente en la calle II"**, 1991. Linograbado.

70, y una tercera etapa ("el espejo roto") caracterizado por el retorno de lo reprimido y por una fuerte presencia de los años negros de Vichy en la memoria, presencia que se transforma en una verdadera obsesión[47]. Así entonces, por ejemplo, las persecuciones contra los judíos y su deportación a los campos de exterminio suscitaron una creciente atención[48]. Es interesante tener en cuenta que en los últimos grandes juicios relativos al período de la Segunda Guerra Mundial —el de Klaus Barbie en 1987, el de Paul Touvier en 1994 y por último el de Maurice Papon entre 1997 y 1998— los acusados fueron condenados por crímenes vinculados a la persecución de los judíos y al genocidio, considerados como crímenes contra la humanidad e imprescriptibles. Durante estos últimos años, la atención se refirió al problema de las apropiaciones de bienes de judíos deportados, y se formó una comisión oficial (la comisión Matteoli) compuesta de historiadores para aclarar este aspecto del pasado. Esta evolución no es propia de Francia, sino que se inscribe en una tendencia más general, perceptible también en otros países, que tiende a atribuir a la Shoah una importancia central en la historia del siglo XX.[49] Respecto del período de Vichy, la verdad más difícil de aceptar fue el comportamiento de la administración francesa durante la ocupación, y su responsabilidad en la deportación de los judíos (que, en su gran mayoría, fueron detenidos por la policía y la gendarmería francesa). En este sentido, el proceso contra Maurice Papon, secretario general de la Prefectura de Burdeos durante la guerra, constituyó un acontecimiento significativo: se trataba de un juicio contra la administración francesa, o al menos a esa parte de la administración que se había puesto sin escrúpulos al servicio de la política alemana.

La misma dinámica de memoria y olvido imposible, se advierte también respecto de la guerra de Argelia, un pasado más reciente pero que dejó cicatrices no menos profundas. Durante esta guerra no declarada (puesto que oficialmente se trataba de "operaciones de mantenimiento del orden")[50] y que se cobró cientos de millares de víctimas entre la población argelina, el ejército francés utilizó contra los independentistas y sus simpatizantes —reales o presuntos— la tortura, las ejecuciones sumarias y la desaparición de personas.[51] En su momento, la utilización de estos métodos, y en particular de la tortura, fue denunciada en Francia por una valiente minoría[52], en medio de una sociedad que exhibía una gran indiferencia[53]. Después del final de la guerra y después de la amnistía que había encubierto los crímenes cometidos durante ese período, la actitud predominante en Francia fue intentar olvidar el conflicto. El recuerdo de la guerra de Argelia fue reprimido, aunque memorias diferentes y opuestas seguían subsistiendo: memorias argelinas y memorias francesas, y, en este caso, memoria de los soldados enviados a Argelia, memoria de la población europea (los "pies negros") que había dejado este país en el momento de la independencia, memoria de los militantes de la "Argelia francesa" y de los terroristas de la OAS[54], memoria de los que, en Francia, se habían opuesto a la guerra. En términos generales, se verifica en relación a la memoria de la guerra de Argelia un fenómeno de ocultamiento y represión[55]. Sobre la ausencia de sentimientos de culpa. Benjamin Stora escribía en 1994: "¡A diferencia de Vichy, no existe reconocimiento alguno de culpa; porque resulta impensable reconocer que Francia haya llevado adelante una guerra contra una fracción de sí misma, puesto que Argelia era Francia! Todos conocían la tortura, pero ésta no era reconocida oficialmente. Se debe hacer una distinción entre conocimiento y reconocimiento[56]."

Ahora bien, durante estos últimos años, la memoria de la guerra de Argelia regresó a la conciencia colectiva de los franceses. La reactivó en particular la publicación, en el diario *Le Monde* del 20 de junio de 2000, del testimonio de una mujer argelina, Louisette Ighilahriz, quien cuando era una joven militante del FLN, en 1957, había sido torturada por los paracaidistas franceses. Desde entonces, el debate sigue abierto.

Austria, por su parte, mantuvo también una larga amnesia sobre su pasado nazi, presentándose durante décadas como la "primera víctima del nazismo" y, de esta manera, se sintió liberada de toda responsabilidad de los crímenes nazis, que descargaba exclusivamente sobre Alemania. Según la historia oficial, en la versión transmitida por los libros de escuela, Austria había sido en 1938 la víctima de su poderoso vecino, que habría impuesto su dominación con la violencia y contra la voluntad de la población austríaca, de la cual sólo una mínima parte habría adherido al nazismo: la imagen era la de un país ocupado por la Alemania nazi, como lo fueron más tarde la mayoría de los países de Europa. La realidad fue diferente. La anexión de 1938 fue recibida, según muestran las imágenes de la época, con fervor por una gran parte de la población; además, el nazismo tenía en Austria una parte de sus raíces, sin contar el hecho de que una porción nada desdeñable de los peores criminales nazis, empezando por Hitler, eran austríacos. La teoría del país-víctima, fundada en la "Declaración de Moscú" de los Aliados, fechada el 1º de noviembre de 1943[57], les permitió a los austriacos refugiarse en la amnesia y considerar que los crímenes nazis concernían solamente a Alemania[58]. ¿Creían que así era verdaderamente? Es poco probable si se consideran los miles de monumentos a los caídos en los cuales figuran los nombres de los soldados muertos durante la Segunda Guerra Mundial, erigidos en diversas ciudades y pueblos del país, con inscripciones del tipo "A nuestros héroes", "Murieron por la patria". ¿Por qué patria si se trata de soldados del ejército, la Wehrmacht, que en 1938 había ocupado su país? Como lo hace notar Anton Pelinka, estos monumentos "contradicen implacablemente la 'filosofía' de la Segunda República: nada sobre la liberación de Austria por los Aliados y por la Resistencia austriaca, nada de la ocupación de Austria por parte de Alemania"[59]. Otro ejemplo significativo puede rastrearse en las reacciones de indignación que ↳

suscitó en Austria una exposición sobre los crímenes de la Wehrmacht preparada por el Institut für Sozialforschung de Hamburgo y que llevaba a la luz pública hechos que los especialistas conocían desde bastante tiempo atrás[60].

Fue el caso Waldheim, en 1986, lo que puso fin a la mentira oficial. Candidato del partido conservador a la elección presidencial, el ex secretario de la ONU Kurt Waldheim fue acusado de haber participado durante la Segunda Guerra, en su condición de oficial de la Wehrmacht, en ejecuciones de rehenes en los Balcanes. Se defendió alegando que sólo había cumplido con su deber, lo que reflejaba la opinión de una gran parte de los austríacos, pero golpeaba a la vez a la teoría del país-víctima. El caso Waldheim, y los debates que provocó, reflejaron la crisis definitiva de esta teoría. El pasado nazi volvía a ocupar el centro de las discusiones, y ahora no era ya posible ignorar las responsabilidades específicas de Austria. En 1991, el canciller federal, Franz Vranitzki, reconoció públicamente que Austria era en parte responsable de los crímenes del nazismo. El primer ministro actual, Wolfgang Schüssel, jefe de la coalición entre los conservadores y la extrema derecha, reavivó la teoría de la víctima en el otoño de 2000, en una entrevista concedida al *Jerusalem Post*. Sin embargo, las reacciones que levantó pusieron de manifiesto que la conciencia histórica de los austriacos había cambiado y que no era ya posible refugiarse en la amnesia y en la mentira.

## Conclusiones

Estos cuatro ejemplos —podrían añadirse mucho otros— ilustran las dificultades que debe superar una sociedad para recordar un pasado trágico y criminal, mirarlo de frente y asumirlo plenamente. Es una operación difícil y dolorosa; supone un verdadero examen de conciencia y una interrogación sin atenuantes acerca de las responsabilidades y la posible culpa de cada uno. Ante tales dificultades, la primera reacción consiste en cerrar los ojos, reprimir este pasado que lastima, refugiarse en la amnesia. Se advierte, no obstante, que eso no soluciona el problema; el pasado reprimido no desaparece, sigue estando presente en la memoria en un nivel subterráneo, siempre listo para volver a la superficie. Para que el pasado se convierta en pasado y no sea un eterno presente es necesario, en primer lugar, que una sociedad lo reconozca en cuanto tal y lo asuma sobre la base de una exigencia de verdad. A partir de la situación francesa, Henry Rousso enuncia una reflexión que podría aplicarse también a otras situaciones: "Sería necesario (...) poder no olvidar los crímenes del pasado, no vivir sin su recuerdo, como después de la guerra, tampoco contra estos recuerdos, como lo hacemos hoy, sino aprender a vivir con ellos, vivir con lo irreparable. Es necesario redescubrir la necesidad de vivir en el presente con los conflictos de la historia, sin creer que se puede recuperarlos por una mera adición de memoria y una insistencia del pasado, lo que en definitiva implica no ver los conflictos, a falta de una distancia suficiente"[61].

El descubrimiento de la verdad sobre los crímenes del pasado constituye una etapa indispensable. No obstante, es necesario no confundir la verdad judicial y con la verdad histórica. Descubrir la verdad judicial es la tarea de los tribunales y jueces. Este trabajo, que en Argentina no alcanzó a realizarse sino de manera limitada debido a las leyes de amnistía, responde a una exigencia de justicia, lo cual supone el reconocimiento oficial de las víctimas, la reparación de las culpas sufridas, el castigo de los culpables. En el caso argentino, los crímenes de la dictadura se amnistiaron antes de que se estableciera la verdad: en consecuencia, no se conoce todavía la verdad sobre la suerte de los desaparecidos, ni sobre la de los hijos de los desaparecidos, apropiados por las fuerzas represivas y de quienes sólo se pudo encontrar hasta el momento una mínima parte. Lo dicho es suficiente para explicar por qué esta página de la historia prosigue abierta a pesar de todas las tentativas emprendidas por cerrarla. La acción judicial continúa gracias a las fallas en las leyes de amnistía —que, por ejemplo, no garantizan la impunidad en el caso de apropiación de niños— y a la sensibilización de la opinión pública, que hizo posibles diferentes "juicios por la verdad". La acción judicial continúa también en España y en otros países europeos que se proponen juzgar a los criminales argentinos.

Aun suponiendo que la verdad judicial pueda descubrirse (sucedió parcialmente en el juicio a las Juntas militares), queda por establecerse la verdad histórica. Es la tarea de los historiadores, no de los jueces, y ambas funciones no deben confundirse. Como lo destaca Marc Bloch en su obra *Apologie de l'histoire*, la tarea del juez es juzgar, la del historiador es comprender. Citaré aquí una reflexión de Marcello Flores que considero pertinente e importante: "Si la sociedad no puede prescindir de la justicia y la memoria, la historia debe entonces incluirlas en su propio proceso de comprensión, sin dejarse desbordar o condicionar excesivamente por estas, pero sin olvidarlas, siendo consciente de que existen varias justicias y varias memorias, que se oponen y que cambian con el tiempo.

Toda memoria tiene su verdad, legítima aunque no universal, así como toda justicia propone una verdad sobre la base de las finalidades que se da y de las pruebas que consigue producir. La verdad de la historia es más amplia y al mismo tiempo más huidiza, más concreta y menos absoluta. Puede referir los hechos reuniendo pruebas y testimonios, reconstruyendo los hechos de manera concluyente, pero la interpretación dependerá siempre del punto de vista, de la perspectiva, del cuestionamiento que el historiador, y el tiempo en el cual vive, consideran que debe asumir"[62].

Añadiré que el historiador puede sentir un compromiso moral con las víctimas, y en mi opinión está bien que así sea. Pero debe cuidarse de confundir una memoria particular, la de las víctimas, con la historia, esa "memoria científica", que el debe intentar construir en base a las reglas de su profesión. Este trabajo de los historiadores queda por hacerse en Argen-

tina. La memoria de las víctimas es, en cuanto tal, un elemento indispensable, aunque no el único, para la reconstrucción de la verdad histórica. Pero resulta fundamental para impedir que la memoria de los verdugos se convierta en la memoria oficial.

Construir la memoria histórica del período de la dictadura es una tarea difícil. En primer lugar, es necesario no caer en la tentación de considerar este período —relativamente corto— como un simple paréntesis, o un "accidente" de la historia. Esa tentación es siempre fuerte después de experiencias históricas trágicas y catastróficas. En Italia, por ejemplo, el filósofo Benedetto Croce interpretó el fascismo como un paréntesis accidental de la historia italiana, en particular del Estado liberal creado por el Risorgimento. El fascismo habría sido entonces un acontecimiento imprevisible, una suerte de invasión de los bárbaros que nada dejaba predecir. En la Alemania posterior a 1945 se verificó también una fuerte tentación de considerar los doce años del nazismo como un paréntesis accidental, y de atribuir la responsabilidad exclusiva de la catástrofe al poder demoníaco de Hitler. Las teorías del paréntesis presentan un doble inconveniente: por un lado, no permiten explicar lo que pasó, puesto que eluden toda interrogación acerca de las raíces de la tragedia; por otro, tienden a ignorar el hecho de que, por lo general, estos "paréntesis" modificaron profundamente las sociedades que los vivieron.

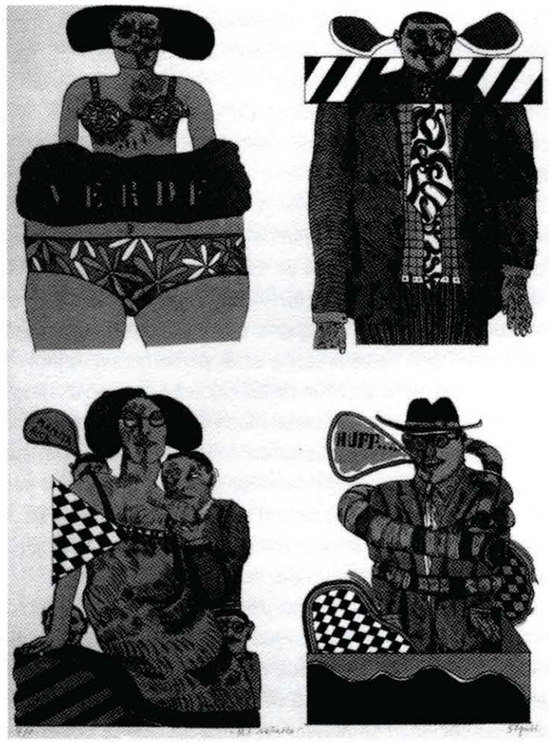
La segunda tentación que debe evitarse es la de buscar una cabeza de turco para asignarle la responsabilidad exclusiva de un determinado pasado trágico. En el caso de Alemania occidental, por ejemplo, se buscó después de 1945 atribuir todo a un dictador "loco" o "demoníaco", ignorando el hecho de que millones de alemanes habían votado por él. En la Alemania comunista, la responsabilidad exclusiva se atribuyó al "gran capital" y a una pequeña banda de criminales, omitiendo por ejemplo que el partido nazi había contado con más de ocho millones de afiliados. En el caso de Argentina, la tentación es considerar que el aparato militar y policial es el único responsable de la tragedia porque es el que perpetró los crímenes de los que la dictadura es culpable. Es necesario preguntarse también acerca de las responsabilidades de otros sectores de la sociedad, como la clase política, los empresarios, la Iglesia Católica, sin olvidar los movimientos armados y todos aquellos que, al no poder ignorar la represión y las desapariciones, prefirieron pensar "por algo será". Esto no significa aceptar la teoría de los "dos demonios", que pretende igualar el terrorismo de Estado con el terrorismo de algunos movimientos armados, muy minoritarios. Se trata de tener en cuenta las distintas memorias del período y de reconstruir, a partir de todos los documentos e índices disponibles, la actitud y el comportamiento de los distintos grupos sociales. Ninguna memoria de grupo puede pretender ocupar sola el espacio de la memoria histórica. Esta es la razón por la cual la actitud más extendida, como vimos respecto de las sociedades europeas, es la amnesia y la negativa a mirar las cosas de frente. ¿Cuántos habitantes de este país lograron, durante la última dictadura, vivir "normalmente", como si se tratara de una sociedad "normal", e ignorar que junto a ellos se secuestraba y se hacía desaparecer a otras personas sin dejar rastro, o que en pleno corazón de las ciudades funcionaban centros de tortura y muerte? Fueron muchos. ¿Cómo pueden recordar ese período? Los mecanismos aplicados en ese momento para no ver, siguen creando barreras para que la memoria permanezca en su lugar y no perturbe el presente. El recuerdo de los compromisos que se debieron aceptar en la época del terror es desagradable, y se opta por no evocarlo[64].

"Para una sociedad que pasó por el terrosimo de Estado —una experiencia que no deja nada intacto— el problema consiste en reconstruir posteriormente una identidad aceptable. La dificultad es enorme."

Para una sociedad que pasó por la experiencia del terrorismo de Estado —una experiencia que no deja nada intacto— el problema consiste en reconstruir posteriormente una identidad aceptable. La dificultad es enorme. Después que una sociedad se hundió en la barbarie y se enfrentó a todas las formas de lo extremo, como ocurrió en Argentina y en Chile, ¿que queda por ejemplo de la imagen "civilizada", que esa sociedad tenía de sí misma? En este sentido, no debe olvidarse que el terror era en América Latina una experiencia nueva para algunos sectores de la sociedad, pero antigua para otros. Marcelo y Maren Viñar observan que "es precisamente esta América Latina más próspera, europeizada en sus valores y sus comportamientos, la que 'descubrió' el terrorismo de Estado en los años setenta, mientras que el resto del continente había convivido con ese terror desde que se cobró sus primeras víctimas entre la población indígena. Sudamérica no tomó conciencia del terrorismo de Estado sino cuando éste comenzó a ejercerse contra los descendientes blancos de los europeos"[65].

La identidad está hecha de memoria y de olvido. Reconstruir una identidad significa activar los dos procesos a la vez, el de la memoria y el del olvido[66]. "Será necesario decidir cada vez qué conviene recordar y qué conviene olvidar, qué conexiones identitarias es mejor reactivar y qué conexiones es mejor dejar caer en el olvido"[67]. El problema es entonces el del buen uso tanto de la memoria como del olvido. Abundan los ejemplos de un uso perverso de la memoria. Basta con mencionar, por ejemplo, el uso que el nacionalismo serbio hizo la memoria de una derrota serbia —en la batalla de Kosovo Polie, librada varios siglos antes—, para que la población serbia aceptara la política de agresión que condujo a las recientes guerras y masacres en la ex Yugoslavia.

En ciertas condiciones, el olvido puede ser saludable y necesario para permitir que una sociedad siga viviendo después ↳



"Mi retablo", 1966, litografía en color.

de un pasado trágico, pero no puede ser impuesto desde arriba y no tendría en este caso un efecto positivo, terapeútico, ya que "se privaría a la memoria privada y colectiva de la saludable crisis de identidad que permite una reapropiación lúcida del pasado y de su carga traumática"[68].

Sudáfrica, con su Comisión de Verdad y Reconciliación, ofrece el ejemplo de una manera positiva de superar el pasado y sus crímenes, integrándolos en la memoria nacional. Impulsada por el presidente Nelson Mandela y presidida por monseñor Desmond Tutu, la Comisión, que se reunió desde enero de 1996 a julio de 1998, tenía como misión principal "recoger los testimonios, consolar a los ofendidos, compensar a las víctimas y amnistiar a quienes reconocían haber cometido crímenes políticos"[69]. Se trataba de "comprender y no vengar". Contrariamente a los modelos más corrientes, la amnistía no era colectiva sino individual y sujeta a condiciones. Escribió Sophie Pons: "La mayor innovación de los sudafricanos fue la de una amnistía individual y condicional, al revés de las amnistías concedidas en América Latina bajo la presión de los militares. No se trataba de borrar sino de revelar, no de cubrir los crímenes sino de descubrirlos. Los ex criminales debieron participar en la redacción de la historia nacional para ser perdonados: la inmunidad se merece, implica el reconocimiento público de los crímenes y la aceptación de las nuevas normas democráticas"[70].

Este planteamiento permitió que las víctimas se expresaran, y como hace notar Paul Ricoeur, "el beneficio es innegable en términos terapéuticos, morales y políticos. Familias que habían luchado durante años pudieron decir su dolor, expresar su odio ante los delincuentes y delante de testigos. En este sentido, las audiencias permitieron un verdadero ejercicio público del trabajo de memoria y el duelo, guiado por un apropiado procedimiento contradictorio. Al ofrecer un espacio público a la denuncia y al relato de los sufrimientos, la comisión propició una catarsis compartida"[71]. Sin embargo, algunas voces, como la del Premio Nobel de Literatura Wole Soyinka, aunque reconociendo los méritos de un planteamiento que favorece la verdad antes que la justicia, destacan un límite importante: la ausencia de remordimiento y, en consecuencia, de arrepentimiento, en los responsables de los crímenes que se presentaron delante de la Comisión[73]. El planteamiento sudafricano se sitúa en el extremo opuesto de lo que sucedió en Argentina con las leyes de amnistía que quisieron instituir una amnesia impuesta desde arriba y que tuvieron el efecto negativo de impedir que la sociedad argentina se enfrentara a ese pasado y se apropiara de él a través de una operación de verdad. Estas leyes privaron también a las víctimas de la posibilidad de decir públicamente, en una instancia reconocida como lo es un tribunal y contradiciendo a los criminales, su sufrimiento y hacer este indispensable "trabajo de memoria y duelo" sin el cual quedan condenados a un duelo perpetuo, no reconocido por la sociedad. Este punto merece atención . El juicio en un tribunal es importante, pero menos para castigar a los responsables de crímenes que para permitir a las víctimas superar el trauma sufrido. Para la sociedad es también la condición para superar el pasado y evitar que éste, habiendo sido reprimido, siga atormentándola. Antoine Garapon escribe: "La rememoración ritualizada del crimen destinada a superarlo parece paradójicamente la condición del olvido. No se puede superar sino lo que se sabe, lo que se estableció oficialmente. El juicio es a la vez resultado de un trabajo de memoria e inicio de un proceso de superación. Hablemos de superación antes que de olvido. Devolver justicia es, como el verbo lo indica, la restitución al pasado de su verdad moral; es volver superable el pasado, aliviar hechos pasados para hacerles lugar en la historia (...) si se quiere pasar a la fase de olvido sin pasar por la del juicio, se corre el riesgo de hundirse en la memoria bloqueada, es decir, en el duelo patológico. El drama de la impunidad, cuando el crimen no es reconocido como crimen, lo demuestra a través de los sufrimientos específicos que provoca para la comunidad política y para las personas"[74].

La memoria social sólo vive a condición de transmitirse. Es necesario que haya, por un lado, vectores (personas físicas o instituciones) capaces de transmitirla y, por el otro, individuos dispuestos a aceptarla y a convertirse a su vez en vectores de memoria.[75] Con respecto a la memoria de las víctimas de la dictadura argentina, los vectores esenciales de su transmisión fueron y siguen siendo los familiares de las propias víctimas, así como las distintas asociaciones de defensa de los derechos humanos. El nacimiento de la asociación HIJOS constituye una etapa importante en el proceso de transmisión de la memoria: hay una continuidad entre Abuelas, Madres e HIJOS. Estas tres asociaciones forman comunidades de memoria. Lo que se esfuerzan en transmitir no es una memoria cristalizada de una vez para siempre, sino más bien un conjunto de recuerdos reconstruidos, reelaborados y reinterpretados a la luz del presente[76]: en otras palabras, una memoria viva. El problema consiste en saber de qué manera esta memoria puede ser compartida por un conjunto más amplio de personas y transformarse en un elemento importante de la memoria nacional. En Argentina, la situación respecto de la memoria de las víctimas —y de las exigencias de verdad y justicia que ésta encarna— es un termómetro que permite medir el estado de "salud democrática" del país, dado que ninguna democracia puede funcionar si oculta el pasado. La lucha por la memoria se inscribe en un vasto combate democrático, teniendo en cuenta que los sectores de la sociedad argentina que querrían imponer un silencio definitivo sobre los crímenes de la dictadura son también aquellos más hostiles a la democracia. Cuando se reflexiona sobre los crímenes atroces que la dictadura militar ha cometido, es imposible no preguntarse si esa experiencia podría repetirse. Sabemos que no hay garantías en este ámbito; pero sabemos también que transmitir la memoria de estos crímenes, dar a conocer a las nuevas generaciones este pasado trágico, es la única vía para intentar evitar una nueva caída en la barbarie. ■

**Bruno Groppo** es historiador y politólogo. Investigador del centre National de la Recherche Scientifique (Université de Paris I, Centre d'Histoire Sociale du XXe Siècle), vicepresidente de la International Conference of Labour and Social Historians. Es autor de La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay (en colaboración con Patrcia Flier).

1. Paul Ricoeur hace notar que el siglo XX puso en primer plano la culpabilidad criminal a propósito de crímenes que vuelven a entrar en la categoría de lo injustificable (Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000, p. 609).

2. Krzysztof Pomian, *La crise de l'avenir*, en Id., *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999, p. 235. Este artículo se publicó por primera vez en *Le Monde* el 26 de julio de 1980.

3 K. Pomian, *La mémoire, objet d'histoire*, en Id., Sur l'histoire, op. cit., p. 266. Sobre este punto véase Alain Brossat, Sonia Combe, Jean-Yves Potel, Jean-Charles Szurek (dir.), *A l'Est, la mémoire retrouvée*, París, La Découverte, 1990.

4 Ibid., p. 267.

5 En la senda de Maurice Halbwachs, Nora opone con determinación historia y memoria. *Entre histoire et mémoire* en Id. (dir.), *Les lieux de mémoire 1.*, París, Gallimard, 1997.

6 Los filósofos de la Escuela de Frankfurt destacaron la naturaleza contradictoria del progreso y, en particular, la tendencia de la racionalidad instrumental a transformarse en locura fatal. Ver sobre todo Theodor W. Adorno y Max Horkheimer, *La dialectique de la raison*, París, Gallimard, 1974 (1ère éd. 1944).

7 Enzo Traverso, *L'Histoire déchirée. Essai sur Auschwitz et les intellectuels*, París, Editions du Cerf, 1997.

8 Tzvetan Todorov, *Il secolo delle tenebre*, en M. Flores, op. cit.,pp. 1-8. Todorov desarrolló más sistemáticamente su reflexión sobre el siglo XX en su última obra *Mémoire du mal, tentation du bien. Enquête sur le siècle*, París, Robert Laffont, 2000.

9 Loris Zanatta escribió: "En la segunda mitad de los años setenta, Argentina conoció una época de violaciones de los derechos humanos sin precedentes en la historia nacional y casi inédita en la civilización occidental a la cual este país está vinculado históricamente". *Argentine, 1976: généalogie de la répression. Une perspective historique de l'idée de Nation au sein de l'Armée et de l'Eglise*, Histoire et Sociétés d'Amérique Latine, n. 7, primer semestre de 1998, p. 37.

10 Por este crimen Astiz fue condenado por la justicia francesa a prisión perpetua.

11 Retomo aquí la formulación de Ernst Fraenkel, *Il doppio Stato. Contributo alla teoria della dittatura*, Milán, Einaudi, 1983 [1941].

12 Astiz siguió formando parte de la marina hasta una reciente fecha.

13 Al estudiar un batallón de la policía alemana responsable de numerosas masacres en Polonia durante la segunda Guerra Mundial, Christopher Browning observó que se trataba de "hombres ordinarios". Cf. Robert Browning, *Ordinary Men. Reserve Police Batallion 101 and the Final Solution in Poland*, New York, Harper and Collins, 1992.

14 Sin embargo, una diferencia importante es que el ejército francés utilizó la tortura, las desapariciones forzadas y las ejecuciones sumarias contra poblaciones no francesas, mientras que el argentino lo hizo contra de su propia población.

15 Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la Nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1930-1943*, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

16 Mark J. Osiel, *La creazione della sovversione nella guerra sporca d'Argentina*, en M. Flores, op. cit., p. 303.

17 Alfred Grosser, *Le crime et la mémoire*, París, Flammarion, 1991, p. 88.

18 Este razonamiento olvida dos cosas: el hecho de que incluso en una guerra hay normas que respetar, y la idea de que en la guerra es necesario evitar los comportamientos que hagan imposible la reconciliación con el enemigo.

19 Marcello Flores, *Verità senza vendetta. L'esperienza della Commissione sudafricana per la verità e la riconciliazione*, Roma, Manifestolibri, 1999; Charles Villa-Vicencio, *Vivere sulla scia della Commissione per la verità e la riconciliazione del Sud Africa*, en M. Flores, op. cit., pp. 278-292.

20 Paloma Aguilar, *Giustizia, politica e memoria nella transizione spagnola*, en M. Flores, op. cit., pp. 329-350.

21 Maria Ferretti, *La memoria mutilata. La Russia ricorda*, Milano, 1993, p. 340.

22 A. Grosser, op. cit., p. 121.

23 Karl Jaspers, *El problema de la culpa*, Barcelona, Bs As, Paidos, 1998, p. 83.

24 Cf. Thomas Koebner, *Die Schuldfrage. Vergangenheitsverweigerung und Lebenslügen in der Diskussion 1945-1949*, en Th. Koebner, G. Sautermeister, S.

Schneider (dir.), *Deutschland nach Hitler*, Opladen, 1987, pp. 301-329.

25 Ver el estudio de Norbert Frei, *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*, Muchich, Deutscher T. Verlag, 1999.

26 K. Jaspers, op. cit., p. 50.

27 Ralph Giordano, *Die zweite Schuld, oder von der Last, Deutscher zu sein*, Munich, Knaur, 1990, p. 36.

28 R. Giordano, Die zweite Schuld,

29 Wolfgang Benz, *Nachkriegsgesellschaft und Nationalsozialismus. Erinnerung, Amnesie,Abwehr* en Erinnern oder Verweigern. *Das schwierige Thema Nationalsozialismus*, Wolfgang Benz y Barbara Distel (ed.), Munich, DTV, 1994.

30 A. y M. Mitscherlich, op. cit.

31 Pierre-Yves Gaudard, *Le fardeau de la mémoire*, París, Plon, 1997. Ver también Peter Reichel, *L'Allemagne et sa mémoire*, París, Odile Jacob, 1998.

32 W. Benz, art. cit.., p. 23. También Giordano, op. cit., pp. 205-214.

33 Régine Robin, *Berlin chantiers. Essai sur les passés fragiles*, París, Stock, 2001

34 R. Robin, op. cit., p. 42.

35 La obra ya citada de Alexander y Margarethe Mitscherlich, publicada en 1967, fue importante desde este punto de vista.

36 Cf. *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Cerf, 1988.

37 Daniel Goldhagen, *Les bourreaux volontaires de Hitler*, París, Seuil, 1997.

38 Victor Zaslavsky, *La memoria storica nella Russia post-sovietica: il bisogno di dimenticare e lo sforzo di ricordare*, en M. Flores, op. cit.

39 Alain Brossat, Lointain Goulag..., en Dimitri Nicolaïdis (dir.), *Oublier nos crimes. L'amnésie nationale, une spécificité française ?*, París, Editions Autrement (Serie Mutations n. 144), 1994, pp. 195-196.

40 y 41 A. Brossat, art. cit.

42 En particular, Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy*, París, Seuil, 1987

43 E. Conan y H. Rousso, *Vichy, un passé qui ne passe pas*,París, Gallimard 1996

44 Todo el sistema gubernamental francés estuvo al servicio del colaboracionismo. Esta realidad fue la más difícil de admitir y se pretendió ocultar.

45 Cf.Annette Wieviorka, *Déportation et génocide*, París, Plon, 1992.

46 E. Conan y H. Rousso, op. cit., p. 29.

47 Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy*, op. cit..

48 A. Wieviorka, op. cit

49 Christian Delacampagne. *Histoire de la philosophie au XXe siècle*, París, 1995,

50 Hasta el 10 de junio de 1999, cuando el Parlamento francés reconoció como «guerra» los acontecimientos de Argelia,habían sido calificados oficialmente como «operaciones de mantenimiento del orden».

51 Sobre el carácter extendido de la tortura véase en particular la tesis de Raphaëlle Branche, *L'armée et la torture pendant la guerre d'Algérie. Les soldats, leurs chefs et les violences illégales*, París, Institut d'Etudes Politiques, 2000.

52 Recordemos, entre otros, los nombres de Henri-Irénée Marrou, Hubert Beuve-Méry, Pierre-Henri Simon, Claude Bourdet, Pierre Vidal-Nacquet, Henry Alleg, París de la Bollardière, Paul Teitgen, André Frossard.

53 Cf. «Une opinion informée mais largement indifférente», Le Monde, 2.12.2000.

54 Organisation de l'Armée Secrète, organización terrorista clandestina, opuesta a la independencia de Argelia y responsable de numerosos asesinatos.

55 Cf. Benjamin Stora, *La gangrène et l'oubli. La mémoire de la guerre d'Algérie*, París, La Découverte, 1991.

56 Benjamin Stora, *Cicatriser l'Algérie. Entretien avec Benjamin Stora*, en D. Nicolaïdis (dir.), op. cit..

57 Esta Declaración, suscripta por Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, precisaba que Austria había sido el primer país libre en ser víctima de la política hitleriana de agresión, e indicaba como uno de los objetivos principales de los Aliados el restablecimiento de la independencia austríaca.

58 Ulf Brunnbauer (dir.), *Eiszeit der Erinnerung*. Vom Vergessen der eigenen Schuld, Vienne, 1999.

59 Anton Pelinka, Prólogo a Reinhold Gärtner / Sieglinde Rosenberger, Kriegerdenkmäler. Vergangenheit in der Gegenwart, Innsbruck, 1991.

60 Sobre esto ver Hamburger Institut für Sozialforschung (ed.), Eine Ausstellung und ihre Folgen. Zur Rezeption der Aussstellung *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*. Hamburgo, Hamburger Edition, 1999.

61 Henry Rousso, *Le statut de l'oubli*. En Academie Universelle des Cultures, *Pourquoi se souvenir?*, París, Grasset, 1999, p. 112.

62 Marcello Flores, «Introduzione», en M. Flores (dir.), op. cit., pp. XI sg. H. Rousso, *Le statut de l'oubli*, art. cit., pp. 109-110.

63 Maria Ferretti, *La mémoire refoulée. La Russie devant le passé stalinien*, en Marc Ferro (dir.), *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, París, Hachette, 1999, p. 268.

64 Marcelo y Maren Viñar destacan que una de las consecuencias del terror, es «la terrible fractura social entre los que no quieren acordarse y los que no pueden olvidar» (Marcelo Viñar y Maren Ulriksen Viñar, *Dal Sudamerica: terrorismo di Stato e soggettività*, en M. Flores (dir.), op. cit.

65 M. Viñar et M. Ulriksen Viñar, art. cit., p. 206.

66 Maurizio Bettini, *Sul perdono storico. Dono, identità, memoria e oblio*, en M. Flores (dir.), op. cit., p. 43.

67 Sobre esta problemática, véase Tzvetan Todorov, *Les abus de la mémoire*, París, Arléa, 1995. *Politiques de l'oubli*, Le Genre humain, número dirigido por Nicole Loraux, otoño de 1988 ; *La mémoire et l'oubli*, Communications, número dirigido por Nicole Lapierre, 49, 1989; Le *poids de la mémoire*, Esprit, n. 193, julio de 1993 ; Nicole Loraux, *L'oubli dans la mémoire d'Athènes*, París, Payot, 1997 ; Harald Weinrich, Léthé. *Art et critique de l'oubli*, París, Fayard 1999.

68 P. Ricoeur, op. cit.,p 588 sg.

69 Sophie Pons, *Apartheid. L'aveu et le pardon*, París, Bayard, 2000, p. 13.

70 S. Pons, op. cit., pp. 17 s.

71 P. Ricoeur, op. cit., pp. 627-628. P*as d'amnistie sans vérité*, entrevista con el arzobispo Desmond Tutu, Esprit, diciembre de 1997, p. 66.

72 P. Ricoeur, op. cit., p. 629.

73 Wole Soyinka, *Thérapie collective de la mémoire en Afrique du Sud*, en Pourquoi se souvenir ?, cit., p. 219.

74 Antoine Garapon, *La justice et l'inversion morale du temps*, en Pourquoi se souvenir ?, cit., p. 122.

75 «Cuando decimos que un pueblo 'se acuerda', decimos realmente que se transmitió activamente un pasado a la generación presente y que se lo aceptó dotado de sentido. Al contrario, un pueblo 'olvida' cuando la generación que está en posesión del pasado no lo comunica a la generación siguiente o cuando esta último niega lo que lo recibe y no lo transmite a su vez, lo cual viene a ser finalmente lo mismo». (Yosef H. Yerushalmi, *Riflessioni sull'oblio* in AA.VV., Usi dell'oblio, Parma, Pratiche, 1990, p. 14).

76 Maurice Halbwachs destaca que «el recuerdo es en gran medida una reconstrucción del pasado con la ayuda de datos extraídos del presente» (Maurice Halbwachs, La mémoire collective, París, Albin Michel, 1997 (1ère éd. 1950),

# Biblioteca

## Un golpe a los libros

Represión a la cultura durante la última dictadura militar.
Judith Gociol y Hernán Invernizzi. Eudeba

Veintiséis años después del Golpe militar de 1976, no caben dudas de que el terrorismo de Estado, implementado por la dictadura fue un plan sistemático. A partir de esta constatación, este libro propone que la desaparición de personas corresponde el proyecto, también sistemático, de desaparición de símbolos, discursos y tradiciones. Si por una parte estaban los campos de concentración, las prisiones y los grupos de tareas; por otra, se afianzaba una compleja infraestructura de control cultural y educativo: equipos de censura, análisis biográficos, memos de inteligencia, abogados, intelectuales, académicos, planes editoriales, decretos, presupuestos... Centrada en lo ocurrido con los libros, autores y editoriales, esta investigación se apoya en gran cantidad de documentos confidenciales y secretos, elaborados por el entonces gobierno de facto, que se presentan públicamente por primera vez.

## Los trabajos de la memoria

Elizabeth Jelin. Siglo XXI Editores.

Este volumen inicia una serie de libros "Memorias de la Represión" que pone a disposición del público los resultados de un programa desarrollado por el Panel Regional de América Latina (RAP) del Social Science Research Council, con el propósito de promover la investigación y la formación de investigadores sobre las memorias de la represión del Cono Sur. Bajo la dirección de Elizabeth Jelin y Carlos Ivan Degregori, el programa apoyó mediante becas a cerca de 60 jóvenes investigadores de Argentina, Brasil, Chile, Paraguay, Perú, Uruguay y EE.UU.

En los sucesivos capítulos de este primer libro, Jelin aborda el tema de la memoria en el mundo contemporáneo; las luchas políticas por la memoria; Historia y memoria social; Trauma, testimonio y 'verdad'; El género de las memorias; Transmisiones, herencias y aprendizajes. Tópicos que, sin dudas, estimularán el debate sobre el tema.

## Del estrado a la pantalla: Las imágenes del Juicio a los ex comandantes en Argentina

Claudia Feld. Siglo XXI Editores.

Este segundo título de la serie "Memorias de la Represión" indaga sobre el Juicio a las Juntas Militares, en 1985. Según señala Héctor Schmucler, quien prologa la edición: "El mérito sorprendente de la investigación (...) consiste en haber encontrado los atajos precisos por los que se movieron las imágenes televisivas de un juicio sin precedentes en la historia de la Argentina. El recorrido, condicionado por claras situaciones políticas, configura un ejemplar muestrario de la acción que puede ejercerse para promover estructuras de memoria colectiva. A estas conductas suele llamarse 'políticas de memoria', al margen de la voluntad o conciencia de los actores que la ejecutan".

## Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas "in-felices"

Elizabeth Jelin (comp.) Siglo XXI Editores

Este tercer título de la serie incluye una selección de ensayos de Azun Candina Polomer; Federico Lorenz, Aldo Marchesi, Myriam González Vera, Alessandra Carvalho y Ludmila Da Silva Catela.

"Este es un libro sobre aniversarios y fechas de conmemoración ligadas a las dictaduras recientes en los países del Cono Sur. Se trata de fechas en que el pasado se hace presente en rituales públicos, en que se activan sentimientos y se interrogan sentidos, en que se construyen y se reconstruyen las memorias del pasado", señala Jelin en el prólogo.

## La ficción de la historia

Osvaldo Gallone, Alción Editora.

Tomando el caso de seis narradores argentinos contemporáneos, Gallone establece un marco de análisis riguroso, desde el cual observa el entramado sobre el que se asientan las sutiles correspondencias entre la ficción y la historia. Las filiaciones de las obras estudiadas —las de Tomás Eloy Martínez, Vicente Battista, Rodolfo Rabanal, Mario Goloboff, Juan Martini y José Pablo Feinmann muestran un hilo de coherencia sobre el que se organiza la totalidad del texto, pensado como una manera de dar cuenta del modo en que la lengua literaria se expresa en un tiempo histórico concreto.

## Cielos de Espanto

Aldo Zargani. Losada.
Traducción: Roberto Raschella.

Se trata de una autobiografía novelada donde el autor recuerda su infancia, entre 1938 y 1945, época en que en Italia entraron en vigencia las leyes raciales fascistas que condenaron a los judíos a la persecución y el horror. El libro introduce al lector en el mundo de los judíos italianos, a través de la historia familiar, a lo largo de "siete años de desgracias": años de la persecución y el miedo, pero a la vez tiempo mágico de la infancia del narrador.

**Los libros recibidos para esta sección son donados a la Biblioteca de la Comisión por la Memoria donde pueden ser consultados.**

Entre la memoria y la Historia: notas al margen de un libro de Vezzetti

# ¿Dónde encontrar la verdad?

**Tomando como eje la relación entre la memoria y la historia y la pregunta en la que ambas desembocan, sobre la verdad, el autor se refiere tanto al libro de Hugo Vezzetti, Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina, recientemente editado por Siglo XXI, como a los comentarios del mismo publicados en el número anterior de Puentes, escritos por Hilda Sabato y Miguel Dalmaroni.**

por Héctor Schmucler

Aunque hace mucho que la relación entre verdad e historia ha dejado de ser apacible, ningún apunte sobre la cuota de arbitrariedad que entraña su construcción, ni el señalamiento de que siempre es precaria la certidumbre que puede ofrecernos, impide aceptar que en nuestro tiempo, "historia" designa un trabajo de indagación sobre las acciones de los hombres en el pasado.Ya en el origen griego está, primero, la voluntad de saber. De *histor*, "sabio", "conocedor", se derivará (la) historia. La historia sería un producto de aquel que trabaja para conocer. Por ser necesariamente un conocimiento adquirido mediante investigación, una información adquirida mediante busca, "historia" remite a un espacio en el que la idea de verdad resulta ineludible. A la historia se llega; exige opciones entre series de hechos igualmente recuperables.

Los conocimientos espontáneos no pertenecen al campo de la historia: no hay una historia, por ejemplo, de la necesidad de comer; aunque puede haberla de las formas en que los hombres la han satisfecho o de los conflictos humanos que se produjeron a causa del hambre. La historia es sólo de los seres humanos y en esto coincide con lo que llamamos "cultura". Cuando se habla de otras historias (de los animales, del universo, de las ideas) se alude, en realidad, a las formas en que los hombres se vinculan con esos mundos. De allí que la historia sea inquietante. Tan inquietante como son los seres humanos que la inventaron. "Para los que se formaron y educaron en el Occidente moderno, resulta difícil comprender que el interés por la historia no sea un don innato de la civilización humana", destaca Yosef Yerushalmi.[1]

En las sociedades primitivas (cabría preguntarse si sólo en ellas) el tiempo mítico era lo único real. La historia, que es indisociable de alguna forma de sucesión temporal, era ajena a su percepción del mundo. No debería resultarnos extraño: "Muchas culturas, tanto en el pasado como en el presente, –agrega Yerushalmi– no encuentran una virtud particular en la dimensión histórica y temporal de la existencia humana". Entonces, ¿para qué la historia? Heródoto, a quien Cicerón llamó "padre de la historia", comienza su obra clásica[2], escrita probablemente hacia los años 440 a.C., declarando su objetivo: "Esta es la exposición del resultado de las investigaciones de Heródoto de Halicarnaso para evitar que, con el tiempo, los hechos humanos queden en el olvido y que las notables y singulares empresas realizadas, respectivamente, por griegos y bárbaros –y, en especial, el motivo de su mutuo enfrentamiento- queden sin realce. Trabajo, pues, para que la memoria conserve los actos humanos dignos de destacarse (tanto de los propios "griegos" como de los "bárbaros", los otros) y el por qué de las guerras que protagonizaron. El énfasis está puesto no especialmente en los hechos, sino en las condiciones que hicieron posible esos hechos."

Para Yosef Yerushalmi la historia judía, en la que todo adquiere sentido por la presencia de un destino marcado por Dios, se funde con el recuerdo "de las intervenciones de Dios en la historia y de las reacciones –buenas o malas– que suscitaron entre los hombres". No se trata del legítimo deseo de salvar del olvido los grandes e importantes acontecimientos nacionales (muchos de los relatos de la Biblia judía, por otra parte, sólo tienen el propósito de aplastar el orgullo de la nación), sino de "evitar el olvido de lo esencial, cómo ocurrió el pasado".

Si para Heródoto la historia era depositaria, sustancialmente, de los "motivos" de los enfrentamientos (entre los que no se descarta la enigmática presencia de los dioses), para los judíos la historia se resuelve en la irrenunciable memoria del lugar de Yahveh en el pasado y que hace posible el presente: "Cuando Yahveh tu Dios te haya introducido en la tierra que a tus padres Abraham, Isaac y Jacob juró que te daría: ciudades grandes y prósperas que tú no edificaste,/ casas llenas de toda clase de bienes, que tu no llenaste, cisternas excavadas que tú no excavaste, viñedos y olivares que tú no plantaste, cuando hayas comido y te hayas saciado,/ cuida de no olvidarte de Yahveh que te sacó del país de Egipto, de la casa de servidumbre" (Dt 6,10-12). En el espacio teológico, lo histórico puede tener un lugar avasallante. A la historia secular, por su parte, le ha resultado difícil hasta ahora desprenderse de sus impregnaciones trascendentes: la oscura presencia de algún sentido sigue presente aun en las más empecinadas negaciones del mismo. La Biblia judía (con ella o contra ella se ha edificado una fracción considerable del pensamiento de Occidente) es la historia de los hechos que atraviesan la marcha hacia un objetivo que estuvo presente en la Creación. La historia –lo que ocurrió y lo que ocurre– está signada por una finalidad que trasciende a los acontecimientos en particular; y estos, a su vez, adquieren algún sentido desde la visión del objetivo redencional que alienta y justifica la existencia humana. La historia bíblica está impregnada de teleología: cada hecho evoca, aunque no necesariamente en sentido unívoco, el lugar de llegada. Pero todo –que es creación divina– se realiza en la tierra y de allí la carnadura histórica del plan original. Conocer a Dios, en el Antiguo Testamento, es conocer sus actos. Pero es primordial la memoria del lugar de llegada.

> "Estrictamente se trata de una disputa por algo que ninguna elaboración teórica ha resuelto y mucho menos aplacado: ¿dónde encontrar la verdad? La pregunta por la verdad, a pesar de las argumentaciones con que pretendimos relativizarla, regresa obsesivamente."

## Historia para la memoria

En cualquiera de las hipótesis que hemos ensayado, la historia parece existir para que sea posible la memoria. Sin embargo, aunque la memoria sea el excepcional dominio donde los seres humanos se reconocen a sí mismos, pocos saberes han sido tan sospechados en nuestro tiempo como los que corresponden al orden de la historia. No faltan razones: resulta intranquilizadora la posibilidad de poder afirmar que hay cosas que sucedieron (en un sentido la historia es la pura conciencia del acaecer humano) y que ningún relato las pueda expresar inequívocamente. Si la historia en cuanto relato resulta inconstante, se borra la garantía de la existencia misma de los hechos y –salvo hasta ahora– el espíritu humano no tolera concebir que se pueda aceptar como referente real algo que, sustancialmente, no es[3]. Otra cosa es admitir que la convicción de que las cosas existieron depende de un acto de fe.

Precisamente, para oponerse al valor de la pura creencia, los historiadores procuran acreditar sus dichos con documentos. Pero aun así, inevitablemente ciertas abstracciones están detrás del gesto de historiar. Son abstracciones las que le otorgan sentido a los documentos que se muestran y que, antes, han inclinado al investigador a buscar una y no otra constancia, a posar su interés –sus ojos, sus oídos, su voluntad– en la prueba de aquello que desea afirmar. A esos valores abstractos podríamos entenderlos como convencimientos éticos. No lejos de este postulado y marcadamente cerca de la teología, para Walter Benjamin[4] la reconstrucción del pasado –una manera de nombrar la historia- se instala en un "tiempo-ahora": "Articular históricamente lo pasado no significa conocerlo 'tal y como verdaderamente ha sido'. Significa adueñarse de un recuerdo tal y como relumbra en el instante de un peligro". Y si bien el "lugar" donde se construye la historia es necesariamente el tiempo, no se trata de un tiempo homogéneo y vacío donde los hechos se suceden. El tiempo de la historia se confunde con el de la memoria.

Para Benjamin existen "estados de excepción" que se repiten. Un relampagueo en el pasado que nos ilumina para la comprensión de lo que relampaguea en el presente. "Existe, subraya Benjamin, una cita secreta entre las generaciones que fueron y la nuestra". Hay acontecimientos del pasado que miran al presente, pero no como continuidad y tampoco como causa. Forman, más bien, "constelaciones", afinidades al margen del tiempo cronológico. La memoria hace presente el pasado; parece repetir el tiempo. La construcción histórica instituye los tiempos y vincula los hechos a través del espíritu "redentor" que los anima: presencia "mesiánica" de los hechos que Benjamin convoca para ratificar, justamente, su visión de una historia materialista.

Las cosas que ocurrieron (la historia) están allí, indiferentes, en la medida que no tienen conciencia de sí mismas. La his-

toria entendida como relato, en cambio, no podría soportar la descripción de la vida que propone el *Macbeth* de Shakespeare: "un cuento narrado por un idiota, lleno de ruido y furia, que no significa nada". El que indaga, el "histor", otorga algún sentido —o al menos una relación causal— entre los hechos que ha decidido poner de manifiesto. El tipo de elección ya es una forma explicativa de lo acontecido. Para el relato de la historia las explicaciones no sólo son posibles; también son deseables.

La memoria, en cambio, se justifica por su sola presencia: ni exige, ni acepta explicaciones. En nuestra experiencia contemporánea, mientras los tiempos míticos son impensables y el predominio de la explicación histórica resulta indefendible, historia y memoria se entrelazan, a veces se confunden. Disputan espacios de los cuales ambas creen tener derechos adquiridos. No tendrían por qué oponerse pues cohabitan la imaginación de los hombres de nuestra época, al menos en los herederos de Occidente; y, sin embargo, la tensión es interminable. Estrictamente se trata de una disputa por algo que ninguna elaboración teórica ha resuelto y mucho menos aplacado: ¿dónde encontrar la verdad? La pregunta por la verdad, a pesar de las argumentaciones con que pretendimos relativizarla, regresa obsesivamente. Nos resulta difícil (que en este caso puede ser sinónimo de doloroso) vivir sin algunas certezas. El antiguo expediente por el cual se encuentran ideologías en conflicto allí donde chocan puntos de mira contrapuestos, tal vez ignoren la decisiva porción de misterio que alienta el existir humano, pero permiten un respiro en medio del "ruido y la furia". Si se pudieran evitar los determinismos simplificantes, bien se podrían llamar ideologías a las maneras de comprender el mundo por parte de distintas fracciones humanas. La memoria, en sí, se despreocupa de la verdad. La llamada "lucha por la memoria" tal vez podría traducirse como el conflicto entre ideologías, voluntades (colectivas o individuales) que intentan establecer su propia verdad.

### Las disputas argentinas sobre la memoria

El libro de Hugo Vezzetti, *Pasado y Presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*[5] (y algunos comentarios aparecidos en la revista *Puentes*)[6], me inducen a repasar el vocabulario, a recorrer los significados que han ido cargando ciertas palabras a lo largo de mi propia experiencia. Los resultados no dejan de sorprenderme en el mismo sentido que a veces uno se siente extrañado de su biografía. Tal vez, me digo, los que tenemos dificultad para separar biografía y bibliografía (porque vivimos un tiempo que no las separaba) nos encontramos en un momento propicio para recapitular, es decir, para imaginar una síntesis que busque nuevo ordenamiento a los capítulos de nuestro íntimo aprendizaje. El propósito, en todo caso, es no rendirse. ("Capitular" también puede evocar el acta que consagra la derrota).

El primer mérito de *Pasado y Presente* es hacer posible comentarios divergentes como los que ha suscitado y que encienden polémicas iluminadoras en un espacio muchas veces marcado por la repetición opaca de lugares comunes y reiteradas consignas. Hugo Vezzetti pone sobre el escenario actual de la Argentina temas sustanciales que permanecen apenas esbozados, conflictos que circulan casi secretamente en la trama colectiva y que emergen en momentos inoportunos, interrogantes cuyas respuestas no hacen más que alejarse y que tal vez nunca sean alcanzadas. ¿Qué pasado se filtra entre las grietas que la Argentina actual muestra desordenadamente y a veces sin pudor? ¿Cuáles son las historias que se niegan a ser contadas? ¿Qué narraciones circulan sólo para ocultar algunas regiones del pasado?

"¿Qué pasado se filtra entre las grietas que la Argentina actual muestra desordenadamente y a veces sin pudor? ¿Cuáles son las historias que se niegan a ser contadas? ¿Qué narraciones circulan sólo para ocultar algunas regiones del pasado?"

Alrededor de preguntas como éstas —aunque no formuladas en idénticos términos— se ordena el cuidadoso razonamiento[7] de Vezzetti. Perplejos, los argentinos comprobamos que ninguna memoria colectiva[8] nos empuja a reconocernos como conjunto. Sin duda existen cosas, nombres, fantasmas, que están en la memoria de casi todos. Pero esa coincidencia no configura una memoria colectiva, un relato que nos identifique como grupo. Oscilamos, con facilidad admirable, entre una mirada orgullosa que proclama nuestra excepcionalidad ("granero del mundo", "crisol de razas", "bandera jamás atada al carro de ningún triunfador de la tierra", "Maradona ayudado por la mano de Dios") a la decepcionante convicción de que, literalmente, el nuestro es un país sin destino. Ambos excesos valorativos han dificultado, con frecuencia, el reconocimiento de imágenes que podrían ayudar a establecer criterios menos inútilmente taxativos.

La inseguridad y los temores del presente, más que las generalidades que aluden a la crisis, pueden resultar propicios para reconsiderar palabras que otros temores y otras complacencias han mantenido indiscutidas hasta ahora. La puesta a prueba de los deslizamientos entre verdad y memoria es un ejercicio de fortalecimiento moral. A la vez, pueden resultar tan mortificantes como suele ser el hecho de repensar el pasado.

En contraste con la perplejidad, y tal vez para doblegarla, en la Argentina aparece con frecuencia una voluntad fundacional. El arco que se extiende entre la dictadura implantada en 1976 y el ascenso del gobierno elegido en las elecciones de 1983 se asienta en dos voluntades fundantes. La dictadura pretendió reorganizar el país y se valió de un método abominable: el "terrorismo de Estado". El gobierno presidido por

Raul Alfonsín, en las antípodas, imaginó ordenar para siempre la República bajo el imperio de una legalidad democrática que tuvo como símbolo la Constitución Nacional. Ambos lograron parte de sus propósitos y ambos presenciaron sus propios descalabros. Cualquier intento de explicación de por qué las cosas sucedieron de esta manera exige reconocer las múltiples contradiciones sobre las que se asienta el conjunto social argentino y los irregulares caminos por donde circulan las convicciones de sus habitantes. Vezzetti opta por un mirador desde donde reconocer el terreno: "Este libro trata sobre un acontecimiento y una experiencia únicos, el terrorismo de Estado(...) Trata sobre el ciclo de la criminalización del Estado, sobre sus condiciones y sus efectos hacia el presente". El lugar de observación elegido no es meramente simbólico: "esa etapa de extrema barbarie expuso rasgos presentes en la sociedad". El libro se demora, con audacia, en señalar los lugares donde esos "rasgos" se hacen visibles y en proponer, de acuerdo a la percepción del autor, claves de interpretación sobre la historia que culminó en el "terrorismo de Estado"[9]. Es previsible que los "rasgos" que se describen no resulten siempre gratos a quienes piensan los males del mundo como la consecuencia de la acción de algunos malvados sobre la inocente bondad espontánea de la mayoría.

**Héctor Schmucler** es coordinador del área de Estudios Sociales sobre la Comunicación del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba; director de la Maestría de Comunicación y Cultura Contemporánea del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba, investigador del CONICET y autor de "Memorias de la comunicación".

1 Zakhor, Jewish *History and Jewish Memory*, University of Washington Press, 1982.

2 Historia, ed. Gredos, Madrid, 2000.

3 La expresión "realidad virtual"es disparatada. Para que se haya instalado en el lenguaje ha tenido que mediar una profunda transgresión cultural: la aceptación de que la representación carezca de algo representado, de que nuestra observación se aplique a algo sin ser.

4 "Tesis sobre filosofía de la historia", en *Discursos interrumpidos I* , Taurus, Madrid, 1973.

5 Siglo veintiuno editores Argentina, Buenos Aires, 2002.

6 Ver *Puentes*, Nro 7, julio 2002, los artículos "Una reflexión sobre la sociedad" de Hilda Sábato y "La voluntad democrática" de Miguel Dalmaroni.

7 Miguel Dalmaroni en su comentario en la revista *Puentes* (op.cit.) vertebra buena parte de sus apreciaciones en lo que considera una inusual "autoexigencia" de Vezzetti para construir "argumentos". Es retenido el lenguaje con que Dalmaroni hace presente su crítica a la "pasión razonada" que, en su criterio, permea el libro. La molestia del autor de la nota por la adscripción a la "teoría crítica" que descubre en el autor del libro, lamentablemente no se refuerza con la explicitación de criterios por los cuales resulta insuficiente tal adscripción. Me interesa señalar este hecho no para tomar partido sobre las virtudes o defectos de una escuela de pensamiento (al margen de las consideraciones a que podría dar lugar la presentación que Dalmaroni realiza de los postulados de esa tal escuela) sino para subrayar que en la disputa por la memoria está básicamente en juego una concepción de la historia que, por razones que hemos sugerido llamar ideológicas, intenta establecer su vigencia hegemónica, es decir, imponerse sobre otras. Es, claramente, la entendible pugna de la política.

8 Hilda Sábato (op.cit.), que subraya la importancia de las propuestas de Vezzetti, destaca el lugar prominente que ocupa el Juicio a las Juntas y la difusión del Nunca Más –tema largamente considerado en el libro- para la elaboración de representaciones sobre los años de la dictadura. Si mal no interpreto, el autor de Pasado y Presente se muestra menos convencido que la comentarista sobre el hecho de que esas representaciones, surgidas a partir de la instauración democrática, construyeran una "memoria colectiva". Con esta anotación sólo trato de destacar la importancia que adquiere nombrar de una u otra manera los fenómenos vinculados a la memoria. El peso del llamado "imaginario colectivo" (cuyo parentesco con la "memoria colectiva" es presumible) en la constitución de los "climas de época" , parece considerable. A su vez, los "climas de época" (cuyo análisis aún es precario) no sólo constituyen un factor decisivo para cualquier estudio político sino que aparece como un aspecto sustancial a tener en cuenta en la indagación histórica que no se resigne a la anacronía.

9 El propio concepto de "terrorismo de Estado" (al que Vezzetti pareciera otorgarle una clara definición) es impreciso y sujeto a disputas políticas que le otorgan límites y alcances diferentes. En un artículo esclarecedor, "Políticas de la Memoria y Formas de Clasificación Social. ¿Quiénes son las 'víctimas del terrorismo de Estado' en la Argentina?", publicado en Bruno Groppo- Patricia Flier (comp.), La imposibilidad del olvido, ed. Al Margen, La Plata, 2001, Virginia Vecchioli muestra ciertas discusiones alrededor de la construcción del Monumento a las víctimas del terrorismo de Estado, que se erigirá en la ciudad de Buenos Aires. La documentación utilizada para el análisis que propone este trabajo surgió fundamentalmente de las reuniones y elaboraciones de la comisión especial designada para este efecto y donde participan un extenso espectro de instituciones vinculadas a los Derechos Humanos, órganos legislativos, y representantes de víctimas o parientes de las mismas. La investigación realizada por Virginia Vecchioli demuestra la "imposibilidad de afirmar la existencia de 'víctimas' independientemente de los agentes que le dan existencia social (abogados, familiares, militantes, legisladores), así como la imposibilidad de comprender el sentido de esta categoría fuera de las luchas sociales que dichos agentes sostienen con el propósito de otorgarle un sentido exclusivo". Está claro que no se trata de los hechos criminales derivados de la acción estatal, sino del sentido 'político' que se intenta heredar a las generaciones siguientes. En la disputa por establecer la categoría de 'víctimas', de todas maneras, se ponen en juego versiones encontradas de lo que se denomina 'terrorismo de Estado'. Tampoco es menor la disputa para establecer los criterios a fin de determinar el número y el listado de las 'víctimas'. La persistencia de algunos en fijar en 30.000 el número de desaparecidos, por ejemplo, podría llevar a la casi macabra situación de que se dispongan 'lugares' en la espera de nombres que es posible que jamás se inscriban porque el número real de desaparecidos sea sustancialmente menor a esos 30.000. Podría consumarse una especie de doble desaparición a la que, por razones insostenibles, se prestarían personas que, sin duda, están animadas de defendibles intenciones.

# Comisión Provincial por la Memoria

## En abril se inicia la Maestría en Historia y memoria

**La Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de La Plata, junto con la Comisión Provincial por la Memoria lanzan una carrera de postgrado en Historia y memoria.**

La maestría será de un total de 540 hs. Las materias obligatorias serán "Historia y Memoria", "Antropología de la memoria y la identidad", "Política y sociedad en la Argentina contemporánea", "Estudios Culturales", "Teoría Social contemporánea" o "Sociología Política" (a elegir entre las dos por el alumno), "Historia comparada del siglo XX" o "Historia comparada de América Latina en el siglo XX" ( a elegir entre las dos por el alumno), más tres de claro corte metodológico.
El resto de los seminarios o cursos que se ofrecerán serán dictados por docentes de planta de la facultad y por profesores invitados con reconocida trayectoria, méritos de investigación y docencia superior que propondrán contenidos asociados con su producción y tendrán una orientación específica a su campo de investigación. Aunque el diseño final de la oferta se delineará según las matrícula de la carrera, se contemplarán los siguientes ejes de orientación temática:

- Profundización en torno a la investigación histórica.
- Abordaje de problemas asociados con contenidos y formas jurídicas de significación y procesamiento del pasado.
- Indagación y problematización de las formas de conservación y transmisión del pasado desde las políticas públicas: educación, archivos, museos.

Ya han confirmado el dictado de seminarios los profesores: Andreas Huyssen, Alessandro Portelli, Luisa Passerini, Enzo Traverso, Marcello Flores, Bruno Groppo, Ludmila Da Silva Catela, Ricardo Forster y Hugo Quiroga, entre otros.

## Los jóvenes recuperan el pasado

**A pesar de la falta de expectativas y de la incertidumbre del presente, ochocientos alumnos de 25 escuelas de la provincia de Buenos Aires que participan del Programa "Jóvenes y Memoria. Recordamos para el futuro", continúan el trabajo iniciado este año.**
Los doscientos cincuenta alumnos que participaron junto a sus docentes del III Encuentro Internacional realizado en setiembre, mostraron su interés por los temas de las mesas de debate, asistiendo, preguntando y debatiendo después con sus compañeros. Hubo espacio para el intercambio, para dialogar sobre los proyectos, los obstáculos, las motivaciones, los miedos y las ganas. También se realizó la capacitación específica que requerían para avanzar en sus proyectos: realización de videos, murales, libros, puestas en escena y archivos.
Durante los meses de noviembre y diciembre, cada escuela convocará a su comunidad a un acto donde mostrará el trabajo, la investigación minuciosa, los datos; pero también la reflexión, la crítica, la emoción, las razones de este presente que los llevó a indagar en el pasado. Es interesante marcar cómo las distintas comunidades se vieron atravesadas por la iniciativa, generando controversias, rechazo o apoyo.
El 7 y 8 de diciembre será el encuentro final. En Chapadmalal, los quinientos alumnos y los docentes integrantes del programa compartirán dos días de debate y formación, donde podremos mostrar los resultados y poner en común la riqueza del proceso.

## En la pantalla

A fines de noviembre, la Comisión por la Memoria auspicia el IV FESTIVAL DE CINE Y VIDEO DE DERECHOS HUMANOS que organiza el Instituto Multimedia DerHumALC. La finalidad del Festival es la de promover un foro de reflexión y debate que lleve a primer plano la cuestión de los Derechos Humanos en el mundo a través de la representación artística contenida en la realización de films y videos de producción independiente. Se proyectarán "Algunos que vieron", de Luis Puenzo; ABCD, de Federico Serafín; Children from the Abyss, de Pavel Chukhraj; Que se vayan todos, AAVV; I Remember, de Andrzej Wajda; Juguetes, de Estaban Puenzo; El Juicio a las Juntas. El Nuremberg argentino, de Miguel Arias; Los chicos y la calle, de Carlos Echeverría. Para mayor información comunicarse con la Comisión, al 0221-4895191. O en www.comisionporlamemoria.org.

## Inagura el museo

A mediados de diciembre se inaugurará el Museo de Arte y Memoria, en una casa cedida por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires en la calle 9 Nro. 984 (entre 51 y 53). Para la ocasión se realizará una muestra con obras de Carlos Alonso, Luis Felipe Noé, León Ferrari, Diana Dowek, Claudia Contreras y Edgardo Vigo, entre otros y se realizará la presentación general de esta nueva institución. Entre otros proyectos, el Museo albergará en forma permanente las obras que conforman la serie "Manos Anónimas", cedida en usufructo por Carlos Alonso a la Comisión por la Memoria.

## Fe de Erratas

En el número 5 de la revista *Puentes*, Manuel Garretón publicó un artículo titulado "Saldar las cuentas con el pasado", tomado de una ponencia presentada en el II Encuentro Internacional sobre Construcción de la Memoria Colectiva, realizado en agosto del 2001. Por un error de edición fue publicada la desgrabación de la charla, sin las correcciones que hizo posteriormente el autor y se deslizaron los siguientes erratas:

En el primer párrafo donde se lee: "Cuando hablamos del Estado represor suponemos que la repuesta de la sociedad a ello tiene que ver, a la vez, con el régimen y su contenido. El régimen refiere a una situación con mayor o menor nivel de institucionalización que afecta los tres niveles de **acción colectiva**"; debe leerse: "Cuando hablamos del Estado represor suponemos que la repuesta de la sociedad a ello tiene que ver, a la vez, con el régimen y su contenido. El régimen refiere a una situación con mayor o menor nivel de institucionalización que afecta los tres niveles de **coacción colectiva**".
En el quinto párrafo donde se lee: "Cuando nos planteamos entonces el tema del Estado represor, o la represión **no se puede ubicar** en el contexto socio-histórico...", deberá leerse "Cuando nos planteamos entonces el tema del Estado represor, o la represión, **no se puede solamente ubicar** en el contexto socio-histórico..."
Más adelante cuando se nombra a "Pinochet y Trujillo o Somoza o **Villamil**...", deberá leerse "**Idi Amín**".
Donde se lee: "La Comisión **RETI**, el equivalente a la Comisión Sábato", debe leerse: "Comisión **Rettig**". Donde se lee: "**Patricio Alwyn**", deberá leerse "**Patricio Aylwin**". Donde se lee: "**canciller Blanco Atelier**", deberá leerse: "**canciller Orlando Letelier**".
Desde ya pedimos disculpas al autor de dicho artículo y a los lectores.

## Actividades de la Red Provincial por la Memoria

Taller, muestra y teatro en Vedia. El viernes 18 de octubre se realizó en la ciudad de Vedia una Jornada por la Memoria, organizada por los alumnos de las escuelas polimodales que participan del programa "Recordamos para el Futuro" y la Comisión local por la Memoria. Se dictó el taller de Edición de Texto del que participaron 40 jóvenes que trabajan en la realización de un libro sobre el pasado reciente de esa localidad. Luego se inauguró en la Biblioteca Pública Municipal y la muestra "Los Paisajes de la Memoria". Finalmente, un grupo de alumnos de la escuela de Bellas Artes de la Universidad de la Plata, representó la obra "A propósito de la duda", perteneciente al ciclo de Teatro x la Identidad. Participaron de esta actividad más de 400 personas.

Marca de la Memoria en Rojas. El Foro por la Memoria local instaló una placa en homenaje a las víctimas de la represión y el terrorismo de estado de la ciudad de Rojas, en el hall de entrada de la Municipalidad. El acto se realizó en el marco de la presentación del trabajo de los alumnos de la escuela Nicolás Avellaneda que participan del programa "Recordamos para el Futuro".

Feria del Libro en Pergamino. Desde el 26 de octubre y hasta el 3 de noviembre se realizó en Pergamino la Feria del Libro. Las dos escuelas que participan del programa "Recordamos para el Futuro" hicieron la presentación de sus trabajos. El miércoles 30 Estela de Carlotto se entrevistó con los alumnos y brindó una charla abierta a la comunidad. Durante estos días se expuso los "Los Paisajes de la Memoria".

Presentación del Foro por la Memoria de Saladillo. El sábado 16 de noviembre se presentó en Saladillo el Foro por la Memoria. En conferencia de prensa, sus integrantes dieron a conocer a la comunidad los objetivos de esta iniciativa. Posteriormente quedó inaugurada la muestra fotográfica "Los Paisajes de la Memoria". El sábado 9 de noviembre el curso de capacitación docente "Política, cultura y sociedad en la historia argentina reciente (1955-1983)".

Inauguración de la "Casa Memoria" en Chacabuco.
La Comisión Memoria y Justicia de Chacabuco inauguró el martes 19 de noviembre la Casa Memoria, en la calle San Luis Nº 114 de esa ciudad, como sede de la institución. Estuvieron presentes Estela de Carlotto, e integrantes del equipo de archivos de la Comisión Provincial.